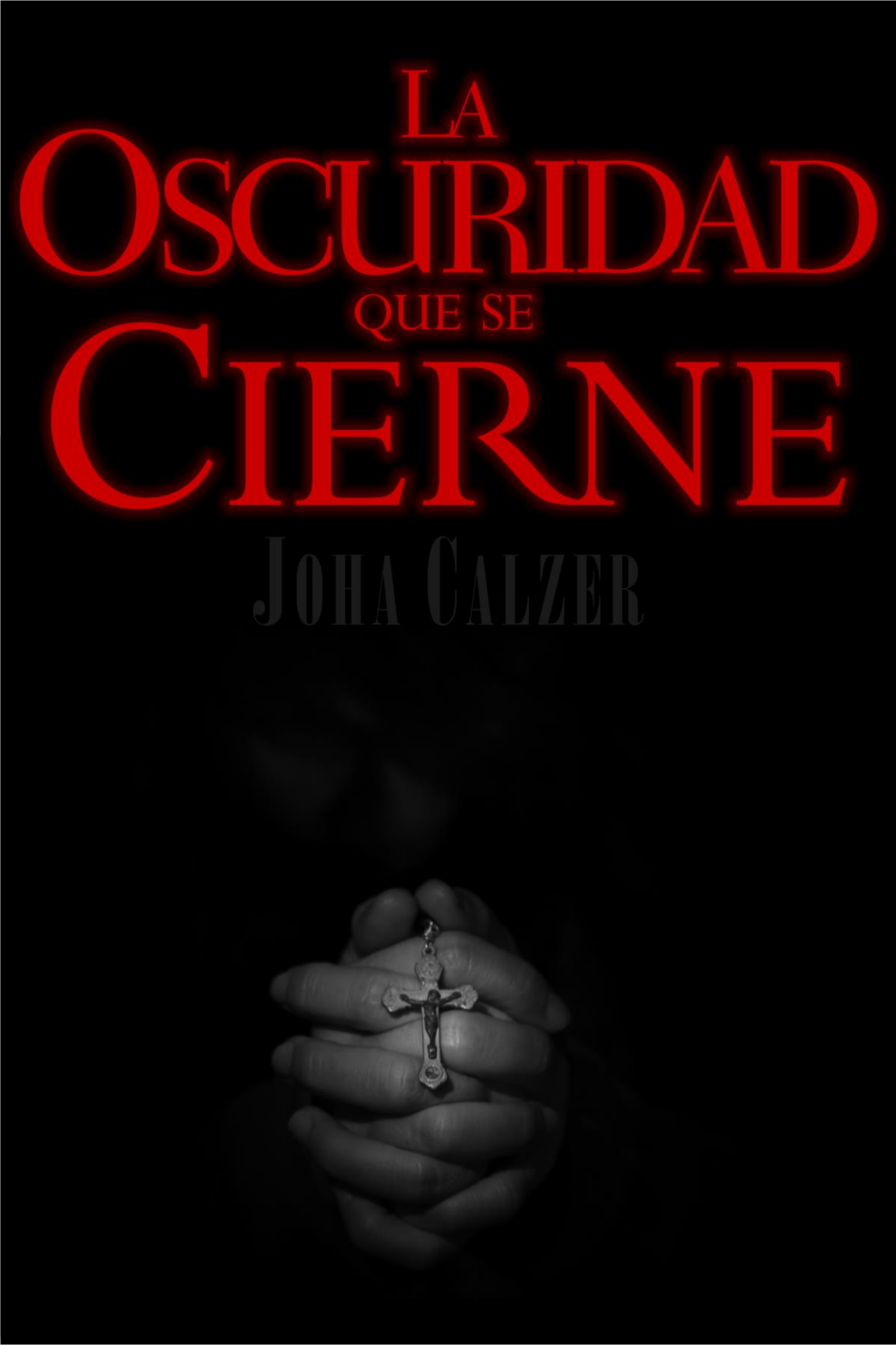
La Oscuridad que se Cierne

Joha Calzer



LA OSCURIDAD QUE SE CIERNE

Joha CalZer

Nombre de la Obra:
La Oscuridad que se Cierne
Primera Edición Octubre 2018
Autora:
Johana Calderon
Alias:
Joha CalZer
Número de Registro Safe Creative:
1810288841283

Esta obra se terminó de escribir en Venezuela
Barcelona, 26 de noviembre de 2015

Copyright © 2018 Joha Calzer
Todos los derechos reservados.
Esta edición es para su distribución gratuita.

INDICE

ADVERTENCIA

PRIMERA PARTE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7

SEGUNDA PARTE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9

TERCERA PARTE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6

EPÍLOGO

SOBRE LA AUTORA

ADVERTENCIA

Bienvenido aventurero, este libro ha llegado a tus manos con la finalidad de abstraerte del mundo aburrido que vives y sumergirte en una trama sombría, de pactos, traiciones y oscuridad.

Lee bajo tu propio riesgo.

¿Qué esperabas? ¿Una nota sobre lo que vas a encontrar?

Para que quitarte el gusto de descubrirlo.

Felices pesadillas.

Joha.

PRIMERA PARTE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7

CAPÍTULO 1

Girado, el hombrecillo rechoncho de ventas, miraba alternativamente a su jefe y al machete que descansaba en la pared, enmarcado en una elegantísima y delicada vitrina aérea. Pensó, no sin cierta incomodidad, que ese machete, instrumento con el que había levantado la empresa donde trabajaba, era más querido y apreciado que todos los empleados juntos. No le gustaba darle noticias a Juan, ni siquiera las buenas; incluso, le costaba tutearlo la mayoría de las veces, aun cuando él era diez años mayor y lo conocía de toda la vida; de una época en la que él era un niño de papi y mami y Juan era el hijo del jardinero de la escuela al que le habían otorgado la displicencia de estudiar en uno de los colegios más prestigiosos del estado Anzoátegui.

—¡No joda, Juan! —Intentó no tartamudear, a pesar de que estaba que se cagaba del susto, era imposible no sentirse intimidado por aquellos ojos marrones impasibles—. No te digo, que si no estás enchufado con uno de estos chivos del gobierno no te sueltan nada.

Intentó acomodar su sobredimensionada humanidad en la silla donde estaba, sentía que se deslizaba por el asiento —supuestamente de diseño ergonómico— y se veía incluso más ridículo de lo que podía imaginar.

—Ya me estoy cansando de esto, Tulio. —Su voz era gruesa y templada, hacia juego con sus facciones firmes e inexpresivas. Era muy difícil inferir si estaba molesto, alegre, tranquilo o furioso, Juan Antonio González Gonzales no dejaba traslucir, ni un ápice, sus emociones.

—No es para menos, Juan. Somos la mejor empresa de urbanismo en esta ciudad, nadie nos supera, pero ya ves… nos jodió la partida el amigo, de un *pana*[1], de un secretario del alcalde que se lo recomendó al gobernador.

—Esas son excusas. —Inhaló aire silenciosamente, su pecho se ensanchó proporcionalmente al encogimiento de Tulio, que por un instante temió que Juan montara en cólera, aunque esto jamás hubiese sucedido en los años que tenía trabajando allí—. Excusas tontas y vergonzantes, que no deberías atreverte a esgrimir. Si hay que hacerse amigos de la querida del secretario del alcalde para que ganemos una licitación con la gobernación, lo hacemos, y punto. Es más, si tienes que volverte el querido de la querida, lo haces y ya.

Juan se levantó de su asiento, caminó lentamente hasta la ventana, y dándole la espalda a Tulio, observó atentamente los techos de vidrios de sus invernaderos, que destellaban con los rayos del sol. Suspiró silenciosamente, estaba luchando una batalla desigual, él carecía de contactos adecuados y su personal de venta era poco menos que inútil. Cómo era posible que tras quince años de continuos esfuerzos él no hubiese visto concretarse su sueño, ser el principal proveedor de urbanismos naturales en el país.

Había invertido dinero, tiempo, esfuerzo y todo su carácter en aquella empresa, *«Coño, levanté esta verga yo solo, sin ayuda de nadie»*, un sueño que había surgido de ver a su padre trabajando con amorosa dedicación a las plantas que eran la envidia de todas las viejas encopetadas que vivían pidiéndole los brotecitos de rosas blancas que delimitaban todo el camino de entrada hacia la oficina administrativa del colegio. “Señor Juan, cuando pueda me pega una bella las once… Señor Juan, qué hermosas violetas tiene en la cancha ¿Me pega una para llevármela a la casa?” y su papá, como buen hombre y jardinero humilde, les obsequiaba sin miramientos el producto de su esfuerzo y consagración a un trabajo que hacía más por vocación que por salario.

—Tulio, eres un inútil. Estás despedido.

[1] Pana: expresión venezolana que significa amigo cercano.

Girado casi se desinfló en el asiento, incluso creyó oír cómo se escapaba el aire de sus pulmones con ese pitido característico cuando se pincha un globo, sentía un alivio extraordinario, se liberaba del yugo invisible y asfixiante de su jefe, no podía creer su buena suerte. Se irguió en el asiento con calma, se aclaró la garganta porque estaba que se echaba a llorar de la felicidad.

—Comprendo —logró articular con tranquilidad—. Recogeré mis cosas y me iré. Gracias Juan por todos los años aquí, fuiste un buen jefe. —Se levantó del asiento y se dispuso a salir, Juan continuaba admirando el paisaje por la ventana. No le tendió la mano en despedida, no hubo palabras de aliento ni lamentaciones, ni siquiera el intento de agradecer los años de servicio. Y no le importó, a Tulio Girado sólo le apetecía salir de aquella oficina y poder dar brincos de felicidad. Nunca, en todos esos años, comprendió de dónde emanaba esa fuerza silenciosa, fría, absorbente y casi hostil, que destilaba Juan Antonio, surgió repentinamente cuando él y su hermano, Elio Girado, cumplieron catorce años y comenzaban el tercer año de bachillerato. En aquel entonces pensó que había sido producto de todos los años de rechazo que los niñitos pudientes le habían prodigado desde la primaria, que se habían condensado en aquella pelea en la fiesta de fin de curso en la que unos compañeros de otra sección lo habían arrastrado hasta la cancha de futbol y lo habían obligado a comer tierra; pero no podía asegurarlo, porque días después tuvo que volver a la escuela a acompañar a su hermano —que a diferencia de Juan, no era tan aplicado— a recuperar la nota de matemáticas e historia, y mientras Elio intentaba condensar lo que no había aprendido en todo el año escolar en una hoja de examen, Tulio observó que Juan Antonio iba siguiendo a su padre —machete en mano— muy concentrado, pero sonriente, en lo que el jardinero le estaba diciendo.

Cuando su hermano y varios compañeros de clases que estaban reparando, salieron, vieron la escena.

—Yo le puedo dar este machete —comentó uno de ellos agarrándose la entrepierna obscenamente. Todos rieron la gracia.

—Ahora se va a volver conuquero —soltó otro.

—Yo le puedo enterrar la yuca, si quiere…

—Ahí va Juan machete…

Después supo que desde ese entonces comenzaron a llamarlo *Juan Machete.* Y se ha mantenido hasta ahora, sólo que no con ese deje peyorativo. Nunca imaginó que ese chico, que cada quince días iba a su casa a ofrecer servicios de jardinería, a vender brotes de flores de estación, retoños de árboles y grama, con una sonrisa inocente en sus labios y la mirada llena de esperanza, iba a terminar convirtiéndose en uno de los hombres mejor posicionado en Barcelona, mucho menos, que en una de esas vueltas del destino, iba a trabajar para él.

Cuando atravesó el umbral y cerró la puerta con cuidado, la secretaria de turno —una morena de cabellos dorados con raíces negras— le preguntó cómo le había ido.

—Me voy de esta mierda, y no sabes lo tranquilo que me siento por ello.

CAPÍTULO 2

—Mira Marco, vamos a hablar claro, ya yo no aguanto más esta vaina ¿Me comprendes? —le soltó Juan al hombre que tenía sentado frente a él en la mesa del restaurante, justo antes de meterse un trozo del filete que había cortado. Masticó con ira, apretando las mandíbulas fuertemente, pero con la parsimonia propia del que sabe que la reunión no se acabaría hasta que él lo decidiese.

—Es que tú eres marico, chico. —le espetó con confianza —Ya no sé qué más decirte, tienes que agachar la cabeza y aguantarte tu culeada… ¿Al alcalde le gusta que vayan a sus mítines políticos y que lo vean berrear? Pues ve, y cálate tu *showcito,* te encaramas a la vaina pa' que te noten y listo. —se llevó el vaso a la boca y bebió su contenido de un solo trago, le hizo señas al mesero para que lo rellenase, el joven se acercó con una botella de *Johnnie Walker* negra.

—¡Tú crees que no me he calado esas güevonadas! —respondió entre dientes, Marco se encogió de hombros.

—Pues te tendrás que echar unos ramasos, no hay de otra compadre.

—Hoy no estoy para tus pendejadas, chico.

—Lo digo en serio. —Dejó los cubiertos en el plato y lo miró con seriedad—. Yo sé que tu no crees en esas vainas, pero si ya fuiste a todos las concentraciones, marchas, les distes obsequios, los apoyaste en campañas y toda esa mierda que tienes que hacer para que el Gobierno te pare bolas, entonces significa que tienes mala suerte. Ve con una bruja o algo; uno ve cosas Juan, y lo sabes, quizás todo este peo que tienes con eso es que hay uno que tiene mejores "contactos".

Juan lo miró con incredulidad, Marco era el único amigo que conservaba de la escuela, era el hijo de un concejal que no pudo convertirse en alcalde; él se empeñó en cultivar la relación esperando un momento como aquel, pero por cuestiones de historia, ninguno de los padres de sus antiguos compañeros, a los que en más de una ocasión les había limpiado los jardines, se mantuvieron en puestos de poder después de la llegada de la revolución de turno. Su amigo le contaba, cada vez que podía, cómo muchos de los políticos eran fieles devotos de algún santo, tenían su bruja personal, —Aunque ellos suelen llamarlos gurús— decía después del cuarto vaso de whisky, que siempre brindaba Juan; cada cierto tiempo iban a algún retiro espiritual o "profesional".

—Mata tu gallo o tu gallina, fúmate el tabaco, haz lo que tengas que hacer, pero hazlo, porque si ya intentaste el método convencional y no funcionó. —Se encogió de hombros.

Juan había ganado la licitación del mantenimiento de los espacios del nuevo estadio de béisbol, se encargaba de mantener la grama del campo y los alrededores; gracias a eso había recibido elogios de parte de famosos jugadores de la pelota venezolana, al igual que de la prensa que había alabado la belleza del lugar. Pensó que con ello se había metido al bolsillo al alcalde —antiguo y afamado ex grande liga— pero aparentemente solo pudo llegar hasta allí. Los siguientes concursos para trabajos de gran envergadura fueron ganados por gente de otro estado, o cooperativas que le compraban a él sus productos.

—Despedí a Tulio Girado.

—¡Ya era hora! Pensé que nunca ibas a hacerlo, ese gordo estaba a punto de hacerte perder plata.

Después del almuerzo Juan regresó a su empresa, se detuvo unos minutos frente a su edificio y suspiró, algo le estaba saliendo mal, no era posible que no pudiese convertir al alcalde o al gobernador en sus clientes. La fachada de su edificio era la mejor presentación de sus servicios, una alfombra verde se extendía a ambos lados de la entrada, un tono esmeralda vibrante que invitaba a sacarse los zapatos y hacer un picnic al estilo de *Mujer Bonita*. Mientras que los chaguaramos de su estacionamiento estaban frondosos y bien cuidados, los de la entrada a la ciudad de

Barcelona estaban resecos, de solo verlos se podía sentir el calor filtrándose por debajo de la piel. Sus flores, organizadas en bloques de colores que representaban a la bandera del país, se mantenían siempre vivas y hermosas; todos los días pasaba alguien y se detenía allí para tomarse una foto, «*Es que… hasta se ha vuelto un hito turístico en esta ciudad*» se dijo así mismo; y no estaba lejos de la realidad, siempre que hacían alguna propaganda para el municipio o el estado, salía su bandera de flores, compuesta de cayenas, violetas azules, girasoles y hermosos lirios blancos que hacían las veces de las ocho estrellas

Enrumbó su carro hasta el estacionamiento techado y subió a su oficina, durante todo el trayecto lo envolvió un aroma floral embriagador.

—Vinimos desde Barquisimeto para ver sus productos —dijo una mujer entrada en años a la vendedora—. Mi vecina contrató sus servicios para las flores del matrimonio de su hija, gladiolas y lirios, una belleza.

—Pues tenemos las mejores flores de todo el país. —aseguró la mujer.

—Hemos visto unas rosas moradas espectaculares…

No se quedó a escuchar, subió los escalones con calma, respirando profundo a cada paso. Su secretaria lo esperaba con la puerta abierta, entró tras él y comenzó a enumerarle las citas de la tarde.

—Yelitza, llama a Claudio y dile que suba, necesito hablar con él. También cancela las citas de hoy, dile al señor Sánchez que mañana en la mañana nos veremos, que disculpe las molestias pero que lamentablemente hoy no puedo ver los terrenos.

—Sí, señor.

La mujer salió, Juan se miró al espejo y examinó su indumentaria. Estaba bien vestido, camisa de color gris claro, pantalón del más fino lino y zapatos de vestir. Se pasó la mano por la cabellera, la tenía un poco más larga de lo que acostumbraba, pero no se le veía mal, le daba un toque más juvenil; llevaba el bigote bien cortado, casi milimétricamente, ayudaba a darle carácter a su rostro. Se había forjado así mismo en todos los aspectos, se mantenía en excelente estado físico porque él no

iba a ser un cuarentón barrigudo; estudió química en la Universidad de Oriente de Barcelona y un posgrado de botánica en la Universidad Central de Venezuela; donde su padre no vio dinero, él construía un imperio, la tierra misma era su comercio, se esforzaba por importar semillas de calidad y luego extraía las semillas de sus nuevos brotes para sembrar nuevas plantas, y así, no depender de la importación de materia prima. Producía su abono y lo vendía a los agricultores de toda Venezuela, poseía el mejor vivero de todo el territorio nacional, les proveía semillas de todos los frutos y plantas posibles, de la mejor calidad, cultivados especialmente para ello. La mayoría de las empresas privadas eran clientes suyos, hoteles, empresas de festejos, agricultores, tiendas al mayor de artículos de jardinería, en veinte años había logrado todo eso… «*el hijo de un jardinero».*

Tocaron la puerta, Claudio entró lanzando miradas huidizas en todas direcciones, Juan salió de su baño privado secándose las manos y le indicó con un gesto mudo que se sentara. El joven tendría cuando mucho veinticinco años, sabía que tenía espíritu, algo que podría aprovechar a su favor, Tulio había perdido el coraje, junto con el sobrepeso y su fofa apariencia había llegado también su fofo carácter.

—Tulio Girado fue despedido esta mañana. —Claudio estaba rígido en el asiento, miraba con serenidad a Juan, un contraste muy peculiar con las miradas huidizas que había lanzado al principio—. Quiero ascenderte a su puesto.

El hombre no dijo nada, Juan se puso de pie y lo invitó a levantarse y pararse junto a él para admirar la vitrina donde descansaba su machete.

—Esta herramienta me ayudó a construir todo lo que ves aquí —dijo con orgullo y un evidente aire solemne—, desde los catorce años usé un machete para, literalmente, abrirme camino en la vida. Yo necesito un hombre así, Claudio; afilado, cortante, dispuesto a llevarse por el medio a quien sea con tal de abrirnos camino al éxito. Incluido el suyo propio.

—Comprendo, señor.

—Lo que representa esto, es lo que necesito en mis empleados, es por eso que inclusive es parte de nuestro emblema en la empresa. —Puso un dedo sobre el pectoral izquierdo y señaló el estilizado bordado en el que se percibían las claras

líneas de un machete cruzado por unas tijeras de jardinería—. ¿Eres tú ese empleado?

—Sí, señor.

—Sé que eres ambicioso Claudio, yo conozco tus comienzos, desde que llegaste como cargador de costales de abono en los viveros. Me recuerdas un poco a mí, por eso quiero que pases de representante de ventas local a Vendedor *Senior.* Necesito que esa determinación que tuviste hace cinco años cuando llegaste, se traduzca en muchos contratos con el Estado ¿Me entiendes?

—Sí, señor.

—Bien. Ya Tulio debió desocupar su oficina, puedes tomar posesión de ella desde ya. Mañana comienza tu nuevo trabajo. Encárgate de contratar a alguien para tu puesto, entiéndete con Julia de recursos humanos.

Claudio se dio media vuelta y salió, justo antes de irse le dio las gracias por su confianza. Juan asintió en silencio y se sentó frente a su computadora, tenía que revisar unas cuentas antes de hacer lo que pensaba. Necesitaba desconectarse de todo y buscar una solución a sus problemas, deseaba hacer una cuantiosa inversión en terrenos en Monagas y Bolívar para la ampliación del negocio, pero previamente necesitaba concretar negocios con la alcaldía y gobernación, tenía que crear lazos con personas que evitaran los obstáculos en el camino hacia su meta.

—Primero el estado, luego los ministerios —susurró entre dientes. Cinco minutos después, Yelitza entraba tras un discreto toque, llevaba en las manos una carpeta y en el rostro una expresión de miedo contenido. Le tendió una hoja y dio un paso hacia atrás, involuntariamente, cuando la tomó.

La carta provenía del *Instituto del Deporte del Estado Anzoátegui*, le comunicaban la cesación de sus servicios de mantenimiento del estadio de béisbol y el rechazo de su nuevo contrato de adecuación de la cancha y espacios deportivos del polideportivo. Juan apretó las mandíbulas con fuerza, levantó los ojos de la carta por unos segundos y volvió a posarlos en ella sin notar los nudillos blancos de la mujer y su expresión espantada.

Sacó su celular y marcó un número, Yelitza comprendió que era mejor retirarse de allí, cuando el jefe no le pedía que llamara ella misma a los clientes era señal de que quería hablar solo. Salió en silencio, cuidando de que sus tacones no resonaran en el *porcelanato*. Suspiró de alivio cuando se sentó de nuevo en su escritorio; escribió un mensaje en el grupo de W*hatsapp* de la empresa, la red de noticias que todos los empleados mantenían con la finalidad de cuidarse las espaldas entre ellos, pero sobre todo, para chismear.

«Juan Machete está molesto, cliente grande prescindió de nuestros servicios»

Juan esperó pacientemente a que cayera la contestadora la primera vez; colgó la llamada y marcó de nuevo, «*No te hagas el pendejo conmigo y contesta el maldito teléfono»*, escuchó el clic y el ruido de ambiente del otro lado de la línea.

—Juan, me estoy enterando ahorita. —No hubo saludos, Aurelio Fuentes sabía por qué lo estaba llamando.

—Explícame, ¿Qué pasó?

—¿Qué más, Juan? Lo que siempre pasa en este país. La presidenta del IDEA decidió que no iba a renovar contrato con ustedes, porque tenemos la orden de dárselo a las cooperativas y esas vainas.

—Ya tengo lista toda la puta grama para su nueva cancha, metros y metros de un producto especial para alto tránsito ¿Qué hago, me la meto por el culo? —Estaba furioso, aunque su tono de voz era controlado, había perdido los estribos por completo, no solía usar groserías con ninguno de sus clientes, la moderación siempre había sido su firma—. ¿Sabes cuánto cuesta esa grama? Te advierto Aurelio, tú me aseguraste que ese contrato estaba aprobado, que sacara los cortes de grama para el estadio. ¡Además! No me jodas con eso de las cooperativas, porque ese contrato lo ganamos por una cooperativa.

—Cálmate, yo resuelvo esto. Te llamo en una hora.

Dejó escapar el aire lentamente después de colgar la llamada, se masajeó las sienes por unos minutos y decidió ir a los viveros; siempre que se sentía estresado usaba el

trabajo manual para drenar la ira o la frustración. Cuando terminaba de trasplantar una docena de rosas, o cuando sacaba los brotes del semillero y los trasladaban a sus envases individuales, lograba encontrar sosiego y soluciones. Entró al baño y se cambió, unos jeans y una franela gris, las botas de trabajo y se amarró alrededor de la cintura el cinturón de trabajo donde guardaba sus herramientas, y enfundó un machete, más corto y liviano que el de la vitrina, mientras salía de la oficina.

Todos sabían que cuando Juan Machete salía de la oficina con su uniforme de trabajo era mejor no entrometerse en su camino. Su rostro tal vez no trasmitía ninguna emoción, era la inexpresividad personificada, pero toda su presencia destilaba un aura densa que le indicaba a todo el que se acercase su estado de ánimo. Muchos aseguraban que era por el color de sus ojos, aunque en realidad eran de un marrón común y corriente, solían oscurecerse o aclararse de acuerdo a su humor.

Exactamente una hora después sonó su celular, dejó las tijeras con las que estaba trabajando y contestó la llamada.

—No hay nada que hacer Juan. —Había cierto temor en aquella voz—. La cooperativa que ahora se va encargar del mantenimiento y adecuaciones del Polideportivo es del cuñado de la presidenta. Lo único que conseguí fue que accedieran a comprarte la grama, pasa la factura a nombre del IDEA.

Juan colgó el teléfono y lo dejó sobre la mesa de trabajo. Contó hasta cinco, luego hasta diez, de nuevo hasta veinte y soltó el aire lentamente. Miró el machete que descansaba sobre la mesa, a su lado, sin pensarlo mucho, descargó un mandoblazo sobre el aparato y lo partió a la mitad.

CAPÍTULO 3

Después del cese del contrato con el IDEA, Juan se enfocó en cambiar la estrategia, optó por ofrecerles los servicios de su empresa directamente a la persona, más que al funcionario. Poco a poco fue rindiendo sus frutos, pero no tan abundantes como él esperaba. Claudio hacia avances con su nuevo puesto, allí donde Tulio no pudo dar puntada sin dedal, el joven se mantenía impertérrito y no cejaba hasta conseguir algo, aunque fuera minúsculo. De ese modo acercó más a Juan a su meta, obteniendo la concesión de servicios de jardinería y campo de golf de uno de los hoteles *Venetur* más conocidos en Anzoátegui. No era una institución pública *per se*, pero era algo.

La fijación de Juan con trabajar para el Estado se debía única y exclusivamente a un tema de divisas. Como todo en Venezuela, se había visto afectado por los problemas económicos y las restricciones en la adquisición de dólares; tal vez, no tanto como otras empresas, pero sí lo suficiente como para ver tambalearse su compañía. Alguno de los componentes necesarios para la fabricación de sus productos se adquirían en el exterior; sustancias que no se confeccionaban en el territorio y tampoco se vislumbraba en un futuro esa posibilidad. Trabajar con el Estado podía ayudarle a establecer los contactos necesarios para adquirir la moneda necesaria para la prosperidad de su empresa. Sin embargo, la victoria con el hotel fue efímera y no tan cuantiosa como hubiese deseado; sistemáticamente su empresa fue rechazada en los concursos, los contratos se seleccionaban por el amiguismo y no por méritos y experiencia; ni siquiera eran tomados en cuenta a pesar de la afamada trayectoria de los arquitectos y urbanistas que trabajaban para él; y ya se estaba cansando de soltar plata y "financiar" ideales que no compartía y que, en todos los aspectos, estaban representando pérdidas para su negocio.

Aún así, no estaba muy convencido de lo que estaba a punto de hacer. No se consideraba creyente de nada en particular, pero esa superstición, heredada en los

genes de las personas que han nacido en pueblos a los que la tecnología ha tardado en llegar, no lo detuvo a la hora de tocar la puerta destartalada de aquella ruinosa vivienda.

Tal y como le había dicho Marco, después de botella y media de su amigo gringo favorito; iba a encontrar la casa después de pasar la entrada del caserío Santa Cruz vía a la ciudad de Cumaná.

—Muy poca gente se desvía por ese camino, de hecho, casi no se ve porque todo el mundo va pendiente del mar y no del cerro. Vas a ver el uvero y luego un muro de piedra de río, no sé de dónde coño sacó las piedras pero son piedras de río.

—Marco, apúrate porque ya me estoy arrepintiendo de haberte preguntado.

—Te metes por ese caminito, de vaina te va a pasar la camioneta pero sí entra. Sigues hasta que llegues al final, vas a ver que hay como una especie de redoma, te recomiendo que dejes el carro allí pero estacionado para salir, y sigues a pie por el único camino que vas a ver. No hay otra casa por allí, así que no te vas a perder.

—¿Justo después de pasar la playa Santa Cruz?

—Menos de doscientos metros —aseguró con solemnidad.

Después del último rechazo recibido decidió dar el paso, cuando se lo comentó a Marco —ya habían pasado varias semanas de aquella conversación—, esperó que su compadre se ofreciera a acompañarlo, pero, como si hubiese leído sus pensamientos, lo primero que le soltó fue que debía ir solo.

—Es una vieja bruja, siempre tiene que ir el cliente solo. Aunque te acompañase, no me bajaría del carro, porque una vez acompañé a alguien y nunca dimos con la casa. Después él volvió solo y el rancho estaba allí, a poquitos metros de donde dejas el carro. Nosotros caminamos casi dos kilómetros buscando esa casa, te juro por mi madre que nunca la vimos.

La casita era una mezcla caótica de paredes de zinc, madera y bahareque, una ventana cegada con postigos era la única opción para husmear y no se le antojaba mucho asomarse por allí. Tal y como le había dicho Marco, dejó el carro en el lugar

indicado, y solo por cuestiones de seguridad, lo estacionó en dirección a la salida, «*solo por si acaso»* se dijo mientras le pasaba la alarma al vehículo. Caminó bajo el sol inclemente sintiendo cómo el sudor le corría espalda abajo, empapando la franela que llevaba puesta; el corazón le latía sordamente dentro de la cabeza y amplificaba su retumbe por el magnífico silencio de toda la zona.

Se quitó la gorra, se pasó la mano por la cabellera y se la caló de nuevo, los lentes oscuros ocultaban sus ojos marrones y la expresión adusta que tenía; al cabo de quince minutos de espera tocó por segunda vez, una costumbre innecesaria, como la de tocar varias veces el botón del ascensor para que baje más rápido; era imposible que no hubiese escuchado la primera vez que golpeó, no en una estancia tan diminuta como aquella. Se dio media vuelta, tras soltar un suspiro y echarle un vistazo a sus zapatillas deportivas llenas de tierra, caminó despacio de vuelta al carro, maldiciendo por lo bajo su propia estupidez y a Marco.

La puerta se abrió lentamente, tanto que casi no sonó mientras se desplazaba sobre sus goznes, Juan se volvió a mirar por aquella hendija, más negra y oscura que la noche, un olor nauseabundo salió de su interior, pensó por un instante que posiblemente la anciana que vivía allí estaba muerta y era la razón por la cual no abría la puerta. Desanduvo los pasos dados y se asomó por allí, conteniendo la respiración inútilmente, era esa clase de olores que perduraban en la memoria y hacían eco en el paladar. Apoyó la yema de sus dedos, cuidando de no tocar más de lo necesario aquella lámina de metal que hacía las veces de puerta; la abertura se hizo más grande y aun así la claridad de esa mañana de sábado no penetró las densas sombras de la casa.

—¿Qué quieres, Juan Machete? —la voz cavernosa había surgido desde las profundidades de aquella negrura, no podía distinguir si era femenina o masculina porque tenían un tono grueso e intermedio casi asexuado. La piel se le erizó por completo, incluso sintió una extraña tensión en la nuca, como si justo por sobre su cabeza hubiese pasado una corriente eléctrica. El corazón redobló su retumbe y por un instante su boca no pudo emitir más que quejidos guturales; se aclaró la garganta y justo ahí, con ese gesto tan banal, su propia mente le lanzó un cabo: Marco había llamado a la vieja para avisarle que iba a ir para allá. Se sintió estúpido por todo eso, se regañó con severidad por creer en semejantes argucias ridículas

que servían para embaucar a los incautos. Maldijo a su compadre al mismo tiempo que una risita burlona se escapaba del interior.

—Mi amigo Marco me dio su dirección, dijo que usted po…

—No me interesa cómo llegaste aquí, te pregunté qué quieres.

Juan carraspeó de nuevo.

—Vengo a que me haga un trabajo.

—¿Qué quieres, Juan Machete?

Ya se estaba poniendo más que nervioso, enfocó la vista lo más que pudo tratando de descubrir qué había oculto en la oscuridad, se inclinó un poco más hacia adelante y el olor nauseabundo lo envolvió junto con la ráfaga de aire caliente y viciado que salió de la casa.

—Quiero un trabajo de magia, para… para mi empresa. —Comenzó a tener arcadas.

—No… no hueles a eso… —respondió la voz, algo se removió adentro, se escuchaba como si arrastraran algo de enormes dimensiones —¿Qué quieres, Juan Machete?

Una mujer se asomó al borde de la puerta, la luz de la mañana iluminó su rostro ajado, como alabastro reseco y quebradizo, uno de sus ojos estaba vacío, podía ver cómo el parpado caía sobre la cuenca de un modo grotesco; el otro estaba cosido, podía ver el globo ocular moviéndose debajo de la tensa piel, enloquecido, como si tuviera vida propia. La nariz eran dos huecos irregulares en el medio de rostro, y la boca era un tajo cosido hasta la mitad con un hilo de color rojo brillante del cual todavía colgaba la aguja. Su cabello era una maraña grisácea que se extendía en todas direcciones, cubría su cuerpo con un traje roto, viejo y remendado de mala manera, que dejaba al descubierto un pecho caído con un pezón más oscuro que su propia piel tostada y marchita.

—Qué quiere Juan Machete, yo sé lo que quiere Juan Machete ¿Acaso sabe, Juan Machete, lo que quiere? Lo que de verdad quiere…

Paralizado por el miedo, y el asco que le producía aquella repulsiva mujer, no pudo responder. Su mente no acababa de asimilar aquella estampa tan decadente y horrible cuando instintivamente dio un salto hacia atrás y cayó al suelo, soltando un alarido casi infantil. La mujer había extendido su mano, apuntándolo con un dedo huesudo culminado en una uña negra y gruesa, parecida más a una zarpa que un dedo humano; temiendo que aquella monstruosidad lo tocara, reaccionó con violencia y miedo. Sintió un calor húmedo extenderse por sus pantalones, le escocían los codos que se había abierto en carne viva al rasparse con la áspera tierra del cerro. La mujer rió con histeria, mofándose de Juan y su cobardía. El hombre se incorporó y una mezcla conocida de odio y humillación se extendió por todo su cuerpo, dándole paso a la ira fría y calculada con la que siempre había regido su vida.

La anciana se detuvo, se dobló hacia adelante con todo su cuerpo y se quedó "mirándolo" fijamente con la mitad de su boca abierta en una mueca por la que discurría un hilillo de baba oscura.

—¿Qué quieres, Juan Machete? —sus brazos caían laxos, como si fuese un títere al cual hubiesen dejado de manipular manteniendo su espalda recta y dejando su cuerpo en aquella posición incómoda. Juan se levantó del suelo y se sacudió las nalgas, a pesar del terror que sentía en esos momentos, tan similar al que vivió de niño cuando los chicos más grandes lo obligaban a hacer cosas en el baño, cosas que no quería hacer y que lo humillaban; comprendió, con la claridad de una epifanía, a lo que se refería aquella mujer.

—Quiero poder —respondió al fin—, poder y gloria… Quiero ser el hombre más poderoso de Venezuela, que los presidentes y ministros se inclinen ante mí, quiero ser el hombre más poderoso de Latinoamérica, si es posible, que mi fortuna supere con creces a todos los hombres de la tierra, quiero respeto, reconocimiento, quiero todo… ¡TODO!

Jadeaba, a medida que iba soltando aquellas palabras apretaba los puños con fuerza; con cada frase, los recuerdos de los años de escuela donde los niños de grados superiores lo obligaron a practicarles felaciones, desfilaron sin contemplaciones por su cabeza, cuando aquellos niños se volvieron más grandes, se

graduaron y se marcharon de la escuela, comenzó a vivir un infierno diferente, el de la humillación por ser el hijo del jardinero. Todos los rencores se condensaron en aquel instante, un momento en que sintió que el miedo era la única ventana para ver su propio interior.

La mujer, en un movimiento brusco se enderezó y se acuclilló, de su boca manaban risitas discordantes, como si cientos de voces distintas escaparan de aquella caverna sin dientes.

—…Poder, poder, poder, poder poDER, PODER, PODER, ¡¡PODER…!! Juan Machete quiere poder… —A medida que ascendía el tono de su voz, esta se fue condensando en una sola— ¿Qué vas a dar a cambio de ese poder, Juan Machete?

En esa posición la falda se le había arremangado sobre las rodillas, dejando expuesto su sexo, de él manaba un hilillo negruzco, como sangre coagulada, Juan se enderezó más y miró hacia otro lado con asco. «*En qué coño me metí, ¡¡En qué, coño!!*». Toda la grotesca situación empezaba a tomar dimensiones aún peores, la cabeza de la mujer caía sobre su pecho como si estuviese inconsciente, pero podía escuchar su respiración pesada.

—Lo que sea —respondió, deseaba irse de allí, el calor apretaba, olía a orines y a lo que fuese que se estuviera pudriendo en aquella casa.

—¿Y si te digo que quiero tu alma? —La cabeza se había levantado con violencia, como si alguien la hubiese sujetado del cabello. La media boca se movía, pero ya no era esa voz indefinida, aquel era un claro tono masculino —. Quiero tu alma y la de tus hijos, la de tu mujer, la de Fanny y la de Ana Julia, quiero todas sus dulces e inocentes almas…

Juan contrajo las cejas, no comprendía aquella petición, la mujer pareció entender el dilema del hombre, soltó una carcajada sonora que retumbó tan fuerte en el cerro, que los pájaros, otrora desaparecidos y silenciosos, salieron en desbandada por los aires.

—Tú sabes quién soy, Juan Machete —siseó—. Sabes quién soy… —La mujer cayó inerte en el suelo, en una extraña posición fetal, solo que la mitad de su cuerpo

miraba en una dirección y la otra mitad para el lado contrario. Juan escuchaba un murmullo, la media boca se movía incesante, se acercó con cautela tratando de escuchar lo que decía, pero era tan rápido y bajo que no lograba comprender; se inclinó un poco, tratando de mantener la distancia, un deje de prudencia que se manifestaba muy tarde.

—Cose los ojos de un sapo y una gallina negra, entiérralos vivos, al filo del jueves santo… cose los ojos de un sapo y una gallina negra, entiérralos vivos, al filo del jueves santo… cose los ojos de un sapo y una gallina negra, entiérralos vivos, al filo del jueves santo… un año, un año, un año, espera un año Juan Machete, vuelve con los huesos y la tierra, los huesos y la tierra… Cose los ojos de un sapo y una gallina negra, entiérralos vivos, al filo del jueves santo… cose los ojos de un sapo y una gallina negra, entiérralos vivos, al filo del jueves santo… un año, un año, Juan Machete, un año…

El cuerpo de la mujer se contorsionó, sus brazos se endurecieron y formaron ángulos agudos, como las patas de una araña. Comenzó a arrastrarse dentro de la casa, dejando un reguero negruzco y mal oliente en el piso, abriendo la piel de sus piernas y rodillas que yacían inertes. Se fundió con la oscuridad, pero podía oír el murmullo: *«Cose los ojos de un sapo y una gallina negra, entiérralos vivos, al filo del jueves santo… entiérralos vivos, al filo del jueves santo… espera un año Juan Machete, vuelve con los huesos y la tierra…»*

La puerta se cerró con un quejido metálico, luego todo se sumió en ese denso silencio que le antecedió. Aturdido, Juan regresó a su carro, en un rapto de consciencia se sacó la ropa orinada y se cambió por la que guardaba para ir al gimnasio. Enrumbó a la carretera de regreso a su casa, dejó por el camino todas las prendas que había usado, abandonadas en la vía. Iba en silencio dentro de su camioneta, incluso tuvo que apagar la radio, porque en la estática de la emisora solo podía escuchar:

—Cose los ojos de un sapo y una gallina negra, entiérralos vivos, al filo del jueves santo… un año, un año, un año, espera un año Juan Machete, vuelve con los huesos y la tierra, los huesos y la tierra… Cose los ojos de un sapo y una gallina negra, entiérralos vivos, al filo del jueves santo… cose los ojos de un sapo y una gallina

negra, entiérralos vivos, al filo del jueves santo… un año, un año, Juan Machete, un año…

CAPÍTULO 4

Esa misma noche llegó a casa de Marco, llevaba debajo del brazo dos botellas de whisky, también, el semblante pálido de miedo y de las restregadas que se echó en la ducha porque sentía que aquel olor hediondo se le había pegado a la piel. Tras la primera botella decidió que ya podía contarle a su compadre todo lo que había sucedido. Antes de que pudiera comentarle sobre la mujer que había visto, Marco se levantó de la mesa visiblemente afectado, negaba y gesticulaba con las manos, pidiéndole que se callara.

—Compadre, yo no sé qué vio usted, pero esa no es la misma bruja que vi yo y que he recomendado.

—Mira, Marco, no estoy para pendejadas de estas, por favor…

—Noooo, chamo, te lo juro por mis hijos… La viejita que vive allí tiene un ranchito de madera, parece que tiene mil años y en el porche tiene muchas matas y colgantes que meten ruido… y mira que más de uno que tú conoces ha ido para allá, y siempre ha sido la misma casa y la misma vieja.

Después de decir eso se negó de lleno a no escuchar el resto de la experiencia, de hecho, Juan pudo ver cómo se persignaba, casi histéricamente, cuando se marchó.

Los días pasaron sin muchos aspavientos, a veces, durante las noches, tenía pesadillas indefinidas y no lograba recordar con qué soñaba; tampoco era que se levantara particularmente asustado, ni nada por el estilo. Cuando se despertaba en medio de la noche con la sensación de ahogamiento pero con la mente en blanco, salía a caminar por su maravilloso jardín, se sentaba a orillas del estanque artificial —a veces daba vueltas alrededor—, donde hacían vida nocturna una serie de renacuajos y sapitos que competían con su escandalo con las chicharras y los grillos. Muchas veces su perro lo acompañaba en esos cortos paseos que servían para

calmar su desasosiego, las cosas se acumulaban y parecían no tener solución aparente; pero, aquella noche, la luna creciente se había tornado amarilla y enorme y en ese silencio resonó el croar de un sapo que le llamo la atención.

«Cose los ojos de un sapo»

«…los ojos de un sapo»

«…un sapo»

El susurro de la voz llegó como un eco muy lejano; y como si el batracio hubiese adivinado que pensaba en él, dejó escapar otro sonido, un croar profundo y grueso que se volvió ensordecedor por un instante.

Juan Machete volvió a su casa acusando un terrible malestar, más no sabía si era físico o moral; procuró que la puerta del jardín estuviese bien cerrada, acarició las orejas de su perro que dormía tranquilamente en el sofá, y al sentir el tacto de su amo, movió la cola sonoramente mientras este subía hasta la habitación.

Se detuvo en el cuarto de las niñas y las observó dormir. Fanny era un muchachita muy inteligente, tenía ocho años y la sagacidad de una persona adulta, cualidades cultivadas desde su más tierna infancia; hablaba dos idiomas, aparte del español y el inglés, tenía una habilidad impresionante con las lenguas y ambos padres consintieron en que se decantara por ello. Ana Julia era un pedazo de cielo hecho niña, tenía una hermosa cabellera rizada y oscura que enmarcaban unos ojos verdes heredados de su abuela materna. Todo su rostro era ternura, provocaba comérsela como un algodón de azúcar, su dulzura siempre había dejado anonadados a ambos, sobre todo a Juan, que no comprendía cómo había engendrado semejante, y delicada, hija siendo él como era. Anita era un amor con todos, pero sobre todo los animales, los trataba con mimos y cuidados, se preocupaba, a tan temprana edad, de que todas las mascotas de la casa: el perro de Juan, la gata angora de su madre y el conejo de Fanny, no pasaran hambre y no les faltara el agua, incluso salía con una bolsa de alpiste a regarlo por el jardín, solo para poder ver a los azulejos y los canarios silvestres comer y revolotear a su alrededor, abría el agua y mientras regaba las matas esperaba pacientemente que las libélulas se acercaran a beber.

Había empezado a tomar esa costumbre, se quedaba horas contemplado a sus hijas, Fanny estudiando con su tutor de alemán, Ana Julia correteando entre las flores contando mariposas junto a su niñera; mientras las miraba, pensaba en aquel episodio descabellado y sobrenatural, del que ni el mismo Marco quería hablar. Sabía que las pesadillas que estaba teniendo estaban relacionadas con eso, estaba un poco traumatizado por la experiencia; había despertado recuerdos de su infancia aunque no alcanzaba a entender por qué, una época difícil, no obstante; en ese entonces él no sabía que lo fuera. Tendría como seis años, tal vez menos, su padre no hablaba de la muerte de su madre, más no por algún secreto sórdido que no quisiese revelar, sino porque un hombre solo, criado a la vieja usanza, no mostraba emociones de ninguna índole y más si se quedaba con un hijo a cuestas al cual educar.

Juan siguió hasta su cuarto, se movió a tientas en la penumbra para no despertar a su mujer, Leticia tenía el sueño liviano, y a pesar de las pastillas que tomaba para combatir el insomnio, siempre se despertaba sobresaltada ante el más mínimo ruido. Tumbado en la cama, con el ruido del acondicionador de aire como telón de fondo, se fue quedando dormido. En esa bruma densa previa al sueño profundo, los recuerdos lo agobiaron.

Tenía cinco años, su padre había tenido que viajar a Agua Clara (el pueblo más cercano) para vender algunas cosas y con algo de suerte, comprar unas medicinas. Su madre se había quedado en el catre durmiendo, mientras Juan hijo ayudaba a cargar los costales. Cuando el hombre partió el hijo se quedó jugando, aún no amanecía y el frío se le colaba por debajo del suéter de *Mickey Mouse* que empezaba a quedarle un poco chico. Lanzaba piedras contra el poste de madera que delimitaba el terreno donde vivían, un pájaro grande y negro se había detenido a descansar sobre este y no se inmutaba ante los intentos de Juan de atinarle a la madera con las piedras. En un momento, justo cuando comenzaba a clarear, afinó su puntería y el guijarro chocó contra la madera curtida, resonando secamente en el silencio matutino. El pájaro giró su cabeza hacia él, no aleteó, no emitió sonido alguno, sólo clavó sus ojos diminutos y encendidos sobre el niño.

Juan se petrificó, sintió que aquellos ojillos brillantes le abrían un hueco en el pecho.

Corrió, porque la maldita ave abrió sus alas y se abalanzó sobre él, se escondió en el rancho, en su fortaleza acorazada cuando jugaba a los caballeros que salvaban a las princesas; pegó un alarido doloroso e intentó despertar a su mamá. El pájaro gruñía y siseaba enfurecido y sus garras rasguñaban el zinc de las paredes y el techo, y a pesar del ruido infernal que aceleraba su corazón, la mujer en el catre no despertó; ni siquiera cuando Juan la zarandeó con toda la fuerza que puede tener un niño de cinco años. Lloraba aterrorizado y hambriento, incluso después de que el ave infernal se marchara —creía él, pero el coraje de sus cinco años no alcanzaba para asomarse a la ventana batiente de madera—, su llanto desesperado trasmutó a sollozos mocosos que sorbía por su nariz, posteriormente se quedó dormido en el suelo de tierra, junto al catre, tomando la mano fría y rígida de su madre.

Lo despertó el dolor de estómago y las pisadas que ascendían afuera de la casa, cuando la puerta se abrió su padre lo miró con estupor, aunque en ese momento no conocía esa palabra, dejó las bolsas en el suelo, aunque vale más decir que las tiró en el piso y salvó los escasos metros que los separaban, alzándolo en brazos y sosteniéndolo con la máxima delicadeza posible.

—Tengo hambre —susurró con vocecita quebrada—. Mamá no se levantó de la cama.

Después de comer una arepa de maíz *pilao* con queso y un guarapo de café, su padre lo alzó en brazos de nuevo y salieron rumbo a casa del vecino, lo último que vio Juan fue al pájaro negro sobre el techo de su casa.

De la muerte de su madre, ese sería para siempre, el recuerdo.

CAPÍTULO 5

Los meses avanzaban y el clima político estaba más caldeado de lo que se podía esperar, aunque este no se evidenciara a simple vista. Juan continuaba monitoreando los avances de Claudio, lentos pero de apariencia segura, hasta que faltando apenas tres meses para los comicios electorales recibió la noticia que llevaba esperando desde hacía años.

Claudio entró por la puerta de la oficina con la felicidad infantil pintada en el rostro, casi daba brincos de emoción alrededor de su jefe, las buenas nuevas dibujaron una sonrisa poco convencional en la cara de Juan, un hecho que no pasó desapercibido por el joven, como tampoco por el resto de su plantilla de empleados. Todos se abocaron con precisión casi milimétrica a los requerimientos necesarios para asegurar el contrato por parte de la Gobernación del estado, Claudio pautó las reuniones con el Gobernador y su secretario, para que conocieran de primera mano la calidad de sus productos. No perdieron tiempo y el mismo día del recorrido logró hacer coincidir a la plana de alcaldes de la ciudad, que después de caminar por los viveros, le dejaron más que claro que estaban muy admirados y satisfechos por la presentación; fueron agasajados por la empresa en un almuerzo especial realizado por el mejor servicio de *caterin* de Lecheria. No se escatimó en gastos, Juan no iba a perder aquella oportunidad.

Tras unas buenas rondas del mejor whisky Juan se atrevió a tantear el terreno, comenzaron las negociaciones veladas, los acuerdos de ganancias sobre porcentaje, nada a lo que no estuviese acostumbrado, nada que no fuese el pan de cada día en este país. Para el final de la cuarta botella ya habían llegado a una especie de acuerdo silencioso, Viveros González & Gonzales consiguió el contrato tan ansiado, o por lo menos eso parecía.

El urbanista se esmeró en realizar un diseño impecable y acorde a las necesidades y condiciones de los municipios, las flores fueron plantadas y los espacios comenzaron a acondicionarse para almacenar todos los productos necesarios. Al cabo de un mes, Yelitza había contactado con las cooperativas de construcción "recomendadas" por el alcalde del municipio Simón Bolívar, y poco a poco se estructuraba todo el proyecto que sería presentado durante la licitación final, —Un requisito obligatorio pero innecesario —había dicho el Secretario. Las elecciones parlamentarias sucedieron sin muchos aspavientos, como todo en Venezuela, los votantes se congregaron a sus centros llenos de entusiasmo, cada uno augurando el mejor destino para su ideología. Juan sabía cómo iba a terminar todo, al igual que la mayoría de los empresarios que, movidos por la cordura y el negocio, de un modo u otro se alinearon al Gobierno. Tras conocerse los resultados se regresó a esa tensa calma pavorosa, mientras que él esperaba que comenzara a funcionar todo el aparataje económico del país que se había paralizado desde finales del noviembre anterior.

La mala noticia llegó a principios de febrero, justo antes de las celebraciones carnestolendas[2], Juan leía el periódico local sentado cómodamente en su oficina, mientras se tomaba un café cargado.

—Llama a Claudio. —dijo con sequedad al auricular del teléfono.

Dos minutos después entraba el hombre por la puerta, con una palidez espectral que a otro le hubiese importado. Juan se limitó a mostrarle el periódico, a medida que iba leyendo, Claudio se ponía aún más blanco, la noticia —con un titular ominoso y llamativo— anunciaba el comienzo de las obras de urbanismo y ornamento de la ciudad tras el cierre de las obras del Transanzoátegui en la ciudad de Puerto la Cruz. Estas habían dado comienzo la semana anterior, y aprovecharían los días de asueto para cerrar parte de la vía y adelantar los trabajos.

—Esos no somos nosotros —su voz fue glacial—, averigua qué fue lo que pasó.

Claudio ni siquiera se despidió, salió apresuradamente hacia su oficina. Al verlo, Yelitza le comunicó al grupo lo que había sucedido. Las especulaciones comenzaron,

[2] Carnavales

incluso se habló de la posibilidad del cierre de la empresa, que esta no podría sostener sueldos y salarios de tanto personal; poco a poco el ánimo sombrío y áspero de Juan se filtró dentro de sus empleados. Poco antes del mediodía Claudio entró a la oficina y se sentó muy erguido frente a él, como un prisionero que se enfrenta a un pelotón de fusilamiento.

—Lo de siempre, jefe.

Juan dejó escapar un suspiro grave, inclinó la cabeza hacia atrás y observó el techo por largo rato. Claudio no se movió, impávido esperaba una reacción definitiva que significase el fin de su carrera como representante de ventas.

—Qué mierda —se enderezó en el asiento—, puedes retirarte Claudio, necesito pensar. Dile a Yelitza que, por favor, no me pase llamadas. No estoy para nadie.

El resto del día se quedó en su oficina, llegó a un punto en que su mente se desconectó por varios minutos, presa de una consternación inusual; ya tenía un estimado de cuántos empleados tendría que despedir, inclusive se iba a ver obligado a vender los terrenos adquiridos previamente para garantizar el funcionamiento de su empresa durante un año más. Se recostó en el sofá de dos plazas que tenía en la oficina; lentamente, la tarde fue pasando y sin darse cuenta se hizo de noche; miraba el viejo machete, preguntándose si podría comenzar de nuevo en otra cosa, si tal vez era necesario rendirse, tirar la toalla y buscar otras opciones fuera del país. Sintió que buscaba cómo huir, vencido.

Llegó a su casa cuando todos dormían, olía a whisky y humo de cigarrillo, se acostó a dormir la borrachera en la sala, su perro se echó a su lado y olisqueaba su mano buscando un poco de afecto. Juan soñó muchas cosas esa noche, entre los vapores de su aliento y el mareo del alcohol, dentro de su pesadilla el mundo también daba vueltas, caía y caía, mientras veía a una mujer de porcelana, con el rostro quebrado por la mitad, dando puntadas con una aguja brillante, detrás de ella había una cortina de plumas negras.

CAPÍTULO 6

—Y qué piensas hacer ahora, hijo.

Realmente no era una pregunta, su padre nunca le increpaba sobre sus cosas ni sus decisiones, era más como una afirmación inconclusa, un sinsentido que achacaba a la avanzada edad del hombre. Miraban a las niñas jugando, Ana señalaba una cosa y Fanny le decía su nombre en otros idiomas.

—Recientemente se le metió en la cabeza que quiere estudiar japonés —le contó como si estuviese continuando una conversación inconclusa.

—¿Cuántos idiomas habla ya?

—Cuatro y medio, ahora está aprendiendo alemán.

—¡Qué niña tan inteligente! Me recuerda a su abuela, que pena que no la conoció.

Se sumieron en su acostumbrado silencio tras mencionar a su madre. Después de su muerte abandonaron el rancho en medio de la nada y se mudaron a Barcelona. Juan no podía negar la suerte que habían tenido, recordó que durante una semana tuvieron que dormir en la calle porque la hermana de su padre no tenía espacio suficiente para recibirlos y su marido tampoco estaba muy complacido. Tenía grabada en su mente la noche en que la mujer los echó del rancho que tenía en un cerro, su tía le había regalado un viejo suéter de niña y le había dado un mendrugo de pan; ni siquiera esperó al amanecer del día siguiente para darles oportunidad de conseguir por lo menos un cuartucho.

Gracias al conocimiento de su padre sobre plantas, y también, al buen corazón de la dueña del colegio que lo vio pidiendo dinero en un semáforo para poder alimentarlo ese día, se fueron a vivir en la pequeña habitación que servía como depósito de pupitres, viejas pizarras y todos los muebles viejos de la escuela. Su padre se

improvisó una cama para ambos, se ganó a pulso el aprecio de todos y cada uno de los trabajadores de la escuela, con su primer salario le compró el uniforme escolar para comenzar el primer grado; vivieron allí hasta que Juan se fue a la universidad. Después de mucho esfuerzo consiguió una casita para su padre, la misma donde se encontraban ahora; la vivienda que sirvió como punto de partida para su negocio, allí montó su primer vivero.

—¡Ana, no! ¡Suéltalo!

La niña corría hacia su padre, sostenía con cuidado entre sus manos, y contra su pecho, un polluelo que piaba con desesperación. Ana sonreía con entusiasmo, lo llamaba para que viera al animalito, cuando se detuvo frente a ellos extendió las manitas en una pequeña cuna para que el pollito no se cayera. Juan le sonrió con dulzura —solo con ellas podía tener gestos genuinos de cariño—, mientras el abuelo le decía lo bonita que era el ave; en un momento de distracción la gallina, madre de los polluelos, le picoteó el brazo hiriéndola levemente. La niña soltó al animal que salió corriendo detrás de la gallina. Ana lloraba amargamente sosteniéndose la mano. Todos se apersonaron a ver qué había pasado, Fanny le reñía, alegaba que le había advertido que no tomara al pollo, Leticia procuraba revisar otras partes de su cuerpo regañándola por haber agarrado al ave.

—¡Te pudo haber picado un ojo y dejarte tuerta!

—Mija, no le diga eso. —El anciano se levantó de la silla y la tomó de la mano con delicadeza—. Ven, hijita. Vamos a ver el gallinero. La mamá gallina solo estaba defendiendo a su bebé.

Juan se levantó y acompañó a ambos hasta el lugar, Ana se enjuagaba las lágrimas, el abuelo se arrodilló con mucha dificultad a su lado y mientras le nombraba a las aves le anudó alrededor del rasguñó su pañuelo. La niña miraba nuevamente con admiración todo el lugar, preguntaba por las cosas y saltó de emoción cuando le mostraron un nido con huevos. Volvieron a los pocos minutos, Leticia les anunció que la comida estaba lista, un sancocho de gallina recién beneficiada y verduras frescas.

El almuerzo se tornó en un drama, Ana se negaba rotundamente a comer la carne, sollozaba y acusaba a Leticia, Andrea (la niñera) y a Atanasia (la mujer evangélica que se encargaba de cuidar a su padre) de haber matado a la mamá de los pollitos. Juan intervino y puso orden, la niña accedió a comer las verduras mientras le lanzaba miradas tristes a los platos. El resto del día transcurrió sin contratiempos, las niñas jugaron con los aspersores de agua, su esposa se acostó en la hamaca del jardín bajo la sombra fresca de las matas de mango y se durmió profundamente. Andrea monitoreaba a las niñas, mientras esperaba pacientemente a que se cansaran y poderlas secar y vestir de nuevo, Juan se tomó el conocido guarapo de café que su padre preparaba desde siempre y que lo transportaba a épocas felices de su infancia más tierna. Regresaron de noche a la casa, ambas niñas cayeron rendidas en el asiento trasero, ni siquiera el entusiasmo de Ana por el obsequio del abuelo —un pollito— consiguió mantenerla despierta.

—Hay que hacerle un corralito al pollito, así como el del conejo de Fanny, Juan —dijo su mujer— ¿Juan? ¿Me estás escuchando?

—Sí, Leticia. El lunes le digo al señor Pedro que pase por la casa para que se lo construya.

—Eso va a ser un problema, vas a ver… la muchachita esa va pedirnos que le dejemos quedárselo en el cuarto.

—Ya le diré que no.

—¿Qué vamos a hacer en semana santa? ¿Vamos a viajar?

—No lo sé, Leticia. Apenas se están acabando los carnavales.

—Sí, pero como no viajamos en estas vacaciones…

La mujer continuó hablando, Juan iba concentrado en la carretera, aunque una parte de su mente estaba enfocada en otra cosa, no comprendía muy bien cuál o por qué. No le molestaba la nueva mascota de su hija, de hecho, era más responsable con los animales que su propia madre.

Leticia seguía con la retahíla de reclamos velados, a ratos le prestaba atención pero no respondía a ninguna de sus increpaciones. Quería a su esposa, pero a veces lo desesperaba, estaba acostumbrada a tener la vida resuelta, a vacacionar cada feriado en algún lugar diferente, de preferencia en el extranjero. Antes había podido complacerla, sostener sus gustos y antojos sin problemas, no podía quejarse porque en contraparte era una excelente madre, todas las actividades de las niñas corrían bajo su responsabilidad, Juan solo debía procurar la liquidez financiera y la estabilidad económica; también era una buena esposa.

—No sé si yo pueda viajar, mi amor —respondió con suavidad mientras se detenía en un semáforo—. Déjame sacar unas cuentas y te digo si por lo menos puedes irte con las niñas a algún lugar. Tal vez a Tampa, con tu madre.

—¡Ay, papi! Eso sería fantástico, por lo menos una semanita.

Todos estaban exhaustos, después de una ducha se echó a dormir. Leticia roncaba suavemente a su lado mientras Juan se revolvía en la cama, cayó en ese estado de sueño en el que se está consciente de estar despierto, pero de igual modo se tienen sueños. Las gallinas de su padre corrían por todos lados, se multiplicaban por doquier, cacareaban histéricas alrededor de una mujer; no podía verle la cara, pero la piel de sus brazos parecía de arcilla gris y agrietada. Murmuraba, un soliloquio susurrado con velocidad, comprendía lo que decía, pero en ese estado, en su mente, las palabras carecían de sentido. El golpe seco de algo que cae espantó a las gallinas y se pusieron más escandalosas todavía, un carrete desproporcionadamente grande de hilo rojo brillante rodó hasta sus pies y dejó en el camino la estela; lo recogió con la intención de volverlo a enrollar, pero cuando se enderezó la mujer giró violentamente sobre su propio eje quedando frente a él.

Sobre su regazo había una gallina negra, esta aleteaba pero no se bajaba, sus ojos estaban cerrados, cosidos con puntadas en diagonal que sobresaltaban por su color rojo. La mujer tenía la aguja enhebrada, era curva, como las que usan los tapiceros; con ella daba puntadas en su ojo, mientras que con su mano libre, sostenía los pliegues de sus parpados. Juan se quedó paralizado viéndola, repentinamente dejó de coser, como si hubiese terminado su trabajo pero sus manos se quedaron suspendidas en el aire, sosteniendo todavía la aguja y el hilo, repentinamente abrió

la boca, una caverna oscura y vacía que parecía la entrada al mismo infierno; el soliloquio se detuvo y en aquel silencio espectral se gestaba un horror inconmensurable, podía sentirlo nacer desde lo más profundo de su ser, reptando desde todas direcciones hasta el centro de su pecho. Aquel silencio demencial estaba desesperándolo, se inclinó un poco para hacer una pregunta, pero antes de abrir su propia boca, el croar ensordecedor de un sapo salió de ella.

Un concierto de sapos salía de su ser, mantenía los labios abiertos en una mueca que se quedaba a mitad de camino entre el horror y el shock, el sonido del cantar de todos los batracios crecía constantemente taladrando su cerebro.

Se despertó sobresaltado, transpiraba profusamente y le costaba respirar. La habitación estaba silenciosa, incluso la respiración de Leticia era leve y suave, poco a poco sus sentidos se fueron amoldando a la oscuridad, sus ojos pudieron ver las formas conocidas de los muebles, sus oídos recuperaron de improvisto la capacidad de escuchar y el acondicionador de aire emitió su ronquera característica a pesar de que el vendedor le aseguró que no sonaba, —El más silencioso del mercado, señor—, *«Maldito desgraciado»* pensó mientras se erguía en el colchón buscando aire desesperadamente.

Buscó su teléfono celular que descansaba en la mesa de noche, el reloj del dispositivo marcaba poco más de media noche, se levantó de la cama definitivamente y salió de la habitación. Su corazón martilleaba incesantemente, las imágenes se disolvían en la realidad y ya no alcanzaba a recordar de qué iba su pesadilla. En la cocina se tomó un vaso de agua fría sin detenerse a respirar, su perro se apareció por el pasillo que daba a la sala y meneó la cola cariñosamente; Juan se acercó hasta él y le acarició las orejas, caminaron juntos hasta las puertas corredizas del jardín y salieron a la fría noche.

El rocío nocturno había cubierto con humedad todas las plantas, el acostumbrado concierto de cigarras, grillos y sapos resonaba en la oscuridad; se sentó al borde del estanque, miró al cielo entre el follaje de los pequeños árboles que había plantado para tener sombra allí; una fina línea blanca se dibujaba contra la negrura cerrada, ni una sola estrella brillaba a pesar de que la luna casi había desaparecido, supuso, en ese vaho de la mente entre el cansancio, el sueño y la incapacidad de conciliarlo,

que de haber sido una estrella él tampoco se hubiese atrevido a salir esa noche con una luna como aquella, parecía la sonrisa macabra de un espectro que acecha a la espera de su víctima; como la de aquel cuento que había leído en un libro que su esposa había comprado por internet para ayudar a una escritora venezolana emergente.

Cerró los ojos y se masajeó las sienes, en un momento de lucidez se dijo a sí mismo que su pérdida de cordura se debía al estrés y, en apariencia, al inminente fracaso de lo que le había llevado años construir.

—No queda de otra —dijo a su perro que, echado a su lado, meneaba la cola de vez en cuando para llamar su atención—, para fin de mes despediré a doscientos trabajadores, me quedaré con la mitad de la plantilla.

Algo aleteó en la noche, seguido por un croar ensordecedor que le hizo pensar en un sapo gigante y verrugoso. Regresó a su cuarto y se sentó al borde de la cama, a pesar de haber tomado la decisión una profunda incomodidad se había instalado en su estómago, era una sensación de vacío, como si estuviese cayendo por la pendiente de una montaña rusa. Se fue quedando adormecido en aquella posición, sintió incluso cómo su cuerpo se iba relajando y cediendo al descanso, le vino a la mente la imagen de la gallina negra, entonces recordó sobre qué pensaba de regreso a la casa: en el gallinero de su padre había una gallina negra; exactamente igual a la de su sueño. En ese preciso instante, en el que la mente cedió al cansancio definitivo, logró acomodarse entre las sabanas y dormir, escuchó el croar del sapo atravesando las distancias, sobreponiéndose al zumbido incesante del acondicionador de aire.

«Cose los ojos de un sapo y una gallina negra… Cose los ojos de un sapo y una gallina negra… los ojos de un sapo y una gallina negra… los ojos…»

«Necesito aguja e hilo»

Y como si hubiese sido una decisión tomada, las pesadillas cesaron.

CAPÍTULO 7

Por un momento pensó que todas las decisiones tomadas en la vida tenían un sentido ignoto que solo se revelaba cuando era estrictamente necesario. Nadie sabía que el viejo rancho en el que vivió hasta la muerte de su madre continuaba allí, ni que él se lo había comprado a la familia instalada en ella casi desde el mismo día en que se habían marchado a Barcelona. Seguía teniendo la misma medida, sólo que en ese entonces, con cinco años de edad, le pareció siempre mucho más grande; de hecho, en sus recuerdos era enorme, tanto que se convertía en el castillo de las historias que su madre solía contarle; no podía acordarse todas, pero algo había quedado dentro de él.

No le guardaba especial cariño a aquel lugar, pero era una parte de su vida que lo había marcado más profundamente de lo que hubiese imaginado. Sentado en el viejo catre, que todavía conservaba el olor a viejo y ruinoso, observó la jaula donde descansaba la gallina negra. A su lado, un envase de plástico, con huecos en su tapa, contenía un enorme sapo oscuro de su estanque.

Recordó cómo se había dado todo, la providencia le había sonreído durante ambas capturas, si es que podía llamarlas así. Allí sentado, escuchando el silbido macabro del viento colándose entre las desvencijadas paredes de zinc, comprendió que no podía llamar providencia a lo que le había sucedido.

La mañana del sábado, después de dejar a su familia en el aeropuerto José Antonio Anzoátegui, se encaminó a casa de su padre con la excusa de preguntarle sobre pollos y su crianza, mientras conseguía una excusa plausible para llevarse a la gallina negra específicamente. Hablaron distraídamente de cosas banales y diversas, su padre le mostró el brote de rosas injertas que estaba cultivando, Juan le preguntó por la gallina, su padre se irguió y tras una mirada inquisidora que examinó su semblante impasible, se limitó a responder que por ahí estaba. Tras despedirse de

su padre, mientras este se frotaba las manos atenazadas por severos dolores artríticos, le dijo con seriedad:

—Sé cuidadoso, Juan. A veces uno no sabe bien, a ciencia cierta, con qué se mete, hasta que es demasiado tarde.

No pudo obviar el ligero tono supersticioso detrás de su seriedad, él le sonrió con algo de dificultad y enfiló el carro rumbo a la carretera principal, vio por el retrovisor cómo el anciano caminaba, despacio y dolorido, de regreso a la casa. Antes de cruzar y tomar la carretera de asfalto encontró a la gallina encima de una estaca gruesa que hacía las veces de lindero. Juan se detuvo, tomó al ave y se la llevó a la casa.

Dejó al animal dentro del corral de *Cachatore*, esperando que la gallina no lastimara al polluelo. Ese fin de semana se abocó a buscar al sapo sin éxito. El lunes se fue al trabajo con la idea de desistir de aquella nueva locura que iba a hacer, se increpaba constantemente, recriminándose el hecho de que él no creía en esas cosas; pero lo cierto era, que si era necesario pintar una estrella invertida y rezar cánticos en latín para salvar su empresa, estaba más que dispuesto a hacerlo.

Los ánimos de sus empleados, previos a la salida de la semana santa, estaban decaídos, así que en un gesto de generosidad inusitado Juan les comunicó a todos que no volvieran al día siguiente, así que la semana mayor en Viveros González & Gonzales comenzó el lunes en la tarde. Juan volvió a su casa vacía, su perro lo esperaba sentado dócilmente en el pasillo de la entrada, ladró emocionado al verlo y Juan comenzó a jugar con él, echados en el sofá. Unos pasos suaves bajaron por las escaleras. Andrea se asomó con cuidado y le sonrió.

—Ya te hacía en Caracas, como mínimo —le dijo.

—No, señor Juan. El autobús sale en la noche.

—Bueno, me avisas para llevarte hasta el terminal.

—No tiene que molestarse, yo pido un taxi.

—No es molestia. —Con su tono tajante, que no admitía replica, Andrea volvió a su cuarto.

Cuando por fin se quedó solo salió al jardín trasero y se sentó en la grama, de vez en cuando le lanzaba una pelota de goma al perro y este salía corriendo a buscarla; la tercera vez ya no regresó, se echó a unos metros de él con la pelota en la boca, Juan se rió de su mal humor, en el fondo se parecían mucho, él lo había rescatado de la calle, un perro joven y mestizo con el que se identificó apenas lo vio en el estacionamiento de su empresa.

—Tengo dos días —le dijo antes de echarse un trago de whisky—, para conseguir un sapo, uno grande… No tengo ganas de coserle los ojos a un sapito chiquito…

Y como si hubiese sido una orden, un sapo grande, demasiado para lo que consideraba normal, se acercó hasta él dando saltos cautelosos. Juan lo miró con sorpresa, producto más de lo achispado que estaba por el alcohol que por su propia capacidad para sorprenderse; su contemplación duró mucho rato, aún no se decidía a dar el paso definitivo, no sabía a qué le temía, no había querido pensar en aquella experiencia tan lejana que había ido cobrando sentido hasta ese momento. Tomar al sapo implicaba hacer un pacto, aceptar un trato con un ser que creía inexistente, fruslerías de viejas católicas o evangélicas que temían disfrutar de una buena cogida.

—¿Estoy dispuesto a ser un trato con el Diablo? —le preguntó a nadie en particular. Suspiró.

Si era honesto, todavía existían esperanzas para él, comenzar de nuevo en otro país no iba a ser tan complicado, difícil sí, pero nunca imposible. Incluso tenía contactos afuera, personas que encontrarían productiva una sociedad en la que sacaran partido de sus conocimientos y tenacidad. No solo se había quedado con su doctorado en botánica, también había asistido a cursos en el extranjero, estaba a la vanguardia de las tecnologías más modernas, dentro de lo que le había permitido el país y su desarrollo.

Sus pensamientos se desviaron a sus inicios, no sabía si estaba dispuesto a un nuevo comienzo, si tendría la capacidad para “revivir” épocas que creía superadas. En

algún momento de su infancia tardía una semilla de venganza se plantó en su corazón, quería hacerles pagar a todos lo que le habían hecho sufrir y el único modo de conseguirlo era siendo mejor que ellos, más rico y poderoso. Desde ese día se dedicó a ser el mejor, el de notas intachables, y en la actualidad podía asegurar, sin miedo a equivocarse, que había superado a todos sus compañeros, porque a diferencia de muchos de ellos él no había tenido un apellido rimbombante que le precediera en el nombre, ni venía de rica cuna, ni dinero suficiente para tapar cualquier ineptitud o le comprara un título universitario; así que los logros de ellos eran nimios en comparación. Siempre había creído que una saludable envidia había dominado su vida, saludable en el sentido de que, aunque ansiaba las cosas de otros, nunca se detuvo por ello y maldijo a la vida o al azar por su suerte, por el contrario, sirvió de motivación para echarle más que ganas a todo, cultivando en el camino una fama intachable de hombre honesto, inteligente y bueno para los negocios. Así que cuando a los veinte montaba su propio vivero, la envidia se convirtió en vanidad y arrogancia, que al final se tradujo en la capacidad de adoptar una posición diplomática frente a los que, ahora, lo consideraban un igual.

—Aunque los odio —murmuró —, qué saben esos maricos de hambre, o vergüenza ¡Una mierda!

Miró al sapo, estaba quieto, confiado de que su aspecto lo protegería de todo; Juan se levantó dando tumbos, echó lejos el trago aguado y en un solo movimiento metió al batracio en el vaso. Parecía un grotesco helado, con medio cuerpo afuera, las patas traseras se movían buscando donde asirse para saltar. Encontró un envase y lo puso dentro, pero apenas encontró un espacio firme el animal saltó buscando escapar. Juan, instintivamente, lo tomó con las manos, dejándolo de vuelta en el envase y tapándolo con un plato sucio del lavaplatos. Se enjuagó las manos con brusquedad debajo del chorro, sin poder sacudirse el asco que le produjo su textura salivosa. Se quedó mirando los mosaicos de la cocina tratando de hilvanar sus pensamientos.

—Tiene que estar vivo —suspiró, se inclinó a buscar un colador mientras el mundo daba vueltas a su alrededor. Estaba inequívocamente borracho, pero después de rebuscar entre los gabinetes inferiores de la cocina, dio con lo que buscaba, optó

por cambiar el plato y llenar con un poco de agua el envase, el sapo intentó brincar de nuevo, pero su escape se vio truncado por la nueva cárcel plástica.

Soltó una carcajada estruendosa. —¡Coño! Si solo me tomé dos vasos… no puede ser que esté tan borracho…

Se recostó en el sofá y se durmió. El día siguiente lo pasó hosco y taciturno, incluso él mismo se consideró una compañía insoportable, los recuerdos de la escuela, de los chicos que lo atormentaban y que luego fingían ser ejemplares frente a los maestros, lo torturaron incluso mientras dormía. El miércoles en la mañana recogió a los animales, rebuscó entre el costurero aguja e hilo y se montó en su carro, no sin antes meter una pala y otra botella de whisky.

Llegó a ese viejo lugar, tétrico y abandonado, donde sabía que nadie iba a interrumpirlo y se sentó en el catre a esperar.

Todos los temores que un hombre puede sentir, los experimentó.

Antes de que cayera la noche cerrada abrió el hueco, lo suficientemente profundo como para que cupiera la gallina sin problemas. Luego se sentó en el suelo, alumbrado con la luz opaca y cenicienta de la bombilla, enhebró el hilo, rojo —porque no podía ser de otra manera—, y comenzó a beber para tener el coraje de hacer lo que iba a hacer.

Con la primera puntada la gallina comenzó a cloquear y a agitar las alas, desesperada; en varias ocasiones le tiraba la aguja de las manos temblorosas; cuando sucedía, se echaba otro trago de la botella, buscando el coraje necesario para continuar con aquella atrocidad. Cuando terminó dejó al animal en su jaula, cloqueaba quedamente y procuraba no moverse, Juan tuvo que comprobar que continuaba con vida, porque era imperante y necesario que estuviese viva; porque desde el amanecer de ese día, la retahíla de la vieja bruja se repetía en su cabeza como disco rayado:

«Cose los ojos de un sapo y una gallina negra,
entiérralos vivos, al filo del jueves santo…

Cose los ojos de un sapo y una gallina negra,
entiérralos vivos, al filo del jueves santo…

Cose los ojos de un sapo y una gallina negra,
entiérralos vivos, al filo del jueves santo…

Un año, un año, un año, espera un año Juan Machete…

Vuelve con los huesos y la tierra, los huesos y la tierra…

Cose los ojos de un sapo y una gallina negra,
entiérralos vivos, al filo del jueves santo…

Cose los ojos de un sapo y una gallina negra,
entiérralos vivos, al filo del jueves santo…

Un año, un año, Juan Machete, un año…»

—Entiérralos vivos…

Cuando cogió al sapo sintió más repulsión, pero con sumo cuidado procedió a hacer su tarea, el animal se retorcía, pero al ser más pequeño lo aferró con más fuerza y cosió con más precisión. Al terminar se echó otro trago al buche, se acomodó de nuevo sobre el catre, *«Aquí murió mi madre»*, y se quedó quieto, respirando lentamente, hasta que se durmió.

El silencio denso fue lo que lo despertó, un hilillo de baba le caía por la comisura del labio y había empapado su camisa. En sus sueños un ave gruñía, pero no era la gallina, sino un animal más grande, un pájaro enorme que extendía sus alas largas y lo miraba con unos ojillos endemoniados. Miró el reloj asustado, temiendo haber pasado la hora y su oportunidad, aunque en el fondo esperaba que así fuese, que pasaran de las doce y todo el plan se hubiese ido a la mierda; pero no, el celular le indicó que eran las diez de la noche.

La siesta le esfumó la borrachera, quitándole también mucho de su coraje, se inclinó sobre el catre y examinó rápidamente que los animales estuvieran vivos. Al confirmar que todo estaba exactamente como lo había dejado, extendió la mano para aferrarse a la botella de alcohol pero se había derramado sobre el catre cuando se durmió, ya no le quedaba ni una gota.

Maldijo por lo bajo, todavía le quedaban dos horas de aquella espera. El filo de la media noche no podía ser otra cosa que justo antes de las doce. Recogió las rodillas y apoyó sus brazos sobre ellas, intentó recordar cosas de su infancia, la mesa donde su mamá dejaba los víveres ya no estaba, pero sí el pedazo de madera con clavos que les había servido de perchero para colgar las pocas prendas que tenían para vestir. Su padre lo acostumbró a dejar sus escasos juguetes en una esquina, justo debajo de una de las tres sillas del lugar, casi pudo verlos en la penumbra: un carrito plástico, una espada de madera que su papá le tallo de un palo, una pelota descosida y un peluche curtido por la tierra.

Se preguntó si hubiese sido más feliz de haberse quedado allí, si su padre hubiese tenido el coraje de vivir entre esas cuatro paredes de latón sin su mujer. Su madre le enseñó a leer y escribir, tal vez no fue la mejor maestra, pero recordó —por esa habilidad invocadora que tienen los lugares de nuestra infancia— que su padre estaba esperando que cumpliera seis años para llevarlo a la escuelita de Agua Clara. Tal vez no hubiese conseguido todo lo que logró, pero probablemente no tendría todas esas cicatrices que se habían formado por no poder sanar de manera adecuada sus heridas.

Quería poder, esa era la simple y llana verdad, lo que le había dicho al espectro en aquel encuentro era cierto, y allí, en esa penumbra silenciosa, enfrentándose a sus deseos, estaba dispuesto a pagar cualquier precio por él, incluso el alma de las personas que amaba.

Instintivamente revisó la hora en el celular, el reloj marcaba las once y cincuenta y ocho, soltó un hondo suspiro y se levantó. Su cuerpo estaba helado pero no sentía frío, tomó a los animales y salió de la casa. Los metió en el hueco poco profundo, estaban quietos, como si todos temiesen perturbar aquella calma, no soplaba ni una sola gota de brisa, la escasa luz de la carretera se colaba lánguidamente entre la

bruma confiriéndole a todo el lugar un aspecto aterrador. Tomó la pala y recogió un poco de tierra, la dejó suspendida sobre el hueco esperando alguna clase de señal, tal vez un evento fortuito que lo detuviera, una intervención divina que ayudara a salvar su alma, porque si existía el Diablo…

La alarma sonó demasiado alto en el silencio, su eco se propagó espectral en la noche cerrada, dejó caer la tierra, se detuvo solo un instante, tomó aire y recogió el resto de la tierra, no le llevó mucho tiempo cubrir el hueco, cuando terminó, sintió que todas las fuerzas abandonaron su cuerpo, con un último esfuerzo se metió en el carro, mientras intentaba apagar la alarma que le taladraba la cabeza, el reloj decía que eran las doce en punto, al segundo siguiente cambió a las doce con uno. Cerró los ojos y durmió.

Ya estaba hecho.

SEGUNDA PARTE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9

CAPÍTULO 1

—Señor, Alberto Domínguez, el Secretario de la Gobernación del estado está aquí. Pregunta si es posible que lo reciba sin cita previa —dijo Yelitza.

Juan levantó la vista del informe que leía en su computadora y la miró por largo rato, sopesando los motivos de aquella visita inesperada.

—Hazlo pasar.

El hombre entró a los pocos minutos, le tendió la mano y tras un sólido apretón se sentó frente a él. Juan lo veía fijamente, disfrutando en silencio la obvia incomodidad del sujeto.

—¿En qué le puedo ayudar?

—Bueno, Juan. Cómo te digo esto… Resulta que nos enfrentamos a un severo problema. Dos de las cooperativas que se iban a encargar del proyecto de ornamento y urbanismo del Transanzoátegui no podrán con él. Es necesario que quien haga todo, nos garantice el mantenimiento de las áreas verdes que van a plantar. Tenemos la orden de volver "verde" las ciudades. Un proyecto de conservación ambiental; así que no sólo debe ser gramita —informó—. El punto es que no pueden asumir todo el proyecto, no tiene los camiones cisterna para regar las matas, ni materia prima para asegurar que todo quede bien hecho.

—¿Quieren que nosotros tomemos el proyecto y salvemos su culo? —lo interrumpió. A Alberto le tomó por sorpresa su tono de voz, carecía de cualquier sentido de empatía, se disgustó mucho por el hecho de que Juan estuviese disfrutando de aquel momento; aunque su rostro no trasluciera nada, aquella calma autosuficiente era más que obvia. Se aclaró la garganta y decidió que no había otra opción, sino hablar claro:

—La cagamos contratando a personas que no tenían la capacidad para sacar adelante el proyecto, nos viven jodiendo la paciencia con eso: ¡Denle los proyectos a las cooperativas! ¡Qué el pueblo trabaje! —Se enderezó en el asiento y continuó—. Y el Gobernador está molesto porque alguien le metió el chisme al Presidente. Así que ahora tenemos una lupa encima y una fecha límite.

—Mi secretaria te hará llegar el presupuesto del trabajo, podemos comenzar ya mismo, pero sabemos que eso no va a suceder. Si quieren que comencemos lo antes posible tienen que adelantar la mitad del pago.

—Bueno, déjame hablar con el Gobernador de eso. Pero, tú sabes cómo es todo…

—No vengas a pedirme una "comisión" por este trabajo —lo interrumpió tajante, se recostó en su silla y le sonrió con satisfacción—, bastante dinero he "invertido" en ustedes, así que no me jodas con esas mierdas. Ya me cansé de andar con guantes de seda e intentar ser diplomático, bailar *pega'o* con el Gobierno… los jodidos aquí son ustedes, y si pretendes sacar beneficios de la cagada que se mandaron avísame para decirte que no de una vez.

Alberto intentó decir algo pero estaba desorientado por los modos de Juan, todo el mundo le había asegurado que solía ser muy educado y controlado, pero ese día estaba diferente, algo había cambiado desde aquella visita hacía meses. Se dio cuenta que estaba sudando, se sentía aplastado por los ojos oscuros que lo escrutaban como brasas ardientes.

—Mi secretaria te hará llegar todo. Los nuevos costos de las obras y el plan de mantenimiento para seis meses. Pasa buen día.

Alberto salió turbado de la oficina, la visita no había salido como él tenía planeado, sacó el pañuelo del bolsillo y se limpió el sudor de su frente, la incomodidad seguía creciendo, incluso después de haber abandonado el edificio.

Juan lo vio salir de su oficina con ánimo exultante, las cosas estaban mejorando exponencialmente y en muy poco tiempo, el mes de abril no había terminado y ya habían concretado varios contratos de envergadura. El primer lunes después de haber realizado su ritual, Claudio le comentó que había ido a la Isla de Margarita por

la semana mayor y en el hotel donde se hospedó conoció al gerente que se interesó en los servicios de la empresa.

—Ya les hice llegar una cotización, señor. Tienen amplias áreas verdes y adquirieron un terreno en Sucre para abrir una sucursal nueva, ya le falta poco para terminar la construcción, van a inaugurar el hotel en julio. Hoy en la tarde me avisan si aprueban el servicio.

Efectivamente, a las dos de la tarde Claudio entraba en la oficina desbordante de felicidad, el hotel había aprobado ambas cotizaciones y debían empezar lo antes posible las obras. Aquel contrato significó una rotunda mejoría, Juan mismo organizó los grupos de trabajo y se encargó de seleccionar los mejores productos para ambos lugares. Para el final de la tarde del lunes la empresa era un hervidero de mensajes en el grupo de *Whatsapp*. Ya no se iba a despedir a nadie; sino por el contrario, ahora se veía en la necesidad de contratar más personal.

En el fondo no estaba muy seguro si aquella evidente mejoría se debía a lo que hizo, o si al cambiar su mentalidad, creyendo que todo iba a mejorar, en efecto mejoró. Su mujer le había hecho leer un librito de autoayuda unos años atrás, en el que decían que las personas debían creer al cien por ciento que las cosas iban a pasar —el negocio del siglo, las vacaciones soñadas, el amor esperado—, *«Tal vez haya algo de verdad en toda esa vaina mística»* pensó. Pero lo cierto era, que nada de eso importaba, le daba lo mismo si había sido un pacto con el Diablo o con *Bugs Bunny*, tenía trabajo y no iba a desperdiciar la oportunidad para consolidar su empresa y su poder.

Durante la inauguración del nuevo hotel conoció gente muy importante: para variar, el dueño de la cadena era el hermano de un diputado o un ministro (no estaba seguro), recibió elogios constantes por las áreas naturales de la empresa, en especial por el lago artificial que diseñó y el cual permitía auto-sustentar el riego de la grama, y los arbustos. Esa noche consiguieron —entre Claudio y él— cinco contratos en distintos puntos del país.

Era tanta la confianza de Juan, y tan abundantes los contratos, que en cuestión de un par de semanas la plantilla original de trabajadores se triplicó, y se volvió necesario el desarrollo de una división de productos agrícolas a gran escala porque

el Gobierno necesitaba sus semillas y abonos para el motor alimentario del país. Por ese proceso se vio en la necesidad de trabajar hombro con hombro en los viveros, se paseaba por los largos pasillos que formaban las hileras de matas con su machete al cinto y sus herramientas de jardinería, comprobando el crecimiento de los brotes, intentando nuevos métodos de fertilización que al final lo llevaron a desarrollar un dispositivo natural que "inyectaba" vitaminas a la planta durante la germinación, dotándola de los anticuerpos necesarios para defenderse de plagas y enfermedades. Antes de acabar el año, había patentado su idea y producía esas capsulas en masa y las exportaba a varios países de Latinoamérica, ya ni siquiera tenía que depender de las divisas que otorgaba el Estado, y con los nuevos contactos desarrollados y su "continuada colaboración al desarrollo del aparato productivo agrícola del país para la soberanía alimentaria", las autoridades hacían de "la vista gorda" mientras él les soltara esporádicamente algo de moneda extranjera para la liquidez financiera de la nación.

A principios del año siguiente, Juan Machete era uno de los hombres más poderosos e influyentes de Venezuela, sus productos se estaban convirtiendo en marca dominante en Suramérica y había empezado negociaciones con algunas empresas africanas.

Sus subordinados lo saludaban todas las mañanas con voces admiradas y respetuosas, hablaban de cómo Juan Machete se había convertido en uno de los empresarios más importantes del país; a él no le molestaba, incluso respondía a los saludos cuando los más osados de sus empleados le decía:

—Buenos días, Juan Machete.

—Buenos días. —y sonreía con soltura.

Justo después del seis de enero, llegando a su casa poco antes del anochecer, algo llamó su atención; sobre el techo de su casa, un pájaro negro estaba posado, no se movía, pero él pudo sentir cómo sus ojos se centraban en él y lo seguían en el recorrido hasta la puerta. Se sintió incómodo, como si un mal presagio se hubiese formado repentinamente en su interior, aquel animal le ponía nervioso, así que antes de decidirse a entrar definitivamente, desanduvo los pasos e intentó espantarlo.

Todo fue inútil, ni siquiera las piedras que lanzó lo espantaron, el ave continuó allí, impertérrita, observándolo. Se dio por vencido y entró a su casa.

Esa noche comenzaron las pesadillas.

CAPÍTULO 2

Intentaba hablar pero de su boca no salía sonido alguno, no sabía dónde estaba, una llanura xerófila se extendía en todas direcciones, una luz mortecina y gris caía sobre todo bañando de un aire funesto aquel lugar. Los bordes de las cosas parecían vibrar continuamente, a veces hasta el punto de difuminarse con el horizonte, convirtiendo todo en una masa multiforme de colores oscuros. No podía estar seguro si era de noche, pero estaba claro que aquella refulgencia mortecina no pertenecía a la luz del sol.

Dio un par de pasos inseguros en todas direcciones, indeciso sobre qué camino tomar.

Algo suave rozó su mejilla, se llevó la mano instintivamente a la cara para espantar a lo que seguro era un animal, descubrió que una pluma oscura, con algunos pelillos blancos, caía lentamente en una danza espectral. Una sombra alargada se proyectó en el suelo, comenzó a rodearlo desde todas direcciones, una masa voluble que parecía salir desde el mismo suelo, como un tiburón rompiendo el agua. Aquella oscuridad empezó a describir círculos a su alrededor, mientras sobre él llovían plumas negras; levantó la vista, arriba, muy alto sobre su cabeza, un pájaro negro similar a un buitre planeaba acechante, era enorme, tan grande que su sombra se extendía por metros y lo cubría con un frío glacial.

La mujer de siempre apareció en el horizonte, esta vez su boca estaba completamente zurcida, las costuras estaban tan cerca una de otra que semejaba un bordado, confiriéndole un sonrisa siniestra que atravesaba sus mejillas de lado a lado. Sus ojos también estaban cosidos, soló que las costuras estaban más abajo, como si hubiesen estirado los parpados superiores hasta los pómulos y los sujetaron con puntadas en cruz. En aquel arcoíris gris, sobresaltaba el hilo rojo, porque incluso su piel, llena de grietas como si fuese una pieza de arcilla mal cocida, era grisácea.

Juan entornó los ojos, la aparición parecía acercarse y luego alejarse, como si cada paso que diera se volviese elástico el horizonte y estirara su presencia en una curva espacial.

Se detuvo, el viento movía sus cabellos enmarañados, parecía que una planta rodadora se hubiese enredado en su cráneo. Señaló la distancia, hacia su derecha, Juan siguió la dirección que le indicaban, a lo lejos se veía un ranchito que reconoció de inmediato. El pájaro enorme se posó en el suelo, aplastando con su peso su antiguo hogar, comenzó a picotear el suelo con violencia, levantando una nube de tierra que volaba hasta él y le escocía los ojos. En el trayecto de su vuelo, dejó un camino marcado con plumas, un sendero serpenteante que parecía subir y bajar, cruzar en ambas direcciones al mismo tiempo, hundirse en la tierra o reptar al cielo.

«Recuerda, Juan Machete, un año…»

Eran miles de voces susurrando en diversos tonos, cada murmullo era una ráfaga de viento que atravesaba su cuerpo como un millón de agujas.

«Recoge los huesos y la tierra, Juan… los huesos y la tierra…»

—¿Juan?

«Ya casi se cumple un año, Juan Machete…»

«…Los huesos y la tierra…»

«El tiempo corre…»

«Un año…»

El piso se estremeció y un remolino lo arrastró al fondo, caía en una lluvia de arena, plumas y huesos ennegrecidos…

—Juan, ¡Juan!

No podía respirar, el sonido de su nombre rebotaba contra sus tímpanos y le hacía doler.

—Juan, ¡Juan! ¡¡JUAN!!

Despertó.

Su mujer lo miraba asustada; el pecho le dolía y sentía su cuerpo arder, la cabeza estaba a punto de estallar, respiró una bocanada enorme de aire y se arrepintió inmediatamente; los millones de agujas comenzaron a pincharlo desde adentro de su cuerpo, debajo de su piel.

—¿Estás bien?

—Sí, tenía un mal sueño… Disculpa si te desperté.

—No te preocupes, de verdad estabas muy alterado ¿Quieres que te prepare un té?

—No, no hay problema —se levantó—, voy a sentarme un rato a ver televisión allá abajo.

—¿Te puedo dar una de mis pastillas?

—No, tranquila, no tengo sueño… Descansa tú.

Salió del cuarto con el corazón martilleándole violentamente dentro del pecho, cada latido era un recordatorio.

«Ya casi se cumple un año, Juan Machete…»

«…Los huesos y la tierra…»

«El tiempo corre…»

«Un año…»

Se sentó en el sofá de la sala en medio de la oscuridad, estaba tan alterado que ni siquiera su perro quiso acercársele, lo miraba con sus ojos brillantes desde el otro

extremo del salón, con el hocico entre las patas y la cola inmóvil. Suspiró cansado, se estiró por completo en el mueble y observó a través del cristal de la puerta del jardín, la bombilla se había quemado y la única luz que entraba provenía del poste de la urbanización.

Poco a poco cayó en un letargo denso y frío, incapaz de moverse para regresar a su alcoba, Juan se quedó allí, respirando acompasadamente, procurando, en medio de la modorra, no soltar sus pensamientos que amenazaban con desbocarse lleno de imágenes fantasmagóricas y dantescas de demonios envueltos en llamas.

Escuchó un aleteo que lo sacó de aquel ensimismado punto neutro que observaba en el vidrio, cuando enfocó los ojos vio al pájaro negro del techo, esta vez, posado sobre la losa oscura de la entrada, justo en la puerta. La cabeza era horrorosa, completamente calva y oscura, de su pico colgaba un amasijo de carne sanguinolenta. El ave era enorme, nunca en su vida había visto una tan grande, medía aproximadamente un metro, y era una masa oscura e imponente que se inclinaba amenazante y le miraba con fijeza. Juan escuchó un gruñido escapándose de su pico entreabierto.

Su perro comenzó a ladrar desesperado, el animal no se sobresaltó, incluso el can se colocó entre su amo y el pájaro e intentó romper el vidrio con sus garras para defenderlo, porque en ese momento, mientras aquel sonido infernal inundaba la sala, un fuerza invisible oprimió su pecho, asfixiándolo, de su boca sólo escapaban pequeños jadeos que ni siquiera lograban convertirse en suplica. Cuando el gruñido se detuvo logró respirar, el ave se quedó allí, observándolo, mientras Juan caía en una inconsciencia gris y plumosa.

*****

Un grito infantil y horrorizado lo hizo saltar del mueble, Ana se encontraba petrificada de miedo y horror frente a la puerta de vidrio, ya la claridad del día se filtraba por las ventanas, la niña iba vestida con el uniforme escolar. Andrea corría desde la cocina preguntando qué pasaba; Juan, arrodillado a su lado intentaba por todos los medios hacerse oír sobre los gritos desesperados mientras su hija señalaba con su dedito el piso. Ambos miraron en aquella dirección.

—¡Oh no! ¡Qué horrible! —La mujer alzó en brazos a Ana que había transformado sus gritos en un llanto convulsivo. Leticia bajaba las escaleras preguntando a los gritos qué había sucedido, llamando desesperada a todos. Detrás, bajaba Fanny, con el cepillo de dientes en una mano y con la boca llena de espuma por la pasta dental.

—No dejes que Fanny se acerque —ordenó Juan.

—¿Qué pasó? ¡Oh! Fanny, no vengas, quédate con Andrea.

—Pero, ¿Qué pasó? ¿Por qué mi hermana llora así?

Leticia se dio media vuelta conteniendo las arcadas, Juan estaba paralizado por la imagen sin saber muy bien qué hacer.

—Voy por una escoba para espantar a ese animal —dijo Andrea.

—Es un zamuro, ¿Qué hace un zamuro por estos lados? —preguntó Leticia.

—No importa qué pajarraco sea ese, sólo no dejes que la niña se acerque —pidió él.

Juan caminó despacio, con esa peculiar sensación en el cuerpo de sentirse adormecido pero con los sentidos intactos, casi esperaba despertarse de ese mal sueño, que en cualquier momento sonase la alarma del celular y despertase en su cama.

—Ya se fue, Juan. Trae una bolsa para meter los restos.

Juan salió de la cocina sosteniendo una bolsa negra y unos guantes plásticos, Leticia agarraba al perro por la correa impidiéndole salir; él abrió la bolsa y con mucho cuidado intentó envolver el cuerpo del conejo de Fanny, era una masa enrojecida a la que le faltaban partes del cuerpo y la piel. Cuando recogió todo y sintió que el olor a sangre jamás se iría de su nariz, su mujer vertió una olla de agua caliente sobre el piso ensangrentado e inmediatamente regó cloro. Se quedó de pie en el jardín, viendo cómo su esposa restregaba la terracota con una escoba; una espumilla suave y roja corría hasta la grama mientras con la manguera enjuagaba todo.

—Quítate esos guantes.

La voz de su mujer sonó lejana, ya Juan no estaba allí, sino a miles de kilómetros de distancia; en su memoria se habían despertado los recuerdos de la noche en que realizó su pacto. Se miró las manos ensangrentadas y la bolsa que contenían los restos de la mascota de su hija. *«Mierda»* pensó, sacudiéndose esa sensación de irrealidad. Dejó la bolsa en el suelo y se deshizo de los guantes.

—Voy por una pala —dijo.

Trabajó hasta que sintió que el cuerpo le dolía, el hueco no era muy ancho, pero sí lo suficientemente profundo. Alcanzar el dolor no fue tan difícil, no después de la noche que había pasado.

Acomodó la bolsa en el fondo del hueco, sólo entonces permitió que se acercaran las niñas, Ana se aferraba al cuello de Andrea, de hecho, únicamente echaba esporádicas miradas con ojos llorosos. Fanny sollozaba en silencio, de vez en cuando sorbía por la nariz. Juan tapó la tumba lentamente, y encima le sembró una mata de crisantemos blanca. Su hija mayor le sonrió con tristeza.

Las niñas no fueron a la escuela ese día, Ana cayó enferma producto de la impresión, Juan tampoco fue a su trabajo. Durante las siguientes semanas ambas niñas tuvieron pesadillas que no sabían explicarles a sus padres, despertaban en la noche, gritando desesperadas, pero cuando llegaban al cuarto ninguna recordaba qué habían estado soñando.

Juan vivía con una sensación de inminente horror, empezó a perder peso, a sentirse enfermo, todos lo achacaban al estrés, porque a pesar de eso, los logros de Juan Machete seguían creciendo y aumentando.

CAPÍTULO 3

Después de una pelea que tuvieron, Juan dejó a su esposa y sus hijas en el aeropuerto de Barcelona con destino a Bruselas. Allí se encontrarían con la mejor amiga de Leticia, que los había invitado a quedarse por las fiestas de semana santa. Las niñas iban emocionadas y su mujer también, lo que ayudó a que la riña no pasara más allá de un par de comentarios sarcásticos y las recriminaciones típicas de que las tenía abandonadas.

—Ya van a ser casi dos años que no viajas con nosotros, no todo es trabajo ¿Sabías?

Aunque las pesadillas continuaron, el zamuro no apareció de nuevo por su vida. El episodio de aquella noche se había olvidado casi por completo, por lo menos durante las horas diurnas.

Juan sentía que estaba a punto de volverse loco, cada sueño era un acertijo peor que el anterior; las figuras recurrentes de la mujer con su sonrisa de hilo y sus ojos cosidos lo atormentaban constantemente, las noches eran un rumor de plumas negras, susurros agonizantes y desiertos oscuros. A veces lograba salvarse de aquellas imágenes absurdas y perturbadoras con altas dosis de alcohol, bebía hasta llegar a un filo peligroso de intoxicación, aunque no lo hacía todo el tiempo porque la resaca era un infierno: las mismas imágenes con las que lidiaba en sueños mezclado con la debilidad de la bebida.

Sabía qué tenía que hacer, así que no se detuvo a pensarlo mucho.

Como la vez anterior, llegó temprano, sólo que esta vez, se aseguró de llevar una luz más viva y dos botellas de whisky para sacarse ese miedo que lo tenía agarrado por los cojones. *«Ya mataste al tigre»* se repetía mentalmente *«no seas mariquita, no le tengas miedo al cuero»*. No tuvo el coraje para entrar a la casa, así que esperó

pacientemente la llegada de la noche dentro del carro. Realmente no sabía qué acciones tomar después de sacar los huesos y la tierra; pensó, instintivamente, en volver —durante la mañana y a plena luz del día— al ranchito en la carretera de Sucre.

Ya había acabado el contenido de la primera botella, la segunda estaba en su regazo, descansando, mientras él observaba cómo se iba desdibujando el borde de su viejo hogar contra el horizonte nocturno; el reloj de su muñeca marcaba las once y cuarenta, aquel día había sido demasiado largo.

Se tomó casi la mitad de la botella cuando salió del carro, sacó de la maleta la pala y el cubo donde iba a meter el contenido maldito, encendió las luces y en aquella claridad buscó el punto exacto en el que iba a cavar.

La alarma del teléfono sonó y Juan enterró con fuerza la punta de la herramienta en la tierra, esta se hundió hasta la empuñadura en ella, estaba suelta y fresca, como si alguien hubiese removido todo recientemente. Con la primera paleada sacó un par de huesos opacos, los echó en la cubeta y continuó su trabajo, acompañado con el incesante pitar de la alarma, hasta asegurarse de que no quedaba ni un solo hueso allí.

Se secó el sudor de la frente con el pañuelo, silenció el celular y se quedó mirando fijamente por unos segundos el montón de tierra revuelta que había recogido.

—Sígueme.

Una voz espectral sonó a su espalda, Juan se giró lleno de pánico, tropezó con el cubo y rodó por el suelo. El corazón le latía ensordecedor dentro del pecho. Las luces del carro fallaron pero aun así pudo ver la figura alargada de una mujer, era la misma que había visto la primera vez, solo que ahora se parecía mucho más a la que lo atormentaba en sus pesadillas.

Toda la borrachera que pudo haber sentido se había esfumado. En la oscuridad todavía podía percibir la silueta justo en el umbral de la puerta del ranchito. Juan se levantó, entre humillado, molesto y asustado, se sacudió el pantalón y recogió la cubeta. La mujer se dio vuelta, comenzó a caminar con paso desgarbado, como si

fuese un títere manejado por hilos invisibles; la siguió con temor, pero sin detenerse, cuidándose de mantener la misma distancia siempre.

Atravesaron la casa, pero en ese momento el minúsculo ranchito se convirtió en un laberinto de pasillos interminables de paredes de latón. El aire olía viciado, y a pesar de que podía sentir una suave brisa soplando alrededor de su cuerpo, el silencio era denso y sepulcral.

Sostenía contra su pecho la cubeta llena de tierra y huesos, a cada paso se le hacía más pesada, casi hasta el punto de que estaba por ceder en sus brazos y esparcir su contenido por todo el suelo.

Vislumbró una salida, un borde menos oscuro que el pasillo lo rodeaba; era la luna que iluminaba débilmente la noche. No sabía dónde estaba pero se detuvo en el momento en el que la mujer lo hizo. Se giró en un movimiento contracturado, incluso creyó oír el crujir de los huesos dentro de su cuerpo, como si se estuviesen astillando en miles de pedazos que atravesarían su piel.

«Tira la tierra y los huesos… un poco hacia cada costado…»

La voz susurraba en su oído, o eso creía él, porque allí estaba la mujer-espectro, "mirándolo" desde su posición, con la boca zurcida en aquella absurda y aterradora mueca de sonrisa. Dejó el tobo en el suelo e hizo lo que le pidieron. Tomó entre sus manos un buen puñado de tierra entremezclada con los huesos y la lanzó frente a él. Una ráfaga de viento helado brotó desde su espalda y elevó la ofrenda en el aire, los huesos danzaron en lentas espirales hasta desvanecerse en la oscuridad. Repitió la operación de nuevo, tres veces más, para cubrir sus cuatro costados. Cuando terminó, la misma voz habló:

«Di:

Satanás, quiero hacer un pacto contigo. Lucifer, aquí te espero. Mandinga, si no vienes a mi llamado mi petición es que las riquezas vengan a mí. Que me rodeen como la tierra me rodea en estos momentos…»

Juan tragó saliva, cada susurro de aquella voz incorpórea y espectral, que cambiaba de entonación y género a medida que pronunciaba las palabras, le hacía estremecer. Aun así abrió la boca y recitó con voz temblorosa:

—Satanás, quiero hacer un pacto contigo. Lucifer, aquí te espero. Mandinga, si no vienes a mi llamado mi petición es que las riquezas vengan a mí. Que me rodeen como la tierra me rodea en estos momentos…

La mujer salvó las distancias que los separaban en un pestañeo, estaba a escasos centímetros de su cuerpo y podía oler aquel aroma putrefacto y sanguinolento manando de toda ella.

«Más fuerte»

—¡Satanás, quiero hacer un pacto contigo! ¡¡Lucifer, aquí te espero!! ¡¡¡Mandinga, si no vienes a mi llamado mi petición es que las riquezas vengan a mí!!! Que me rodeen como la tierra me rodea en estos momentos…

A medida que hablaba su voz fue en aumento, en algún lugar de él comenzaba a germinar un deseo de poder y fuerza que no comprendía, pero que no iba a desaprovechar.

«¡Otra vez!»

—SATANÁS, QUIERO HACER UN PACTO CONTIGO. LUCIFER, AQUÍ TE ESPERO. MANDINGA, SI NO VIENES A MI LLAMADO MI PETICIÓN ES QUE LAS RIQUEZAS VENGAN A MÍ. QUE ME RODEEN COMO LA TIERRA ME RODEA EN ESTOS MOMENTOS.

La tierra comenzó a temblar, los ojos y la boca de la mujer se abrieron, desgarrando las costuras rojas y su piel marchita, la sangre negra y hedionda le inundó la cara, Juan cayó al suelo abatido por el horror de aquella imagen, de la boca abierta salía un grito demencial, demoniaco, estremecedor, que rompió la noche y su calma en dos. Una nube más oscura que las tinieblas salió de aquella caverna infernal, al principio parecían enormes moscas recortándose contra la luna, pero cuando comenzaron a rodearlo comprendió que eran plumas, negras y sedosas.

El grito se fue desvaneciendo lentamente, mientras la mujer lo observaba con un ojo rojo y fulgurante y una cuenca vacía, luego se deshizo en el aire, convertida en arena fina y oscura que voló lejos y en silencio.

Juan no pudo más, su mente colapsó y cayó inconsciente en medio de la nada. No alcanzó a ver que de aquel remolino de plumas negras, salía un zamuro, que ahora volaba hacia el firmamento, recortándose contra la luna opaca.

Planeó un par de veces sobre él, luego aterrizó a su lado y veló por su sueño, en medio de la oscuridad.

CAPÍTULO 4

Juan despertó cuando el sol de la mañana calentó lo suficiente para hacerle sentir su temperatura, abrió los ojos desorientados y miró el horizonte azul del cielo que amenazaba con ahogarlo.

Extrañamente se sentía pletórico, poderoso; los recuerdos de la noche estaban vivos en él, aunque tras ese velo místico que las experiencias sobrenaturales envuelven. Una parte de él le decía que posiblemente todo era producto de su imaginación, que entre el alcohol y la sugestión había visto cosas que realmente no existían; pero no importaba, estaba allí, estaba bien, se sentía bien, más que bien…

Se sentía poderoso.

Cuando se levantó definitivamente se dio cuenta que apenas estaba a escasos metros del viejo rancho, miró en todas direcciones y se marchó sin darle importancia al tobo que dejaba abandonado. Rodeó la estructura, recogió la pala tirada en la tierra, se montó en su camioneta y se marchó sin mirar atrás.

Cuando llegó a su casa descubrió que había pasado dos días inconsciente, los mensajes de su esposa y sus hijas se acumulaban en su correo y su *Whatsapp*. No le importó, después de un largo baño salió a un restaurante a comer, se reunió con su compadre y tras un par de chistes y ponerse al día, Marco le increpó sobre su nueva buena suerte. Juan contestó con evasivas, pero no dejó de decirle:

—Estoy contento, viejo. No te imaginas todo lo que he tenido que hacer para lograr todo esto.

El lunes llegó a primera hora de la mañana a su oficina, Yelitza ya estaba allí, esperándolo con un café negro bien cargado y el periódico del día. Durante la

mañana recibió la llamada de su esposa y sus hijas, estaban paseando por Europa en un tour cultural. Fanny estaba encantada con los museos y le preguntó sobre la posibilidad de estudiar en un colegio internado en Ámsterdam, le prometió que hablaría con su madre, pero no lo veía improbable, después de todo, con el crecimiento de su negocio a nivel mundial, era mejor preparar a sus hijas para que lo manejaran cuando él ya no estuviera.

Durante la hora del almuerzo Juan se reunió con unos clientes, con la nueva directiva para hacer los municipios más verdes, empresas extranjeras querían sumar un granito de arena a la causa ecológica y al mismo tiempo sumar puntos con el Estado para nuevas concesiones. De regreso, alrededor de las dos de la tarde, se enfiló hacia su puesto de estacionamiento; notó que las flores que adornaban todo el complejo estaban más hermosas, con colores más vivos; el césped estaba vibrante y rozagante. Dentro de la oficina, todos los empleados parecían animados, hombres y mujeres iban de un lado a otro atendiendo peticiones de todo tipo. Juan subió a su oficina y observó satisfecho los techos de sus viveros. Respiró con tranquilidad.

—Señor, me acaban de avisar que lo están esperando a las tres de la tarde en el hangar, el señor Alfredo Jiménez dijo que tenía el helicóptero a su disposición por el tiempo que quisiera. —Yelitza cerró la puerta mientras hablaba, cuando Juan se giró para encararla un escalofrío le recorrió el cuerpo dejándole una sensación extraña.

—Gracias, Yelitza. Dile a Claudio que salimos en cinco minutos. Quisiera regresar hoy mismo de Maturín.

—Sí… Sí, señor. —Se pasó la mano por el cabello, estaba comenzando a sentirse medio afiebrada. Salió.

Salieron de la oficina rumbo al aeropuerto, Claudio le informaba sobre las peticiones de sus productos agrarios para importar a Brasil y Colombia. Mientras volaban, un enorme zamuro planeó alrededor de ellos, el piloto les señaló lo versátiles que eran esas aves. Juan sintió un regusto amargo en la boca, pero no le dio importancia. Cuando estaban próximos a llegar a su destino, el ave desapareció de su campo de visión.

Antes de cumplir una hora ya se cerraba la compra, Juan había adquirido una amplia extensión de terreno para nuevos viveros. Regresaron en el helicóptero, exultantes, Claudio no pudo evitar mencionar la visión de negocios de su jefe:

—Está indetenible, señor Juan.

A finales de esa semana su familia regresó de viaje, para esa fecha, Juan había concretado la compra de un viejo vivero en Brasil y la exportación de un lote de sus productos agrícolas rumbo a Mozambique. Justo el día anterior había recibido un agradecimiento en cadena nacional, expresada con mucha elocuencia por el Presidente. Su familia no cabía dentro de sí de tanto orgullo, la sorpresa fue mayor cuando Juan le entregó las llaves de un departamento en Tampa.

Los siguientes seis meses fueron de continuos logros, Juan se dio cuenta que cada vez que salía a concretar un negocio el zamuro se aparecía planeando a su alrededor, el pájaro negro se convirtió en el augurio de sus logros.

Incluso envió a Fanny al internado en Ámsterdam, una escuela exclusiva para hijos de gente poderosa, su hija estudiaba con nada más y nada menos que los niños de las familias reales europeas.

Seis meses de gloria y felicidad; hasta que recibió una visita inesperada.

CAPÍTULO 5

Apretaba las mandíbulas mientras disfrutaba de las sensaciones que lo inundaban, Yelitza movía con maestría la lengua recorriendo toda su longitud e introduciéndolo hasta el fondo de su garganta.

Los espasmos se sucedieron a los pocos segundos, su secretaria gimió al sentir la textura caliente contra el cielo de su boca, succionó con más fuerza y entusiasmo. Luego se levantó con una sonrisa traviesa en los labios y se acomodó la camisa que había abierto completamente para que su jefe pudiese jugar con sus pechos.

Él sonrió satisfecho, arregló su ropa interior y cerró el pantalón. No había sucedido nada extraordinario; de hecho, esa había sido más o menos la rutina desde hacía unos cuatro meses, cuando Yelitza entró a su oficina a última hora de la tarde, cerró con seguro y se desnudó frente a su escritorio.

—Ya no aguanto más, Juan Machete.

Sorprendido al principio por ese rapto de exhibición no pudo detenerse en ningún momento, Yelitza era una mujer hermosa, no podía negarlo, era un pedazo de caramelo de dulce de leche y tenerla tan a la mano sin esfuerzo era una oportunidad que no iba a desaprovechar. En cuestión de pocos segundos se había sentado sobres sus piernas, pudo sentir el calor de su sexo al restregarse contra su entrepierna; comenzó a gemir con desesperación, en apariencia por el contacto rustico del jean que llevaba puesto esa tarde. Juan, obnubilado por la cercanía de aquella mujer que lo deseaba tan desesperadamente, sólo atinó a desabotonar el pantalón y sacar su miembro, ella gritó de triunfo cuando sintió que él penetraba sus carnes, comenzó a moverse con frenesí, presa de un deseo incontrolable; le susurraba cosas ininteligibles y cuando él explotó con un orgasmo abrasador, ella lo

acompañó en la travesía, desplomándose después sobre él, exhalando su aliento en prolongados jadeos y risitas cómplices.

Desde entonces, Yelitza no perdía oportunidad de insinuársele con minifaldas cada vez más cortas, inclinándose invitadoramente frente a él para que descubriera los labios de su sexo desnudo. Él solo tenía que hacerle una seña y ella corría solícita a complacer los deseos más ansiados de su jefe, no había límites, era toda para él.

Después de prodigarle aquel mimo especial, salió de la oficina con su característica expresión profesional, Juan se tomó unos segundos para reacomodar sus pensamientos y concentrarse de nuevo en los contratos que estudiaba previamente a la llegada de Yelitza.

—*Señor Juan, acaba de llegar un hombre que dice que es su socio* —dijo la voz por el intercomunicador—, *¿Lo hago pasar?*

—Yo no tengo ningún socio, Yelitza.

—*Lo sé, señor. Pero él insiste.*

—Hazlo pasar.

La puerta se abrió y un hombre con apariencia de treinta y tantos años entró, estaba pulcramente vestido, pero guardaba cierta informalidad agradable. Tenía el cabello ondulado, de un tono castaño claro con algunas hebras doradas, las facciones de su rostro eran precisas, hermosas, enmarcaban unos vibrantes ojos azules oscuros; cuando le tendió la mano su apretón fue confiado; remataba toda su aura una sonrisa de dientes perfectos y blancos.

—Hola, Juan. Vine a ver cómo están los negocios.

Lo miró por largo rato, tratando de buscar algún rasgo familiar que le ayudara a identificarlo, finalmente se dio por vencido y con el típico tono educado que le caracterizaba le preguntó quién era. El hombre sonrió con una amplia sonrisa en la que pudo apreciar toda su dentadura.

—Me llamo Lucio, aunque es simplemente una adaptación de mi nombre real.

—Eso no me dice quién es usted. —Comenzaba a sentirse notablemente incómodo, la sonrisa tan segura y confiada le estaba generando una desagradable certidumbre.

—Soy el Diablo, Juan Machete ¿Quién si no? —dijo— Acaso no me pediste poder y dinero. Bueno, vine a ver cómo iban mis inversiones.

Juan sintió que el piso bajo sus pies desaparecía, apretó las mandíbulas y contuvo la respiración, el corazón latía tan desesperado que era posible que se escuchase retumbar en las paredes de la oficina. Se aclaró la garganta y se acomodó mejor en su silla, tratando de asirse a algo sólido que le diera un toque de realidad a esa situación tan poco usual.

—¿El Diablo?

—¿Hacen falta los cuernos, verdad? La pirotecnia y toda la vaina… —soltó una risita burlona— A veces es necesaria toda la parafernalia, ya sabes, para poder "atrapar" al cliente, pero después de que los negocios se concretan ya no es necesaria tanta formalidad. ¿Me creerías más si en vez de una persona normal y corriente hubiese llegado como un chivo que habla?

Apenas terminó de soltar la última frase, su cabeza se transformó, enormes cuernos curvos y con púas nacieron de su frente, su boca se alargó convirtiéndose en un hocico con cientos de dientes afilados, el rostro hermoso se llenó de una pelambre oscura, sus ojos comenzaron a centellear en rojo mientras de su garganta salía una llamarada brillante que se le fue encima y lo envolvió.

Juan gritó y se cubrió el rostro con ambas manos mientras sentía cómo aquella lengua de fuego abrasaba su piel, el olor de carne quemada lo asfixiaba y el dolor lo estaba llevando casi a la inconsciencia, su mente repetía una y otra vez que aquello no podía ser.

Así como comenzó, repentina y abruptamente, terminó.

Lucio estaba sentado en la misma posición, sonriente y radiante, como un modelo de portada de esas revistas que leía su mujer y que le ocultaba cuando él llegaba.

Juan lo veía detrás de sus dedos, como si estos fuesen una barrera infranqueable que lo protegía de aquel visitante endemoniado.

—Espero que no sean necesarias más demostraciones.

—No… —Intentó conferirle seguridad a su voz—. No son necesarias.

—Sí, eso pensé.

Se quedaron en silencio, el Diablo con su sonrisa de comercial de pasta dental y Juan con una creciente necesidad de salir corriendo; entre más incómodo y asustado se sentía, más sonriente se ponía Lucio. Al cabo de media hora de silencio, Juan se atrevió a abrir la boca:

—¿A qué has venido, exactamente?

—Vine a ver mis inversiones, ya te lo dije. Es más, deberías darme un tour por los viveros.

Juan frunció el ceño sin comprender aquella petición, en realidad, la situación lo había dejado fuera de base, a pesar de que agradecía que no hubiese montado su "parafernalia" como dijo previamente. Se encogió de hombros, era imposible determinar si todo eso era la realidad o simplemente se estaba volviendo loco; se levantó de su asiento y en un rapto de hilaridad, decidió que el mejor método a seguir era tratarlo como una persona normal.

El paseo fue incluso más incómodo que la reunión en la oficina, Juan procuraba actuar con naturalidad, le mostraba las instalaciones, los productos; caminaron por los viveros y Lucio parecía genuinamente interesado en las cosas, hacia preguntas, daba sugerencias, recomendaba inversiones y posibles compradores para las cosas, incluso le comentó, así como por casualidad, las posibilidades de inversión en más países.

Tal vez su creciente incomodidad podía atribuirse a las miradas indiscretas que todos les lanzaban, supuso que Yelitza había chismeado por el *Whatsapp* la llegada de su "socio" y los empleados estaban interesados en descubrir a esta nueva persona que llegaba a la empresa.

Hombres y mujeres miraban a Lucio con evidente interés, uno que iba más allá de la simple curiosidad, pareció posar atractivamente mientras cargaba unos costales de semillas; algunas de las chicas se quedaban lelas mirándolo, incluso unas intentaron verse más atractivas para él, dejando entrever el nacimiento de sus senos al abrir un botón adicional de sus camisas; inclusive los hombres se mostraban más que interesados en llamar su atención, parecía que la presencia del "hombre" estaba despertando pasiones.

Lucio se inclinó un poco sobre Juan y soltó una risita, este se volvió con una interrogación pintada en el rostro.

—Suelo tener ese efecto tan particular en las personas, puedo desatar sus pasiones sin problema alguno. Volvamos a tu oficina.

Antes de entrar, Juan le ordenó a su secretaria que le hiciera llegar del cafetín unos vasos con hielo, con la indicación adicional de que le subiera una botella de whisky que tenía en el carro. Apenas entró con las cosas, la mujer desató su lascivia, sus movimientos rayaron un límite más allá de lo vulgar. Juan no sabía qué hacer, Yelitza se había sentado en el sofá y le lanzaba miradas calientes a ambos hombres, Lucio seguía con su sonrisita, que ya comenzaba a ser un poco pedante, mientras él se tomaba de un solo trago el contenido de su vaso.

El ardor en la garganta lo devolvió un poco a la realidad, le lanzó una mirada enfurecida a la mujer y con un tono de voz grave y apenas audible le ordenó que se marchara.

—Veo que está todo muy bien, Juan Machete. Pero solo te has enfocado en los negocios, y en uno que otros placeres —acentuó su sonrisa.

—No entiendo qué quieres decir —espetó.

—Bueno, que el poder no solo se limita al trabajo o al dinero —respondió—. Ahora puedes tener lo que quieras, esas cosas que siempre te han atormentado y que ni siquiera te atreviste a pensar… podrías cumplir tus más oscuros y profundos deseos.

Juan se quedó pensando en esas palabras, el tono seductor comenzaba a calarle dentro, despertaba ciertos pensamientos que su férreo control siempre había mantenido en silencio.

—Pero más allá de esto. —Se enderezó en el asiento y dejó el vaso de whisky en el escritorio—. Vine en plan de negocios, necesito que metas algo de mi personal, ya sabes…

—¿Personal? —Juan no pudo evitar la imagen de diablillos yendo y viniendo por las oficinas.

—Sí, son como cincuenta —respondió—, tampoco te voy a meter una cuadrilla enorme. Recíbelos, son hombres de confianza y van a ser leales a ti, recuerda que el poder despierta mucha envidia, tal vez no lo notes, pero aquí dentro, comienzan a fraguarse cosas. —dijo en tono confidencial—. Ya cuando estén acá te daré otras indicaciones. Ya verás, que si creías que estabas por convertirte en el segundo hombre más rico de Venezuela, con esto te convertirás en el primer hombre más rico del planeta. —le guiñó un ojo.

La última frase despertó su interés, Juan Machete disfrutaba del continuo crecimiento de su fortuna y su influencia, pero más allá de eso, sus placeres secretos consistían en deshacerse de su competencia y arruinar a sus viejos compañeros de escuela.

En el último año había llevado a la banca rota a tres de ellos, uno tuvo que huir del país porque en ningún lado conseguía empleo, una sola petición de Juan y las puertas se le cerraban en las narices a quien él quisiera, ya ni siquiera era necesario estar afiliado el Gobierno y su ideología, él estaba por sobre todo eso.

—Te avisó cuando estén aquí —dijo con una sonrisa de satisfacción en los labios—. ¿Cómo te contacto?

—No te preocupes, yo me enteraré.

Con eso último desapareció sin dejar rastro, dejando a Juan con la sensación de que nada de eso había sucedido.

CAPÍTULO 6

La visita del diablo abrió un mundo nuevo de posibilidades para Juan, ciertamente tenía razón la máxima representación del mal; él se había dedicado casi exclusivamente a perseguir sus metas en el ámbito laboral, más allá de las pequeñas satisfacciones de carácter destructivo que había llevado a cabo por simple venganza.

Tras examinarse, comprendió que no había buscado distracciones más placenteras porque se sentía satisfecho con su esposa, pero en perspectiva, ahora qué era un hombre poderoso, si no aprovechaba las ventajas de las que él disponía, ¿qué clase de hombre era?

Desde que se había casado solo tuvo un desliz, dos si contaba estaba nueva versión calenturienta de su secretaria que parecía una diosa ninfómana que flotaba a su alrededor con su aura provocativa. Poco antes de que naciera Fanny, su esposa y él habían vivido un episodio oscuro que lo alejó lo suficiente de su mujer como para revolcarse un par de veces con otra; ni siquiera recordaba el nombre de aquella muchachita con la que mantuvo un idilio de poco más de un mes —acabó justo con el nacimiento de su primera hija—, y podía asegurar que no hubo amor en esa relación; de hecho, jamás se le pasó por la cabeza acabar con su matrimonio o su nueva familia por esa mujer. Tanto así, que nadie, ni siquiera su compadre, sabía de aquella “cana al aire”.

En ese examen peculiar que hizo sobre su naturaleza —mientras se tomaba un café bien cargado después de almorzar—, descubrió que había ciertos aspectos que no conocía de sí mismo, más por miedo que por otra cosa; a veces le era difícil lidiar con esos pensamientos sórdidos y vengativos que rondaban su cabeza cuando comenzaba a recordar los viejos sucesos de la infancia.

Removió un poco la taza con suavidad, sí existía alguien a quien quería hundir en la más profunda miseria, no sólo económica o social, necesitaba destruir su espíritu.

«A veces se necesita un café que aclare las ideas»

Gerardo Meneses fue uno de los niños más populares de la escuela, hijo de un prominente hombre de negocios que incursionaba exitosamente en la política, se caracterizó por ser un jovencito déspota y grosero con sus congéneres. Para nadie fue un secreto las andanzas del muchacho, los profesores y directivos se hicieron de la vista gorda ante su conducta por las continuas amenazas de sus familiares de tomar represalias contra la escuela ante cualquier amonestación o denuncia que pudiese empañar la reputación familiar y el futuro glorioso que le esperaba al primogénito de los Meneses. Cuando Juan llegó a la escuela siendo todavía un niño pequeño, no llamó la atención de Gerardo, que le llevaba ya un par de años de diferencia; fue durante una práctica de bateo para reclutar a los jugadores del equipo del colegio donde lo vio; Juan ya entraba en sexto grado y Gerardo iba en octavo.

No le gustaba recordar aquello, sobre todo porque le demostraba que no había superado esa experiencia como él pensaba; por el contrario, parecía que las heridas estaban más abiertas que nunca, supurando un pus pestilente que le amargaba la vida.

Nunca, en su posición anterior, habría podido enfrentarse a la familia Meneses; pero ahora, ahora podía destruir a Gerardo y su familia como si aplastara un zancudo.

No le tomó mucho tiempo lograrlo, en dos meses Gerardo Meneses despilfarró la fortuna de la familia de la peor manera, entre malas inversiones y apuestas millonarias; pasó de vivir en la mejor zona de Lechería a mudarse a una casita, menos que modesta, en la zona rural de San Diego; su esposa, hermosa y despampanante mujer, se vio obligada a hacer algo que nunca había hecho en toda su vida: trabajar; y sus hijos, una preciosa adolescente de quince años y un niño de ocho, tuvieron que conformarse con estudiar en una de las escuelas de la zona, codeándose con gente de su edad a la que consideraban menos que nada.

Más, no era esa su venganza, no tenía que ver con el dinero; tenía que destruir sobre lo que se cimentaba su poder.

Así que una tarde se acercó hasta su casa y le hizo una propuesta. A Juan no le disgustó que no se acordara de él y de las atrocidades que le había obligado hacer, pero sí se las recordó una a una, sonriendo amablemente mientras se las enumeraba, y aunque Gerardo no parecía lamentarlo ni un poco, eso no lo detuvo; por el contrario, le sirvió como ancla para no desbocarse.

Descargó lentamente cada recuerdo sobre él, volcó todo el pus que llevaba acumulado en su interior, porque aunque ese hombre fingiese —o no— que no lo recordaba, lo que estaba a punto de ofrecerle —y él de aceptar— iba a marcarlo por el resto de su vida; después de ese día jamás olvidaría a Juan Machete.

—Gerardo, te ofrezco todo lo que perdiste, hasta el último bolívar a cambio de una noche con tu mujer y tu hija.

Gerardo soltó una carcajada forzada, más no se indignó lo suficiente como para sacarlo a los golpes de su casa, por el contrario, mantuvo ese deje de tipo rico y arrogante, y respondió:

—Estás demente, no voy a venderte a mi hija y mi mujer como si fuesen unas putas… además no tienes tanto dinero.

Juan hizo una seña al carro y un hombre se bajó con un bolso de gimnasio, lo tiró a los pies de Gerardo y este se abrió dejando ver su contenido. Pacas de billetes de diversas denominaciones estaban allí, resaltaban con sus colores alegres entre la negrura del bulto.

—Hay veinte millones de bolívares en ese bolso. Sé cuánto perdiste exactamente y eso no es nada para mí. —Se levantó de la silla plástica y caminó por el jardincito reseco que hacía las veces de entrada de la pequeña casa. Se notaba que todos allí carecían de las habilidades básicas para mantener un hogar—. Ahí está mi número de teléfono, espero tu llamada. —Se montó en su camioneta y se marchó sin darle tiempo a decir nada más.

El hombre se quedó mirando la maleta por una hora completa, la propuesta había calado hondo dentro de su ser y parecía un trato de película; pero que podría significar el resurgimiento de la familia Meneses. Recogió el bolso y entró a la casa, echó un vistazo a los muebles espantosos que habían conseguido, a las paredes deslucidas y al techo de asbesto por el cual se colaba la lluvia e inundaba el lugar.

Cuando su mujer terminó las clases y despidió a los niños, le contó la propuesta, omitiendo la parte de su hija. Carol lo pensó por unos minutos, miró el montículo de billetes apilados en la cama.

—Es un sacrificio que podría hacer por la familia —dijo al fin, tratando de contener el tono codicioso de su voz, odiaba aquella maldita miseria, extrañaba los restaurantes extravagantes y las peluquerías semanales—; pero no me cuadra que vaya a darte todo ese dinero, no por acostarse conmigo. —Esta vez no pudo ocultar su vanidad.

—Es que no lo es.

—¿Y entonces, qué más quiere?

—Quiere la virginidad de Angelina.

—¿¡Qué!?

Gerardo asintió, en realidad no le sorprendía la petición, su hija era hermosa y en su momento, él mismo había disfrutado los placeres de desvirgar a una jovencita solo por gusto. Carol estaba apoyada en la puerta del cuarto, haciendo las veces de cerradura para que sus hijos no entraran en ese momento. Su esposo, sentado al borde de la cama, de hito en hito, miraba el dinero y luego a la ventana mugrienta de la habitación, esperando que su mujer dijera las palabras que estaba pensando.

—Bueno, a veces hay que hacer sacrificios… —dijo la esposa. Gerardo asintió.

—¿En serio vamos a vender a nuestra hija?

—No es que la niña esté encantada con esto, mi amor. —Tomó una toalla y escondió el dinero debajo de ella, se sentó a su lado en la cama y puso una mano

consoladora en su muslo—. Extraña su antigua escuela, a sus antiguos amigos, pero sobre todo, extraña su casa…

—Sí, Gerardito también —murmuró.

—Déjame hablar con ella, de mujer a mujer… esto debe ser muy duro para ti, tú eres su padre y un padre nunca quiere ver a su niña en esas cosas, pero a veces hay que hacer sacrificios, mi amor… y esto vale la pena, estoy segura que nuestra hija comprenderá que vale la pena por recuperar todo lo que perdimos.

*****

Juan entró al hotel con una expresión de triunfo difícil de ocultar, la sonrisa aparecía repentinamente y tenía que recordarse de no hacerlo. Gerardo lo había llamado la misma noche de la visita y se citaron el fin de semana siguiente.

En la habitación estaban las dos mujeres y el hombre. Su viejo tormento tenía una expresión adusta y apretaba las mandíbulas en un claro gesto de desaprobación que él pudo reconocer como falso; ya no vestía los pantalones baratos y la camisa manchada, ya no destilaba ese aire de derrota disimulada con el que lo había encontrado frente a la casa.

Sentadas al borde de la cama estaban Carol y su hija, podría decirse que eran dos gotas de agua, solo que, una joven y de belleza natural, la otra con las marcas del tiempo y las cirugías de su época de esposa trofeo.

Juan los saludó con cortesía, él se había vestido para deslumbrarlos con su elegancia y su buen gusto. Le pareció divertido que ambas mujeres se hubiesen vestido recatadamente, pero él tenía un plan meticulosamente trazado y lo iba a llevar a cabo hasta el final, disfrutando cada paso que diera.

—Buenas noches —dijo con serenidad—, antes de comenzar hay una última petición.

—¿Cuál petición? ¿No querrás echarte para atrás? —preguntó Gerardo con molestia.

Juan ensanchó su sonrisa mientras negaba con la cabeza, le brillaron los ojos con malicia. —Don esposo y papá se debe quedar a observar.

Los dos adultos se transfiguraron en un momento, muecas de espanto y de rabia se apoderaron al mismo tiempo de cada uno. Gerardo comenzó a vociferar que era un maldito enfermo, Carol pasó una mano protectora sobre los hombros de su hija, mientras Angelina le lanzaba una mirada intensa, y de difícil interpretación, a Juan.

—Pueden discutirlo si quieren y me comunican su decisión —dijo afablemente mientras extraía un sobre de manila doblado de su chaqueta—, pero aquí está el documento con la cuenta a nombre de Gerardo, verán que fue abierta con el mismo monto que perdió… hasta el último centavo. Cuando él la firme la cuenta quedará activa y podrán disponer de todo ese dinero como les plazca… eso si cumplen con el acuerdo… Papá se debe quedar a observar… y participar si a mí se me antoja que lo haga.

Los tres se pusieron pálidos ante las últimas palabras, la boca de Carol se abrió un par de veces como si le faltara el aire, las mandíbulas de Gerardo esta vez sí estaban apretadas por la rabia, ese destello de triunfo que tenía cuando entró ya no estaba, Angelina tragó saliva un par de veces y al final rompió el silencio diciendo con cierta gracia:

—Todos debemos hacer sacrificios, ¿no es cierto?

*****

Juan salió de la habitación sonriente mientras se abrochaba la camisa, en la oscuridad del cuarto quedaban tres personas que ahora se iba a odiar mutuamente el resto de sus vidas. Gerardo había pagado con creses todas la cuentas que le debía, y en cierto modo, una voz en su cabeza le repetía que había logrado hacer justicia a todos los niños que, antes que él mismo, habían sido víctimas de él.

No tuvo ganas de irse a su casa, así que se desvió al bar del hotel y pidió un vaso de whisky, se sentó en una de las mesas desocupadas y observó con atención a todos los presentes, en ese momento Juan se sentía indetenible.

Al principio, una parte de él se había sentido incómoda con la situación, se preguntó si iba a ser capaz de hacerle aquella maldad a una jovencita como Angelina; cuando les ordenó que se desvistieran ella se tapó el busto con pudor, pero él no pudo evitar sentir una creciente excitación ante su cuerpo esbelto y su piel suave, una anticipación a su vientre apretado e inexplorado.

Gerardo fue obligado a sentarse junto a la cama, en una posición en la que Juan pudiese confirmar que observaba todo; así que después de tirarse a la esposa y masturbar a la adolescente para encontrarla presta para él, obligó a Gerardo a acercarse.

Carol se encontraba desencajada por el placer, aquella situación le parecía extremadamente morbosa y excitante, tanto, que a los pocos segundos de sentir a Juan dentro de ella se estaba corriendo estruendosamente sin poder evitarlo. Los griticos y gemidos se escapaban de su boca sin ton ni son, no comprendía por qué estaba disfrutando tanto aquello, pero su mente se desconectaba cada vez que él la obligaba a cambiar de posición o lamerle el miembro. Al final de aquella jornada, Juan terminó corriéndose sobre ella, dejando todo su semen regado en su abdomen y cara, mientras la mujer se llevaba los dedos embarrados a la boca y saboreaba con fruición los fluidos que la bañaban.

Gerardo miraba el show con asco, pensando que nunca había visto a la puta de su mujer revolcarse de aquella manera con él. Angelina tenía una expresión confusa en su cara, se mordía los labios mientras veía con interés cómo Carol se movía con lascivia, cabalgando a Juan como una profesional y soltando improperios a diestra y siniestra: —¡Oh sí! Soy una puta… ¡Cógeme duro! ¡Dame más, papi! Soy tu zorra así que reviéntame el culo.

Juan se paseó por la habitación desnudo, se tomó un vaso de whisky mientras miraba hambriento a Angelina, se arrepintió de no haber comenzado con ella, pero tampoco quería ser un miserable y lastimarla físicamente. Antes de acabarse el trago le tendió el vaso, Gerardo apretó los puños y miró de nuevo a su esposa que estaba en la cama masturbándose y lanzándole miradas lujuriosas a Juan. La chica tomó el vaso y bebió el contenido de un trago, estaba confundida, deseosa y asustada, se sentía usada y al mismo tiempo quería experimentar el mismo placer

de su madre. El hombre que tenía enfrente era atractivo, su color de piel le recordaba al caramelo y su bigote y el pelo en el pecho le daban un porte recio y poderoso.

Le devolvió el vaso mordiéndose el labio provocativamente, un gesto inconsciente para ella. Juan le sonrió con cierta ternura, no iba a lastimarla, Angelina lo sabía, quería lastimar a su padre, humillarlo por algo y ella podía imaginar por qué.

—Ven y lo chupas —Angelina obedeció, pero Juan hizo un gesto de negación, ella se congeló en su sitio, en el fondo quería complacerlo, quería hacerlo bien—. Tú no, él…

Gerardo abrió los ojos nervioso y molesto, iba a abrir la boca pero su hija le lanzó una mirada oscura que lo hizo sentir miserable, nunca había visto a Angelina observarlo de aquella manera, en sus ojos había reproche, desengaño, odio.

—Hazlo, papá… recuerda… —dijo— sacrificios para regresar a nuestra antigua vida.

Gerardo sintió que cada palabra era un golpe que lo despojaba de todo su orgullo, apretó los dientes y se arrodilló junto a la cama; resultó que después de todo, el dinero valía más que su propia dignidad.

Le lanzó una última mirada a Carol, tenía la misma expresión oscura en sus ojos, como si no fuesen ellas mismas, algo había cambiado y él era el culpable.

Tuvo que contenerse cuando el sabor salado de su propia esposa tocó su paladar, a los pocos segundos sintió cómo el miembro de Juan crecía dentro de su boca y el sabor del líquido pre-seminal se unió al gusto de su mujer; una lágrima se escapó de su ojo, el mismo que miraba a su hija que observaba todo fascinada, presa de un descubrimiento increíble sobre el morbo que todo eso le estaba causando; el pene de Juan comenzó ahogarlo, porque el hombre empujaba su cabeza para llevarlo a lo más profundo de su garganta, en ese momento, cuando las arcadas comenzaban a nacer, recordó las cientos de veces que tuvo a los niños de su escuela en esa misma posición, mientras él reía y sentía ese maravilloso cosquilleo en los testículos que le indicaba que estaba a punto de correrse. —*¡Te lo tomas todo, puto!* —les decía, y

los chicos lloraban en silencio, y él gruñía como un animal salvaje descargándose completamente en el fondo de todas esas gargantas.

Juan sacó su pene brillante y ensalivado, le indicó a Angelina que se recostara en la cama con las piernas abiertas, ella obedeció dócil; él introdujo un dedo dentro de su sexo y encontró una grata y húmeda sorpresa, se colocó entre sus piernas y empujó despacio, Gerardo observaba todo presa de un horror demencial, no podía cerrar los ojos, los fantasmas que creía inexistentes lo golpeaban desde sus más oscuros recuerdos, él era un monstruo y ahora debía sufrir algún castigo.

La chica comenzó a suspirar de gusto, Juan conservó su caballerosidad y se movía con lentitud deliberada, Angelina empezó a soltar pequeños gemidos, suaves sonidos que inflamaron más su deseo, comenzó a penetrarla con más fuerza, abrió los ojos ante aquella mezcla de placer y dolor que sentía entre sus muslos. Él tomó sus pezones con suavidad, pellizcaba sus carnes y tiraba de ellos para inflamarlos un poco más, la joven gritó y a sus gritos se unieron los de su madre, que observaba la escena desde una esquina de la cama mientras se masturbaba sin vergüenza frente a él y lo conminaba a correrse dentro de ella. Juan sintió el espasmo de su orgasmo, el interior de Angelina se contraía alrededor de él. Gritó de triunfo y comenzó a moverse con violencia debajo de su cuerpo.

—¡MALDITAS ZORRAS! —gritó Gerardo y ambas mujeres se giraron a verlo, él soltó un alarido de miedo, aquellas no eran su mujer y su hija, los rostros que vio eran oscuros, tétricos, diabólicos…

Juan se bajó de la cama y lo agarró por el pescuezo, Gerardo no podía coordinar sus movimientos, sintió unas manos poderosas que lo aferraban de los brazos y de las caderas, como garras de acero que evitaban que escapara; el olor a sexo le inundó las fosas nasales, cuando enfocó la mirada se encontró con la vulva de su esposa en el rostro, estaba de piernas abiertas, le sonreía con malicia y en aquellos ojos oscurecidos se adivinaba su intención: Comenzó a restregarse por todo su rostro.

—Sí, papi, cómela toda… ¡Oh sí! Así…

Gerardo intentaba zafarse, pero algo superior a él lo mantenía en la cama, postrado de espaldas; Juan le bajó los pantalones y los calzoncillos, Angelina se inclinó y soltó

un escupitajo en su miembro, luego se sentó sobre la cintura de su padre y mientras besaba a Juan con pasión, este sodomizaba al hombre que había abusado de él cuando era niño.

Gerardo intentaba gritar por el dolor lacerante que desgarraba su recto, pero su esposa continuaba en ese trance de placer que la obligaba a restregarse contra su rostro.

Juan sintió el orgasmo surgir de nuevo, se detuvo en el último segundo y lo hizo girarse, Gerardo lo percibió como una figura oscura e imponente, su mujer y su hija se reían de él, mientras sobre su cuerpo llovían gotas calientes y enrojecidas que le quemaban la piel.

Gerardo lloró como un niño, suplicó, pidió perdón. Juan se visitó de nuevo y los dejó allí, regodeándose cada uno en la oscuridad que se cernía sobre ellos.

*****

Le hizo señas al mesero y este le rellenó el vaso, Juan no comprendía aquella maravillosa sensación de libertad y poder que lo embargaban, pero la disfrutaba a plenitud; el whisky le sabía a gloria.

Una mujer muy hermosa, de cabello oscuro y cuerpo escultural entró al bar, le pareció muy atractiva, lo suficiente para invitarle un trago, un atrevimiento que nunca en su vida se había tomado; esa noche nació un nuevo Juan, el mote de Machete ya le quedaba a la perfección.

La dama se acercó hasta su mesa y le sonrió, una electricidad estática se produjo entre ellos cuando Amanda —Le había dicho su nombre con voz ronca y seductora— descansó su mano delicada en su entrepierna, muy cerca de su miembro.

Ni esa noche, ni la siguiente, volvió a su casa.

CAPÍTULO 7

Lucio estaba sentado cómodamente en la oficina cuando Juan abrió la puerta. Le hubiese sorprendido si ya no fuese costumbre encontrarlo así. Le saludó con cortesía y pasó directamente a la pequeña mesa donde descansaba la cafetera eléctrica con el café recién colado, le tendió una taza al Maligno —así lo llamaba medio en broma, medio en serio—, y se sentó en su escritorio a leer el periódico.

En cierto modo, le parecía hilarante que el Diablo resultase tan buen socio de negocios, desde que se había hecho presente y se implicaba con cierta regularidad en los negocios, todo se crecía como la espuma; mejores contratos, más remuneraciones, fama internacional, pero sobre todo, un producto de calidad excelente del cual hablarían en los próximos cincuenta años. Yelitza se asomó por la puerta y les sonrió a ambos con picardía, antes de anunciarles que estaban buscándolos.

Juan levantó la vista de su periódico y miró interrogativamente a Lucio que dio la orden de que los hicieran pasar. Unos cincuenta hombres entraron en la oficina y se acomodaron en perfecta formación de diez hombres cada hilera.

Se aclaró la garganta para llamar la atención del Diablo que miraba a los hombres con orgullo evidente, se giró hacia él y señaló al hombre que tenía a su izquierda.

—Te presento a Constantinoplo. No existe ser más leal que este.

El personaje media casi dos metros y sus extremidades eran lo bastante largas como para verse un poco extraño, pero no lo suficiente para verse deforme; su piel era tostada y sus rasgos finos denotaban una ascendencia indígena latente, el cabello liso, negro y lustroso, competía con sus ojos marrones y oscuros que miraban todo con intensidad.

—Ven esta noche, a las tres de la mañana, ellos juraran lealtad y mientras estén aquí, tú serás el hombre más próspero de este país y continente —aseguró el Diablo.

Así que se presentó de madrugada como le habían ordenado. En uno de los viveros notó una luminiscencia extraña ajena al lugar, se encaminó con cuidado entre los pasillos oscuros y húmedos. Una escena dantesca se presentó ante sus ojos, mujeres y hombres bailaban al son de percusiones constantes, ellas estaban ataviadas con faldas de rojos vibrantes que volaban a su alrededor mientras giraban en torno a una hoguera enorme. Los hombres llevaban pantalones oscuros y el torso desnudo marcado con símbolos extraños de líneas rojas. Los danzantes parecían sumidos en una especie de trance, se contorsionaban en claras muecas sexuales a pesar de que ninguno se tocaba entre sí.

—Ven, únete a la celebración. —La mano poderosa de Lucio lo apretó por el hombro izquierdo, Juan dio un brinco de miedo ante el tacto caliente y pesado que le hizo acalambrase. El Diablo soltó una carcajada cantarina, fuera de lugar ante las imágenes siniestras que estaba presenciando; pero se unió al círculo de personas.

Pronto comenzaron a pasar de mano en mano una botella de licor transparente que le abrasó la garganta cuando bebió un trago. Los bailarines rotaban, pero aun así, todos parecían exudar un aura de energía infinita e inagotable. A las tres de la mañana el fuego se consumió casi por completo, su exigua claridad dibujó sombras espectrales entre los arbustos y las paredes de cristal, susurros discordantes comenzaron a brotar de la nada, voces demoniacas que recitaban un cántico espeluznante que hicieron estremecer su cuerpo.

Lucio había desaparecido misteriosamente en medio de la oscuridad, se escucharon pasos arrastrados viniendo de todas direcciones, hombres y mujeres se arrodillaron en el piso con solemnidad mientras en un remolino de arena se materializaba la mujer que lo había llevado a ese pacto infernal.

La boca, con sus costuras rojas deshilachadas, se abrió en una caverna grotesca y una voz poderosa pidió un tabaco, el ojo rojo se fijó en Juan y sonrió. Alguien le tendió su petición, la punta roja y encendida competía con el poder de su ojo

maldito, se introdujo el tabaco en la boca con la punta hacia adentro y aspiro con fuerza.

"Osoredop odot erdap soid ne oerc

Arreit al ed y oleic led rodaerc…"

Todos comenzaron a recitar a coro aquellas palabras ininteligibles. Al inicio fueron susurros apagados, casi temerosos, pero a medida que el tabaco se consumía entre los dedos y la boca del espectro, estos aumentaban en volumen y excitación.

"Otnas utirípse led aicarg y arbo rop odibecnoc euf euq

Megriv airam atnas ed óican…"

Juan se encontró a sí mismo repitiendo las palabras extrañas, la energía contagiosa de los presentes se fue colando por dentro y experimentó la misma exaltación que todos los demás; continuó esgrimiendo la retahíla con devoción casi mística, era importante que él participara de ello.

"Otnas utirípse le ne oerc

Acilótac aiselgi atnas al

Sotnas sol ed nóinumoc al

Sodacep sol ed nódrep le

Enrac al ed nóiccerruser al

Anrete adiv al y

Néma…"

Al concluir, una tormenta de arena se desató sobre todos ellos, los gritos de júbilo y gloria aturdieron los oídos de Juan. Una llamarada brillante explotó en la fogata casi apagada, iluminando con un fulgor naranja todo alrededor, proyectando sombras deformes y con cuernos por todos lados.

La Oscuridad que se Cierne

Cuando todo se calmó una profunda oscuridad se ciñó sobre ellos, Juan no podía oír ni ver nada, ni siquiera escuchaba su acelerado corazón martillando dentro de su pecho, finalmente todo se fue aclarando…

Amanecía un cielo gris y chubascoso, enfocó la mirada en los hombres que lo miraban con cierta devoción. Allí estaba Constantinoplo.

—¡Qué viva Juan Machete, nuestro señor! —gritó con voz potente.

—¡Qué viva! —corearon los demás.

Juan se sintió el rey del mundo.

CAPÍTULO 8

Los empleados de Juan comenzaron a renunciar al cabo de pocos meses, la llegada de los nuevos miembros de la plantilla laboral causaba disgustos y sin sabores que no lograban comprender; Juan intuyó que las personas que trabajaban para él podían, de algún modo, percibir el origen antinatural de ellos. Le preguntó a uno de los supervisores que había renunciado la semana anterior, cuál era la causa de su partida, alegó que no se sentía cómodo en el lugar; Juan Machete lo increpó aún más, el hombre admitió que no le gustaban dos de sus nuevos subordinados.

—Pero, ¿Hay algún problema? ¿Pasó algo? ¿No hacen su trabajo?

—Al contrario, señor Juan. Son excelentes trabajadores, no se quejan, hacen hasta el triple de lo que hacen los demás.

—¿Y entonces?

—No lo sé, señor Juan, solo sé que desde que ellos llegaron las cosas no son como antes, uno se divertía y disfrutaba su trabajo, la gente se saludaba, sonreía… ahora uno siente como si algo estuviera acechándolo, espiándolo… casi como si…

—¿Como si qué….?

—Como si una oscuridad se cerniera sobre uno.

El hombre salió sin despedirse, ni siquiera pidió una carta de recomendación para un futuro trabajo. Juan contempló por largo rato los viveros, la gente iba y venía trabajando, pero tal y como había dicho su ex supervisor, ya no se respiraba el mismo ambiente de camaradería de antes.

Suspiró.

Realmente no importaba, desde la llegada de Constantinoplo y sus hombres su fortuna e ingresos se habían cuadruplicado en un abrir y cerrar de ojos. De hecho, antes de que entrara el hombre a su oficina, hablaba con el presidente de Argentina, él mismo en persona lo invitaba a reunirse para conversar sobre la compra de sus productos agrarios.

Y el crecimiento seguía, aunque la plantilla de empleados disminuyera continuamente, porque no eran únicamente los empleados de la sede principal; en otros centros del país, los empleados también comenzaban a abandonar sus puestos, sustituidos rápidamente por nuevos trabajadores que hacían el doble o triple del anterior. Juan comprendió que los manejos del Diablo estaban dando sus frutos, poco a poco un ejército de fieles servidores del mal estaban concentrándose en Viveros González & Gonzales.

Una noche entró a su casa y encontró las luces apagadas, pasó por la habitación de Ana y la encontró jugando con sus juguetes, completamente absorta en su mundo imaginario, ni siquiera reaccionó al beso casto que depositó en su cabeza. Se preguntó dónde estaría Andrea y por qué razón la casa estaba sumida en esa odiosa penumbra. Cerró la puerta con cuidado, se encaminó al final del pasillo, la puerta de su cuarto estaba entreabierta, la luz de la alcoba se filtraba en la oscuridad y dibujaba figuras geométricas amarillas sobre el piso y la pared; risitas picaras escapaban de su habitación, los susurros ahogados de placer eran inconfundibles, abrió la puerta despacio, no muy seguro de lo que iba a encontrar.

Leticia y Andrea se encontraban desnudas retozando en la cama, absortas una en la otra, no se percataron de la llegada de Juan, que las observaba boquiabierto presa del desconcierto y de la excitación.

—Hermosas, ¿Verdad?

La voz de Lucio lo sacó de su estupor, se giró a mirarlo atónito. Estaba sentado en el sofá de su oficina, como si lo hubiese llevado hasta allí expresamente para sentarse, en su mano derecha descansaba un vaso de whisky, lo sostenía de manera perezosa mientras miraba con avidez la escena lujuriosa que ambas mujeres sostenían.

—¿Qué es esto? ¿Qué haces aquí? —preguntó con un hilo de voz, como si temiera que su esposa se diera cuenta de que ambos estaban allí, espiándola. El Diablo no le hizo caso.

—¿Sabes qué es lo más interesante de los seres humanos? —preguntó— Su capacidad para reprimirse… solo necesitan un empujoncito en la dirección exacta y *¡Voila!* Olvidan todos los moralismos ridículos y se rinden ante el placer que reprimen… Dime que no es hermoso, esa expresión de gusto y liberación ¿Quieres saber desde cuándo esas dos se tienen ganas? ¡Siéntate, hombre! ¡Tómate un trago y disfruta de la belleza del acto de amor más sublime que existe: el sexo entre dos mujeres…! —Palmeó el asiento vacío a su lado y Juan se sentó como un autómata, tomó el vaso que le tendían mientras observaba con atención la escena.

Leticia soltaba risitas, suspiros y gemidos cortos cuando Andrea mordisqueaba sus pezones, lo mismo ocurría a la inversa cuando su esposa deslizaba sus diestras manos por su bajo vientre, describiendo un camino serpenteante que terminaba entre los dulces pliegues de la niñera. Juan sentía que todo era un sueño, la imagen de su mujer revolcándose plácidamente con Andrea había sido una de esas fantasías comunes que usaba para encender el deseo de vez en cuando en su monótona vida sexual. Ahora, Lucio se la presentaba al alcance de su mano, incluso se imaginó a sí mismo dentro del panorama, y sintió encenderse el deseo dentro de él, inflamarse como un incendio, cuando los labios imaginarios de ambas mujeres se posaron amorosos sobre su miembro.

—Te lo he dicho, te enfocas solo en lo laboral, deberías pensar en más y mejores placeres —soltó una risita, dejó el vaso en el suelo y se levantó de un salto. En lo que le llevó a Juan parpadear el hombre desapareció de su lado y reapareció en el lecho, en medio de ambas mujeres que sonreían con entusiasmo ante su presencia.

No se impresionaron ante su súbita aparición, estaban sumidas en un trance especial en el que el tiempo, el espacio y lo lógico, no tenían cabida. Leticia llevó su mano diestra al pene de Lucio, comenzó a masturbarlo con destreza mientras Andrea se restregaba morbosamente contra su muslo y daba mordisquitos juguetones en el pecho. Lo miraba retándolo, con esos ojos rojizos y brillantes que delataban su verdadera naturaleza maligna.

—¿Por qué no te nos unes? Estoy seguro de que a tu mujer no le importará.

—Sí, mi amor… ven… disfruta con nosotros… —Gateó por la cama hasta el borde, su busto danzaba al ritmo de sus pasos lánguidos, Leticia se pasó la lengua por la boca en un gesto vulgar que no desentonaba con la situación, Juan estaba anonadado por todo eso; ni siquiera notó cómo su esposa reptaba de la cama al suelo y continuaba con su contoneo gatuno hasta estar sobre él, solo entonces se dio cuenta de que estaba desnudo, que su miembro se erguía entre sus piernas sin que pudiese ocultarlo; su esposa lo abrazó con su lengua y lo engulló profundamente.

En la cabeza de Juan resonaban risas lejanas, discordantes, el mundo daba vueltas en un remolino de placer y miedo, ceder ante eso que sucedía le parecía un salto definitivo a un abismo que se estaba tornando demasiado real, demasiado pronto; pero, su cuerpo reaccionó diferente a su razón y luego esta cedió ante el deseo inusitado que crecía desde cada célula que lo componía; pasó a ser parte de ese ente que respiraba sexualidad y se convirtió en un manojo de manos férreas que pellizcaban carnes blandas, en un animal que embestía con fuerza dentro de aquellas suaves y húmedas paredes que lo estaban arrastrando a una condenación que se le antojaba muy próxima.

Los gemidos de las mujeres retumbaban en sus oídos, había caído en una espiral onírica en la que ya no era él ni su cuerpo los que se movían, Leticia y Andrea estaban de piernas abiertas recibiendo, pletóricas, las violentas embestidas de un Lucio duplicado; reía con su tono macabro y los tres pudieron ver cómo, frente a sus ojos, el dorado personaje se iba transformando…

Su piel clara se teñía de un tono oscuro y algo escamoso, de su frente nacieron cuernos curvilíneos de lo que parecía ser una piedra dura y negra; las perfectas manos se convirtieron en garras que apretaban sus tobillos y en sus pieles delicadas se clavaban millones de astillas que las hacían sangrar; los dientes filosos, la lengua bípeda, las facciones deformadas, todo el ente se creció en medio de la cama, fusionándose en uno solo, grotesco y estremecedor, que seguía poseyendo a ambas mujer al mismo tiempo, y sometiéndolas con sus dos pares de brazos y miembros enormes que parecía torturarlas.

Leticia y Andrea gritaban, presas de un horror indescriptible; mientras, de la espalda del Diablo, salían cientos de lenguas que se recreaban en sus senos, su sexo, su cuerpo y su boca, ahogando sus voces, generando un concierto aterrador en el que no se podía distinguir si en verdad estaban horrorizadas o simplemente habían alcanzado un paroxismo de placer inimaginable.

Juan observó la escena agazapado de terror en el suelo, la criatura se contorsionaba y su cola centelleaba muy cerca de él con su latigazo ensordecedor, cada estallido parecía romperlo por la mitad, dolores agónicos lo atravesaban de pies a cabeza, aturdido por toda la escena.

Cayó en un mundo de sombras en el que se sintió protegido por un momento, luego descubrió que no había escapatoria; allí, en el medio de un desierto gris, en el que llovían plumas, estaban sus hijas, en poses antinaturales, con los ojos en blanco, flotando en el aire, de sus bocas abiertas solo salían murmullos infernales.

Una voz conocida y aterradora comenzó a susurrar:

«Se acerca el tiempo de pagar, Juan Machete…»

CAPÍTULO 9

Comenzó a percibir ciertas cosas.

Su hija Ana estaba retraída y casi no les hablaba, parecía conversar únicamente con seres invisibles que la rodeaban y que en apariencia la estaban acechando. Juan podía escucharla a través de la puerta del dormitorio mientras ella —con su vocecita infantil— les advertía que podía verlos.

Leticia y Andrea actuaban de manera "natural", él podía sentir la incomodidad creciente y continua que existía entre ellas. Evitaban tocarse, el más leve roce las hacia saltar lejos la una de la otra; quería preguntarles si recordaban aquella noche, o si la evidente carga emocional se debía a la vergüenza que experimentaban; más no se atrevía, no quería darle forma y realidad a ese episodio aterrador, aunque hubiese pasado un mes entero de eso.

Cuando se quedaba en completo silencio, en ese en el que incluso los pensamientos se callan y ni siquiera se escucha el zumbido característico de la ausencia de sonido, comenzaba a escuchar susurros, si se concentraba, los murmullos cobraban sentido, modulaban palabras y luego frases, la mayoría de las veces no los entendía, comprendía entonces que eran los demonios que disfrutaban torturarlo con sus cánticos espectrales; otras, oía la voz clara y concisa del espectro con el que había iniciado su pacto: *«Se acerca el tiempo de pagar, Juan Machete…»*

«…Juan Machete…»

«Se acerca el tiempo de pagar…»

«Se acerca el tiempo…»

«…tiempo de pagar…»

La Oscuridad que se Cierne

«Se acerca…»

El teléfono sonó y una voz femenina comenzó a hablar en un idioma incomprensible, Juan sudó frío, pensó por un instante que los espectros deseaban volverlo loco…

—Señor Juan, ¿Se encuentra allí, usted? —la voz continuó en el mismo tono pero ahora en español; se notaba a leguas que era extranjera por su modulación pausada. Respiró hondamente para calmar sus nervios.

—Sí, él habla.

—Le estamos llamando desde el escuela de su hija Fanny —la voz sonaba nerviosa—, soy la directora, Dienke Vossen. Se ha presentado una… una *situation* con su niña, y es necesaria su presencia… —se aclaró la garganta con incomodidad— la de ambos padres, acá en la escuela.

—¿Qué le pasó a mi hija? —controló su tono, pero todas las alarmas de su cabeza saltaron.

—Es… algo muy delicado, no es recomendable dar detalles por teléfono, pero es necesario que vengan lo más rápido posible.

—¡No puede dejarme así! ¡Dígame que le pasa a mi hija!

—Lo sentimos mucho, señor Juan —se disculpó, los nervios de la mujer hacían eco en él mismo y en su angustia—, sé que no estoy siendo muy clara, pero… —Las pausas lo estaban alterando más de lo normal—Llo que está pasando es algo con lo que… con lo que nunca… nunca antes habíamos lidiado… Por favor, vengan lo más rápido posible…

La directora colgó la llamada sin decir más nada, Juan se quedó pasmado, mirando el vacío de su oficina, miles de imágenes se agolparon en su cabeza.

Fanny siendo víctima de horrorosos accidentes, su hija postrada en cama…

—Yelitza, necesito dos pasajes para Ámsterdam para mañana mismo, no me importa qué tengas que hacer, tengo que viajar, si es posible esta misma noche, para allá.

Darle la noticia a Leticia no fue sencillo, después de acribillarlo con preguntas que no podía responder, lo atacó por su falta de carácter; repentinamente se quedó sin aire y lo miró en silencio, solo para romper a llorar inmediatamente y desplomarse en el suelo; él alcanzó a cogerla, evitando que se estrellara contra el piso, pero su peso muerto pudo más, así que ambos terminaron arrodillados, Juan acunándola, conteniendo su propio malestar para poder consolarla.

—Algo malo está pasando, Juan. Puedo sentirlo… desde hace días la casa está oscura, como si no tuviera vida… y Ana, ¡Oh, Ana! Algo le pasa y no quiere decirme, mi pobre hijita… y ahora Fanny, ¡Por favor, Señor mío! Que no le pase nada a mi Fanny…

Juan se mantuvo callado, escuchando los ruegos de su mujer, pasaron horas allí, a ratos Leticia dejaba de llorar, parecía recobrar la compostura, pero apenas se enderezaba y lo veía, volvía a su crisis de llanto desconsolado.

Un mensaje de texto sonó en su teléfono, ambos se congelaron en el sitio, preocupados, abrió el mensaje y suspiró con alivio, sus boletos estaban listos, partían para Holanda a las seis de la mañana. Su esposa comenzó a agradecer, se hincó con la cabeza en el suelo y empezó a murmurar, Juan se alejó desagradado, los murmullos le recordaban las voces que venía escuchando.

Salió de la habitación y se acercó al cuarto de su hija menor. La niña dormía, aparentemente, con placidez, se sentó al borde de su cama, acarició sus rizos y luego depositó un beso en su frente.

—Yo la cuidaré, señor Juan. —Andrea estaba en el umbral de la puerta, la luz del pasillo proyectaba sobre el felpudo rosa del cuarto una sombra negra y alargada. Juan carraspeó con incomodidad, pero sonrió; en el fondo estaba agradecido de que estuviese allí para ayudarlos, asintió. —Gracias —le dijo.

Se levantó y pasó por su lado, la rosó ligeramente y un escalofrío recorrió su cuerpo de pies a cabeza, no se detuvo y apresuró el paso rumbo a su cuarto, Leticia se encontraba acomodando todo para el viaje, Juan entró al bañó, se duchó con agua helada y luego salieron, en silencio, rumbo al aeropuerto.

Juan, mientras se alejaban en la penumbra de la madrugada, pudo ver por el retrovisor de su carro, al zamuro posado inmóvil en el techo de la casa, iluminado macabramente por la opaca luz de la farola pública.

*****

—Gracias por venir. —La directora Dienke Vossen les dio un fuerte apretón de manos a ambos mientras los invitaba a sentarse—. Sé que no fui muy amable cuando llamé, pero no encuentro forma de explicar lo que pasa a su hija.

—¿Dónde está Fanny? —preguntó Leticia, había pasado parte del vuelo llorando, así que todavía conservaba cierta hinchazón en los ojos enrojecidos.

—Ella está bien, solo que no sé cómo explicarles lo que está pasando.

—Entonces no está bien, nadie llama y pide una cita urgente por alguien que está bien —soltó Juan en un tono gélido, la mujer se envaró en la silla y entornó los ojos con cierta vergüenza.

—Supongo que no hay mejor explicación a que lo vean por sus propios ojos —dijo derrotada. Se levantó de su asiento y abrió la puerta, habían llegado durante las primeras horas de la noche y no encontraron niños en las aulas—. Nosotros no somos de corte religiosa alguna —comentó mientras avanzaban por los pasillos bien iluminados de la escuela y salían al exterior—, pero debido a que muchos de nuestros estudiantes provienen de familias abiertamente católicas y protestantes, tenemos dos capillas para que estos chicos reciban formación religiosa, a petición de sus padres.

—¿Qué tiene que ver eso con Fanny? —Leticia se abrigó más y se puso al mismo nivel de la mujer.

—Invitamos a los estudiantes a que exploren su… espiritualidad—. Modulaba las palabras con suavidad y lentitud, esperando que ambos la entendieran con claridad—. Su hija fue invitada a tomar la… la… disculpen no recuerdo bien la palabra… *catesis, catequis*… en fin, los estudios bíblicos y religiosos para hacer su primera comunión. Todo comenzó en esas fechas, hace pocas semanas, el padre Peter podrá explicárselo mejor.

Entraron a un edificio sencillo, una estructura de piedra oscura y puerta de madera con una cruz dorada en ella, un pasillo central dividía la estancia en dos, con bancos de madera pulida a cada lado. En las paredes se encontraban murales con escenas claramente religiosas que hicieron estremecer a Juan, apretó los puños y las mandíbulas con fuerza, tratando de disimular su incomodidad. Un hombre joven, no llegaba a los cuarenta años, ataviado con ropa oscura y el alzacuello blanco que denotaba su estatus de cura, les tendió la mano a ambos mientras les obsequiaba una confortable sonrisa. Leticia se echó a llorar irremediablemente, en el fondo de su corazón intuía lo peor, el padre tomó su mano y dio suaves palmaditas en su espalda intentando calmarla, cuando habló, su fuerte acento delató su procedencia española.

—Buenas noches, lamento que tengamos que conocernos en estas terribles circunstancias.

—¿Y mi hija?

—Su hija se encuentra tras esa puerta, acompañada por las hermanas María y Eryka. —Señaló una puerta por un costado del altar—. Pero quería hablarles un poco, antes de que la vieran… ¿Son ustedes una familia católica?

—No vamos a la iglesia muy seguido —respondió Juan cortante—, no entiendo qué tiene que ver esto con lo que sea que le esté pasando a Fanny.

—¿Creen en Dios?

Leticia lo miró confundida —¡Claro que creemos en Dios! ¡Esto no tiene sentido! ¿Dónde está mi hija? ¡Quiero verla! ¿DÓNDE ESTÁ FANNY? ¡¡HIJA!! ¡¡HIJA, DÓNDE

ESTÁS!! —comenzó a gritar, se levantó del banco y empezó a caminar apurada hacia la puerta, pero el cura la interceptó y trató de calmarla.

—Señora González, por favor, cálmese, tome asiento —le apremió—. Necesito preguntarles más cosas, ¿Practican ustedes brujería o alguna de esas religiones tropicales? —Juan sintió un vacío de culpa en su estómago— ¿Alguna vez jugó la niña con alguna ouija, o tuvo contacto con alguna bruja o persona que le deseara algún mal? ¿Le mencionó alguna vez si veía u oía cosas? Fantasmas, amigos imaginarios, pesadillas… lo que sea.

Leticia se quedó pasmada ante esas preguntas, miró a Juan como pidiéndole una explicación, él estaba pálido y comenzaba a hacerse daño en las palmas de las manos con sus uñas; su esposa vio al sacerdote con horror y lanzó un alarido repentino que desgarró la sacra calma del lugar.

—¡NOOOOOOOOOOOOO! Mi hija nunca… nosotros nunca… esto es una locura… No vamos muy seguido a la iglesia pero tampoco creemos en santeros u otras cosas… Mi hijita siempre fue una buena niña, muy inteligente y práctica… Nunca creyó en fantasmas o espantos, es una persona muy lógica y centrada para su edad. —Aferró al cura por las solapas de su chaqueta y lo zarandeó débilmente— ¡Quiero ver a mi hija YA! ¡Oh mi Fanny, qué te pasó!

—Padre Peter, está pasando de nuevo. —Una mujer española, vestida con el hábito de monja se asomó por la puerta, estaba pálida y visiblemente nerviosa. La directora Vossen dio un paso hacia atrás con el terror desfigurando su rostro.

El cura soltó a Leticia y siguió a la mujer con paso apurado, Juan salió detrás de él, sintiendo muy cerca a su esposa que sorbía quedamente por la nariz. Tras pasar un pasillo mal iluminado de unos quince metros atravesaron una puerta de madera y entraron a una habitación helada en la que se encontraban una cama individual de pesada madera oscura, dos sillas clavadas al piso y diversas lámparas dejadas en el suelo siempre al ras de la pared; una joven que se acercaba a la treintena sostenía un rosario blanco entre sus manos y rezaba fervorosamente de rodillas, con los ojos cerrados.

La cama se hallaba vacía, las cobijas estaban tiradas en el suelo, el padre se persignó e inmediatamente se acercó a un mueble empotrado en la pared, sacó una estola morada y pronunció en un murmullo acelerado una oración, se persignó nuevamente y se la colocó sobre los hombros; sacó un frasco de cristal lleno de agua, una cruz de lo que parecía ser oro y una biblia pequeña de tapas ajadas. Juan y su esposa se quedaron en el umbral de la puerta, él impedía que ella traspusiera el umbral por temor a lo que pudiera ver, pero finalmente Leticia lo empujó con fuerza y pasó, se quedó petrificada a mitad de camino viendo en dirección a la pared contraria a la cama.

En lo que a Juan le pareció una eternidad la mujer soltó un grito horrorizado, un alarido estremecedor que le encogió el corazón, luego la vio desplomarse inconsciente en el suelo, ni el cura ni las monjas se percataron de ella, las religiosas rezaban fervorosamente de rodillas, mientras la voz del cura retumbaba con fuerza dentro de la habitación, soltando una retahíla de rezos que eran respondidas por las hermanas.

Dio un paso dentro del cuarto y por un instante sintió que el mundo daba vueltas y volvía a su posición original, miró hacia la pared y todo se desvaneció ante sus ojos.

Fanny yacía de cabeza en la pared, una fuerza invisible la sostenía en una crucifixión invertida, su melena caía a raudales por la pared hasta tocar el suelo, sus ojos estaban hacia atrás de su cabeza y su boca vociferaba en voces discordantes palabras que él no entendía pero que le eran familiares; la niña se movía con intensidad, como si padeciera de fuertes ataques epilépticos, golpeaba su cabeza con violencia contra la pared y estos iban en aumento a medida que el cura profería sus frases en latín.

Juan se dejó caer al lado de su esposa, los gritos de su hija, las voces de los religiosos, el frío glacial de la habitación que convertía en nubecillas el vapor de su aliento que se escapaba de sus propios jadeos desaforados; el corazón le martilleaba en el pecho, en las sienes, en la garganta y en la cabeza; todo era demasiado irreal y al mismo tiempo demasiado palpable, una risita familiar se escuchaba de fondo en aquella cacofonía, era constante, fría, despiadada…

«Se acerca el momento de pagar, Juan Machete…»

Fanny soltó un alarido infrahumano, sostenido y prolongado, que a todos hizo estremecer, las mujeres y el cura cesaron de hablar, Juan levantó la vista y observó horrorizado lo que sucedía.

De la boca de su hija salía una masa negra y tupida que se disipaba por toda la habitación, cuando todos quedaron envueltos en ella Fanny dejó de gritar, acabaron sus espasmos y pareció sucumbir a un sueño pesado muy similar a la muerte. El cura levantó la mano para tomar una de esas manchas negras y livianas que comenzaban a llover del techo y a asentarse a su alrededor, miró a las mujeres que todavía no reaccionaban y luego a Juan que observaba todo con una mezcla de culpa y terror.

—Son plumas… —Estiró la palma de su mano donde descansaba una inequívoca pluma negra— Nunca había visto esto antes, son plumas…

*****

—¿Desde qué fecha está así?

Por fin pudo articular palabra, llevaban dos horas sentados en uno de los bancos de la capilla, bajo la mirada acusadora del Jesucristo del altar y los santos en los murales. Juan sostenía una taza en su mano, el primer sorbo había obrado maravillas en su cuerpo, contenía un espeso y dulce chocolate caliente; pero, ya los siguientes tragos no pudo pasarlos. Sus manos temblaban mientras procuraba llevarse la taza a los labios, después del tercer intento en que no pudo tragar el brebaje y sus manos no dejaban de moverse, se rindió y la sostuvo, esperando que el calor del envase por lo menos calentara un poco sus manos.

—En ese estado tan intenso, tal vez cuatro o cinco días. —Se enderezó en el asiento e inclinó la cabeza hacia atrás—. Yo no soy exorcista, pero de acuerdo a lo que he visto me parece que su hija necesita uno, ya le pedí al Vaticano que enviara a un experto, lo único que podemos hacer aquí es velar porque no se haga demasiado daño y mantener a raya al demonio que la haya poseído.

—¿Cuándo comenzó todo?

—Supuestamente hace unos meses, cuando empezó a recibir la catequesis para tomar la primera comunión —respondió—, su compañera de cuarto, Susana, es una niña española, hija de un prominente empresario madrileño, las pusieron juntas por cuestiones de idioma, la niña me contó que su hija estaba sufriendo horrorosas pesadillas que luego no recordaba al despertar.

—¿Pesadillas? Fanny nunca sufrió de pesadillas…

—Susana dijo que la asustaban mucho, Fanny no se despertaba, pero hablaba dormida, gritaba y la espantaba, fue por eso que su hija se acercó a la iglesia y decidió tomar la primera comunión… la primera vez que me mostró las marcas… al principio pensé que se las hacía ella misma, luego que se las hacía dormida, sin darse cuenta, pero Susana me aseguró que no, que por el contrario, Fanny se quedaba paralizada en la cama, hablaba, sí, pero no se movía.

—Esto no puede ser —susurró Juan— ¿Cómo…? —No terminó de formular el pensamiento, se largó a llorar como nunca antes lo había hecho en toda su vida, en su cabeza se sobreponían las imágenes de la muerte de su madre, el pájaro negro acechante, de Gerardo adolescente obligándole a tragar su eyaculación, los años de odio silencioso y sonrisas falsas mientras trabajaba duro, los continuos rechazos de contratos que le recordaban el rechazo sentido durante la escuela y todo el rencor que seguía guardando, la bruja y su espectral voz ofreciéndole el pacto, él cosiendo los ojos de los animales, surgiendo en la riqueza descomunal que ahora poseía, la hija de Gerardo retorciéndose sobre la espalda de su padre mientras este intentaba respirar y gritar por clemencia, los seres danzantes en su empresa que ahora pululaban alrededor de él, en sus dominios; Lucio, con su cabellera dorada y sonrisa perfecta, transfigurándose en ese demonio enorme y deforme que poseyó a su esposa y a Andrea…

Se levantó con violencia y salió disparado a la puerta principal, no alcanzó a abrirla cuando devolvió su estómago; el cura lo miró con lástima y se apresuró a ayudarlo, le aseguró que alguien ya limpiaría aquello, le tendió un pañuelo inmaculado y finalmente le dijo, con su voz suave y confortable que se marchara a la habitación.

—Su esposa y su hija lo necesitan, vaya con ellas.

Encontró a Leticia sentada al borde de la cama, sosteniendo la mano inerte de la niña, depositaba suaves besos en las puntas de sus dedos y con la mano libre peinaba su cabellera; cuando lo sintió llegar se giró hacia él, intentó decir algo, pero tras abrir y cerrar un par de veces la boca se quedó callada y siguió llorando en silencio. Juan se sentó a su lado y la abrazó, sostuvo las manos de ambas dentro de las suyas, no sabía qué decirle a su esposa, pero no iba a permitir que ese horror continuara sucediendo.

Pasó su mano delicadamente por el rostro de Leticia, pensó en Ana, acarició el cabello de su esposa, ahora lucía unos mechones grises producto del profundo impacto de ver a Fanny así. Esperarían al experto del Vaticano, harían todo lo necesario para salvar a su familia, rompería el pacto infernal de algún modo.

Hallaría la manera.

Tercera parte

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6

CAPÍTULO 1

Treinta días habían pasado desde la vuelta de Ámsterdam, Fanny parecía no recordar nada de lo sucedido en la escuela, regresó a la casa sin oponer resistencia.

Poco a poco las marcas habían desaparecido con el transcurso de los días, Juan creía que había ayudado el hecho de cambiarse de vivienda. Al día siguiente de su llegada, con Fanny todavía inestable por los acontecimientos, adquirió un nuevo inmueble en la mejor zona de Nueva Barcelona; este tenía un gran jardín que prometía horas de relajación para él mientras se dedicaba a llenarlo de brotes de flores y plantas, una pequeña churuata les brindaba sombra fresca cuando colgaban los chinchorros en sus pilares.

Las mascotas consiguieron nuevos espacios acogedores, y las niñas disfrutaron cada una de su propia habitación con grandes ventanas y coloridas cortinas, las alfombras más peludas que pudieron encontrar y montones de peluches para jugar. Tal vez lo mejor había sido la pequeña piscina en la que el perro de Juan y sus hijas pasaban las horas jugando y ahogando los lapsos de calor. Andrea disponía de un tipo estudio aparte, con la finalidad de que tuviera más privacidad; pero lo cierto era, que la principal intención era evitar encuentros incómodos entre Leticia y ella, a pesar de que la mudanza había operado cambios casi milagrosos en ambas.

Antes de mudarse Leticia insistió en bendecir la casa, no una, sino siete veces, —Porque siete es un número de poder —había dicho su esposa. Después de dos días consecutivos de rezos, tanto de día como de noche —porque a petición de ella tuvieron que ser siete curas distintos—; ella se dedicó a colocar cuanto artilugio para el mal de ojo encontraba, junto a estampas e imágenes de alguna virgen o santo católico. Al tercer día en Venezuela, ya estaban instalados en su nueva casa, la anterior fue vendida con muebles y todo, y Juan admitía en su interior que su nuevo hogar estaba libre de esa energía pérfida que se había apoderado de la otra.

Tras ver la creciente mejoría de Fanny y su buen humor constante ante los tutores que habían contratado para que no perdiera el ritmo de su formación académica, y también, por la tranquilidad que Ana Julia estaba presentando desde que se mudaran; en la mente de Juan se implantó un pensamiento que poco a poco conformó una idea; dispuesto como estaba a que sus hijas no padecieran más nada a manos del Diablo y por su culpa, comenzó una gesta casi caballeresca para redimirse de sus pecados.

Empezó por hacer grandes donaciones a varias iglesias, de diversas vertientes cristianas y sin distingo de doctrina; construyó a su vez, en un rincón protegido por hermosos rosales de colores inmaculados un altar en el cual descansaba un cristo de porcelana realizado por un artesano muy famoso de la región. A la semana siguiente de haber bendecido su casa, explicó al sacerdote —el mismo que había escuchado el caso de Fanny y había confirmado con sus colegas en el Vaticano la autenticidad de la historia— que tenía intenciones de hacer bendecir sus propiedades y edificios por la paz y la salvación de las almas de sus empleados.

Después de la llegada del cura, ataviado con la sotana blanca y la estola roja con los símbolos católicos y cristianos bordados en hilos dorados, y tras los respectivos oficios y las bendiciones de rigor, realizadas simultáneamente en todas las sucursales de su empresa a nivel internacional; Constantinoplo y sus hombres desaparecieron repentinamente.

Juan no pudo describir el alivio que sintió durante ese mes, parecía que las cosas se estaban encausando poco a poco dentro de su alma; pero, mientras por un lado Juan Machete pugnaba por traducir su éxito en cosas nobles y justas para hacerse merecedor de la Gracia de Dios, por el otro, todo su poder iba desvaneciéndose lenta y continuamente.

Todos los días recibía una noticia diferente del desplome del mercado y cómo este afectaba sus finanzas, la plaga de insectos que había acabado con sus cultivos de flores en Colombia, la falla catastrófica que había inutilizado la planta procesadora de semillas que distribuía materia prima para la reforestación y producción agrícola de la mitad de Suramérica. Intentaba por todos los medios posibles evitar la ruina de su poderío, pero este se le estaba escapando entre los dedos.

Aun así, su dinero y capacidad adquisitiva permanecía intacta, lo que le hacía creer que no estaba haciéndolo mal, continuó sus acciones sin detenerse ni una sola vez, seguro de que estaba haciendo lo correcto, arrepentido de corazón por el error enorme que había cometido, y comprometido con un cambio fundamental en su vida.

Todo lo que fuese necesario para salvar a su familia.

CAPÍTULO 2

Sombras, soñaba con sombras que se movían, como si fuesen bolsas llenas de gusanos que se contorsionaban de forma nauseabunda.

Sombras que olían a podrido, a muerte, a desesperanza, a perdición.

No podía moverse, no podía hablar, simplemente se limitaba a respirar y a quedar envuelto entre las sombras agusanadas, escuchando susurros que a veces subían sus decibeles y se convertían en estruendosas exclamaciones, risas demoniacas y ordenes potentes.

«Ragap ed aroh se»

«…Omnis incursio infernalis adversarii»

«Etehcam nauj aím se amla ut»

«Humiliare sub potente manu Dei, contresmisce et effuge, invocato a nobis sancto…»

«rapacse sedeup on»

«Ab insidiis diaboli, libera nos, Domine.»

«it arap soid yah on»

Los ruidos de arcadas lo despertaron, se sentía agitado y tembloroso, estiró la mano para tocar a Leticia —una costumbre recientemente adquirida— y encontró el lecho vacío; cuando por fin acostumbró sus ojos a la oscuridad distinguió la delgada línea amarilla que se dibujaba en el suelo y contrastaba con la penumbra, la luz del baño estaba encendida.

—¿Mi amor, estás bien? —preguntó en voz alta mientras se incorporaba de la cama.

La alfombra suave le hizo cosquillas, se sentía aliviado de no tener que colocar los pies sobre el piso helado. Le dio un par de toques suaves a la puerta, su única contestación fue una nueva arcada y el inequívoco sonido del vómito cayendo en el agua del inodoro; abrió despacio, su esposa se encontraba en el suelo, casi desmayada, sosteniéndose de la taza de la poceta, pálida y sudorosa.

—No sé qué tengo, en serio —respondió con un hilillo de voz, intentó incorporarse, pero la debilidad no se lo permitió, una nueva arcada la obligó a inclinarse de nuevo, solo que ya no había nada en su estómago para expulsar.

Juan la sostuvo en brazos y la tendió en la cama, Leticia respiraba con cierta dificultad; bajó hasta la cocina y preparó una manzanilla tibia que le obligó a beber hasta el final, luego le acercó la botella de alcohol isopropílico, esperando que el olor la ayudara con las náuseas que no querían desaparecer.

Se tendió a su lado y pasó la noche pendiente de ella, velando que el sueño intranquilo que tenía no se convirtiera en pesadilla.

A la mañana siguiente fueron al médico, al medio día recibieron la noticia, Juan Machete iba a ser padre por tercera vez, Leticia estaba embarazada y el bebé tenía dos meses de gestado, aproximadamente.

Recordó que, desde aquella noche maldita, la última en que vio a Lucio, no se acostaba con su esposa, y detuvo sus pensamientos en ese momento, porque no quería darle forma a ese horror que se imaginó por un segundo.

*****

La noticia del embarazo puso a todo mundo emocionado, su suegra comenzó a planear el viaje a Venezuela para presenciar el nacimiento de otro nieto; las niñas se emocionaron y Ana Julia gritó de felicidad que era el mejor regalo de cumpleaños que había recibido en su vida.

Andrea se mostró emocionada, le encantaban los niños y les garantizó que se iba a quedar para ayudar con el bebé hasta que fuese grandecito, pero Juan notó cierta

impresión horrorizada que no pudo disimular completamente; más no estaba seguro si iba a preguntarle qué significaba, que si del mismo modo que él, ella recordaba la noche en que los tres habían sido visitados por el señor de las tinieblas.

Leticia intentaba actuar con naturalidad, sonreía con estoicismo a pesar de que el embarazo no le estaba sentando nada bien; y es que, durante las noches, padecía de fuertes migrañas, vómitos incontrolables y horrorosas pesadillas.

Juan se quedaba dormido, soñando con esa bolsa de oscuridad y gusanos, y despertaba a causa de los sollozos desesperados de su esposa, pero cuando le preguntaba la raíz de ellos, solo se limitaba a decir que estaba asustada, pero no especificaba de qué o por qué.

Cerca de los cuatro meses de embarazo celebraron el cumpleaños de Ana Julia, Juan no escatimó en gastos y montó una fiesta de lujo: varios castillos inflables, animales domésticos que interactuaban con los niños, payasos, anfitrionas y un enorme pastel decorado con los personajes animados favoritos de su hija. Juan no pudo contenerse, y como extra, le obsequió un pequeño *Poodle mini toy* de color blanco que correteaba a su alrededor alegremente, Ana lo llevaba de un lado a otro y se preocupaba de que el animalito no escapara de su campo de visión, no tuviese sed y cuando se durmió, lo recostó encima de la falda de su vestido de princesa. Su esposa observaba todo desde la cocina, donde se aseguraba de que los meseros hicieran llegar las bandejas de canapés a las mesas; a veces sentía un leve mareo y una puntada de dolor en la sien, pero sonreía y continuaba dando órdenes. Juan iba y venía entre los invitados, eran alrededor de cuatrocientas personas entre niños y adultos, saludaba, se aseguraba de que todos estuvieran disfrutando y seguía su ronda, con un vaso de whisky y agua en la mano, sonriendo forzadamente.

«rapacse sedeup on»

Se detuvo y miró en derredor, las personas continuaban conversando, comiendo y bebiendo, sin inmutarse. El corazón se le había detenido por unos segundos, el mismo tiempo que contuvo la respiración esperando una aparición misteriosa.

Un destello dorado pasó por su periferia, se giró hacia esa dirección, pero no había nada.

«¡Cálmate, Juan! Él no puede entrar aquí»

Respiró profundamente, compuso su sonrisa y continuó con la rutina sin detenerse.

Cerca del atardecer decidieron repartir el pastel de cumpleaños, Leticia salió de la casa desorientada, con una sonrisa cansada pintada en su rostro mientras observaba a Ana Julia que cantaba a todo pulmón la letra del *Feliz Cumpleaños*; Andrea le tendió un cuchillo y la guió con cuidado mientras cortaba la primera porción de su torta de chocolate, tras el primer mordisco, Juan la alzó en brazos y le estampó un sonoro beso en la mejilla que la niña celebró con su risa cantarina.

Todos se acercaban a ellos con la intención de felicitar a la agasajada, un mar de rostros y voces que por unos minutos les aturdió, cuando la marejada pasó y la niña regresó a la fiesta para continuar jugando; Juan buscó a su esposa por todos lados y no la encontró.

—¿Has visto a Leticia?

Andrea levantó la mirada extrañada, negó con la cabeza y antes de que Juan se diera vuelta para marcharse, lo detuvo:

—Creo que la vi entrar en la casa, la señora Leticia me dijo hace una hora que no se estaba sintiendo muy bien, seguramente se fue a recostar.

—Sí, es lo más probable.

«Etehcam nauj aím se amla ut... rapacse sedeup on… it arap soid yah on… Etehcam nauj aím se amla ut... rapacse sedeup on… it arap soid yah on… Etehcam nauj aím se amla ut... rapacse sedeup on… it arap soid yah on»

La retahíla se sucedía continuamente, como si alguien susurrara cerca de su oído sin respirar, podía escucharlo claramente en los huecos de silencio de las conversaciones; lo acompañaba una sensación desagradable de hormigueo que le recorría el cuerpo en todas direcciones, procuraba mantenerse atento a lo que hablaban los invitados, incluso participaba efusivamente en las discusiones e intentaba hacer chistes sobre la situación del país, observaba constantemente por sobre su hombro izquierdo, porque sentía que era allí de dónde provenía la voz.

«Etehcam nauj aím se amla ut... rapacse sedeup on… it arap soid yah on… Etehcam nauj aím se amla ut... rapacse sedeup on… it arap soid yah on… Etehcam nauj aím se amla ut... rapacse sedeup on… it arap soid yah on».

Por un momento la voz fue perdiendo intensidad, casi hasta un punto en que no la escuchaba, fue entonces cuando se percató de que parecía que el sonido de ambiente había aumentado de volumen y lo aturdía con su intensidad, la vibración de los vasos de vidrio que chocaban, el golpeteo de los cubiertos de metal sobre los platos de porcelana, las risas falsas y estridentes, la música infantil que retumbaba a la par de las risas infantiles, la voz chillona de un payaso que retorcía un globo chirriante para convertirlo en un animal de plástico, el perro de Ana Julia que ladraba agudamente…

Todo era una enorme cacofonía que parecía palpitar en aumento continuo, amenazando con estallar dentro del pecho y su cabeza, ahogando los latidos de su propio corazón que latía desbocado.

Un grito horroroso, desgarrador, desaforado y casi inhumano escapó de la casa imponiendo un tenso y nervioso silencio en el jardín, congelando el tiempo y el espacio. Todos miraron en dirección a la casa a la expectativa de una repetición que confirmara que aquel sonido espeluznante había salido de allí; Juan sintió un vacío helado en los pies, por un momento fue como si un gancho lo jalara desde las profundidades, aferrándolo por el estómago.

Tragó en seco y miró a la concurrencia, forzó una sonrisa e intentó decirles a todos que estaba bien, que quizás eran imaginaciones de ellos y que el sonido había surgido de otro sitio, menos de la casa; le hizo una seña al sonidista, y las voces que cantaban: "*Hola don Pepito, hola don José*" comenzaron a sonar con estridencia. Andrea —previendo una situación desagradable— animó a los niños a que continuaran con sus juegos, las anfitrionas siguieron el ejemplo y se pusieron a ofrecer golosinas y a bailar con los pequeños, los meseros reanudaron su rutina y rellenaron vasos, sirvieron canapés y recogieron los implemento ya usados.

Juan se encaminó a la casa, trataba de mostrarse tranquilo y seguro de sí mismo, pasó al lado de unas muchachas que volvían del lavado y les sonrió con amabilidad, tratando de recordar de quiénes eran hijas.

Atravesó el salón rumbo a la escalera, a pesar de las luces encendidas notó un aura oscura en todo lo que lo rodeaba, repentinamente el coraje le abandonó y ni siquiera fue capaz de poner un pie sobre la escalera…

«Etehcam nauj aím se amla ut...»

Las luces parpadearon, una amenaza velada de que en cualquier momento podría quedarse sumido en la negrura, sintió vértigo, pero tras cualquier atisbo de lógica, puso un pie en el primer escalón…

«It arap soid yah on…»

Apretó con fuerza el pasamanos, por un instante creyó que se aferraba a hielo seco, incluso sintió que la piel se le pegaba a la superficie de madera pulida…

«Rapacse sedeup on…»

Cuando llegó a la mitad de las escaleras se dio cuenta que no respiraba, exhaló lentamente y su aliento se condensó en una nube que fue desapareciendo mientras ascendía.

«Etehcam nauj aím se amla ut... Etehcam nauj aím se amla ut… Etehcam nauj aím se amla ut...»

Alcanzó el rellano del primer piso y miró en ambas direcciones, las habitaciones de las niñas mantenían las puertas cerradas y por el resquicio se podía ver que estaban con las luces apagadas; dio un paso tentativo en dirección a su cuarto, temiendo por la vida de Leticia, dándole forma a esa terrible presunción que lo estaba agobiando desde que se había enterado de que iba a ser padre…

«It arap soid yah on… it arap soid yah on… it arap soid yah on»

A medida que se fue acercando a la alcoba la temperatura fue descendiendo, las maderas crujían ante un roce invisible, por debajo de su puerta no se veía luz alguna, comenzó a rezar en voz baja sin darse cuenta, colocó la mano sobre la perilla y sin pensarlo, sin detenerse, la giró con ímpetu y abrió la puerta con tanta fuerza que se estrelló contra la pared pero sin emitir sonido alguno; por el ventanal

se filtraba la luz de la calle, una luminiscencia azulada que bañaba los bordes de las cosas dándole forma. Leticia estaba de pie frente al espejo con el cuerpo en tensión, notó que la camisa que llevaba puesta estaba desgarrada en el frente, dejando al descubierto sus senos inflamados y su abdomen prominente, impropio de un embarazo de cuatro meses.

—¿Leticia?

La voz fue absorbida por la penumbra, el sonido no llegó a propagarse ni alcanzó los oídos de la mujer, dio un paso hacia ella temiendo una reacción violenta al ver el reflejo de su persona en el espejo.

«Etehcam nauj aím se amla ut... rapacse sedeup on… it arap soid yah on… Etehcam nauj aím se amla ut... rapacse sedeup on… it arap soid yah on… Etehcam nauj aím se amla ut... rapacse sedeup on… it arap soid yah on… Etehcam nauj aím se amla ut... rapacse sedeup on… it arap soid yah on… Etehcam nauj aím se amla ut... rapacse sedeup on… it arap soid yah on… Etehcam nauj aím se amla ut... rapacse sedeup on… it arap soid yah on… Etehcam nauj aím se amla ut... rapacse sedeup on… it arap soid yah on… Etehcam nauj aím se amla ut... rapacse sedeup on… it arap soid yah on… Etehcam nauj aím se amla ut... rapacse sedeup on… it arap soid yah on»

Vio cómo los labios de su esposa se movían con velocidad, repetía frenéticamente las frases como una lluvia de balas, su vista fija en el espejo, atrapada por una imagen de horror que no la dejaba escapar. Se acercó un poco más y extendió la mano, esperando que el ligero roce de sus dedos la trajera de vuelta a la realidad; Juan tenía miedo, su cuerpo temblaba y se empequeñecía a medida que su esposa recitaba.

«Etehcam nauj aím se amla ut... rapacse sedeup on… it arap soid yah on… Etehcam nauj aím se amla ut... rapacse sedeup on… it arap soid yah on… Etehcam nauj aím se amla ut... rapacse sedeup on… it arap soid yah on… Etehcam nauj aím se amla ut... rapacse sedeup on… it arap soid yah on… Etehcam nauj aím se amla ut... rapacse sedeup on… it arap soid yah on… Etehcam nauj aím se amla ut... rapacse sedeup on… it arap soid yah on… Etehcam nauj aím se amla ut... rapacse sedeup on… it arap soid yah on… Etehcam nauj aím se amla ut... rapacse sedeup on… it arap soid yah on… Etehcam nauj aím se amla ut... rapacse sedeup on… it arap soid yah on»

Su piel estaba hirviendo, tanto que por un instante temió que estallara en llamas, Leticia parecía no haberse dado cuenta de que él estaba allí, la sostuvo por ambos brazos e intentó zarandearla un poco, sacarla de ese trance aterrador.

«Etehcam nauj aím se amla ut rapacse sedeup on it arap soid yah on Etehcam nauj aím se amla ut rapacse sedeup on it arap soid yah on Etehcam nauj aím se amla ut rapacse sedeup on it arap soid yah on Etehcam nauj aím se amla ut rapacse sedeup on it arap soid yah on Etehcam nauj aím se amla ut rapacse sedeup on it arap soid yah on Etehcam nauj aím se amla ut rapacse sedeup on it arap soid yah on Etehcam nauj aím se amla ut rapacse sedeup on it arap soid yah on Etehcam nauj aím se amla ut. rapacse sedeup on it arap soid yah on Etehcam nauj aím se amla ut rapacse sedeup on it arap soid yah on»

Leticia comenzó a recitar sin detenerse, sin respirar, sin moverse, una y otra vez, cada vez a mayor velocidad. Juan empezó a repetir su nombre en voz alta, a llamarla con vigor y autoridad, pero, mientras ella continuaba él percibió por el rabillo del ojo un movimiento extraño, un reflejo que no había visto antes, se volvió sobre sí mismo y tuvo que contenerse para no gritar.

Posado sobre el espaldar de la cama, justo encima de donde descansaba la cabeza su esposa, estaba un enorme zamuro, sus garras marcaban profundamente la madera tallada, sus ojos lo miraban intensamente, brillaban en la oscuridad con malicia e inteligencia; el ave gruñó.

Asustado por todo aquello, sobrepasado por la maldita situación, se giró bruscamente para tomar a Leticia por los hombros y sacarla a rastras de la habitación, pero en ese momento sintió que su esposa se tensó mucho más, se detuvo por un instante en su cántico infernal y tras ese breve silencio, soltó un grito que le congeló la sangre y le erizó la piel.

Del abdomen de la mujer reflejada en el espejo se marcaba un rostro, luego una mano, esta se estiró como si quisiera romper la elástica piel y escapar, la boca se abría como si buscara respirar. Se paralizó de miedo solo por unos segundos, luego quiso poner distancia entre esa abominación y él, dio un par de pasos hacia atrás y tropezó con la cama, cayó de espaldas en el colchón y posteriormente al suelo.

El ave gruñía, el espectro del espejo intentaba escapar, su esposa estaba inerte, con la boca abierta en un grito mudo que se desvaneció en la oscuridad. Bruscamente se giró, primero el cuerpo expuesto, lleno de arañazos sangrantes que segundos antes no habían estado allí, luego la cabeza, con un sonido crujiente de huesos que se rompían. Cada uno de ellos fue una puñalada en su abdomen, en su pecho y en su cabeza, el pánico se había traducido en un dolor insoportable, una especie de empatía con la mujer a la que había decido amar en algún momento; sintió nauseas, los pocos pasos que los separaban Leticia se desplazó como si fuera una muñeca articulada, por un instante los ojos de ella parecieron enfocarlo, reconocerlo, culparlo, luego se desplazaron hacia atrás, dejando un vacío blanquecino y asqueroso.

—NO PUEDES ESCAPAR, JUAN MACHETE… NO HAY DIOS PARA TI…

Después de eso, Leticia se desplomó inconsciente sobre él y Juan no tuvo la fuerza para moverse.

Escuchó las voces que llamaban, los toques en la puerta, primero suaves y luego violentos y asustados; pero en ese momento solo retumbaba en su cabeza la terrible sentencia:

“No puedes escapar, Juan Machete.”

CAPÍTULO 3

A pesar de haber vivido experiencias que lo marcarían hasta el fin de su existencia en el infierno, Juan no perdía su practicidad, comprendió que no iba a encontrar un lugar en el cual proteger a su familia, así que tomó la decisión de comunicarse con el Diablo y tratar de negociar, de alguna forma, un nuevo pacto.

Repitió la misma operación que otrora le había llevado hasta las mismas manos del Maligno, solo que esta vez no esperó hasta una noche santa. Cada noche, durante las siguientes tres semanas, Juan se hizo con un sapo y una gallina, volvió a su antiguo hogar y enterró a cada víctima inocente invocando a Satanás sin resultados.

Mientras tanto, las cosas en su casa empeoraban, Leticia salía y entraba de su estado catatónico, pero cada regreso se convertía en una agonía peor que la anterior; en sus estados de aparente vitalidad, se limitaba a murmurar y a repetir el cántico que no cesaba en la cabeza de Juan Machete; sus hijas vivían aterrorizadas por sombras malditas que se colaban por las ventanas cerradas con sus suaves cortinas, Andrea procuraba mantenerlas en calma sin mucho éxito, y cuando él se percataba, las tres se encontraban encerradas en la casa de huéspedes que ocupaba la niñera; muchas veces arrinconadas en un armario, con los ojos enrojecidos, aferrando un rosario como si de esas cuentas dependieran sus vidas.

Dándose por vencido acudió de vuelta al sacerdote, de rodillas en medio de la nave principal le confesó todo, el cura escuchó cada palabra que él dijo, negó con la cabeza y después de darle un sermón y una reprimenda, culminó diciéndole que lo iba a ayudar, pero que la presencia de Dios no iba a llegar a su casa si él no se arrepentía de verdad. Le aseguró con el corazón en la mano que sí, que estaba muy arrepentido de haber incurrido en aquel pacto.

Comenzaron los rezos. Noche tras noche de rezos continuos y sin descanso, a los pocos días el padre Strozzi solicitó ayuda de otros colegas, que se alternaron en los ritos mientras esperaban la llegada del enviado del Vaticano que estudiara el caso, asegurara la posesión demoniaca y procediera a autorizar el exorcismo correspondiente.

Juan Machete alternaba sus días y sus noches entre la empresa que se desplomaba lentamente y su casa que se desmoronaba en la oscuridad. Algunas tardes vagaba sin rumbo fijo por toda la ciudad, el hombre que le devolvía la mirada por el espejo retrovisor no era el que él había sido un día no mucho tiempo atrás, las ojeras se adueñaban de sus pómulos y los hundía en una profundidad negra que amenazaba con arrasar el resto de su piel, los parpados caídos por las eternas noches sin dormir mientras sostenía a Ana Julia y Fanny para que descansaran un poco. El cabello encanecido que comenzaba a ralear en la coronilla, la piel amarillenta y deslucida, los dedos huesudos que aferraban el volante con fuerza hasta ponerse los nudillos blancos por la presión.

Eso quedaba de Juan Machete: un despojo.

A veces pensaba en huir y enfilaba rumbo a ningún sitio en específico, cuando caía en cuenta se encontraba llegando a Cumaná o a Boca de Uchire, entonces frenaba en seco, pensaba en su familia, en el maldito Lucio ganando sus almas y giraba en redondo, de vuelta a su casa, sin prestarle atención a los insultos y el sonido incesante de los cláxones de los carros a los que había estado a punto de chocar.

Una llamada sonó una tarde en su oficina, el padre Strozzi le dio la noticia que había estado esperando desde hacía casi un mes:

—Su Santidad autorizó el exorcismo.

Esa mañana, antes de que los ritos oficiales empezaran, el sacerdote encargado de oficiarlo hizo que Juan se arrodillara en el suelo vestido únicamente con sus calzoncillos. Comenzó a recitar una oración, asistido por tres hombres más; las palabras eran similares a las que el cura anterior había usado con Fanny. Juan sintió como si un torrente de agua hirviente le estuviera arrancando la piel a jirones, cada frase retumbaba en su cabeza y generaba horrorosas taquicardias que le hicieron

creer por un momento que había llegado su fin, el corazón no iba a soportarlo más, iba a explotar… finalmente acabaría la vida de Juan Machete y se iría al infierno a pagar la condena que le esperaba por el resto de su existencia inmortal.

Aturdido y desorientado se vio arrastrado por dos manos poderosas hasta un baño, en el suelo de la ducha recibió el agua fresca como una bendición, su garganta se anudó y de ella brotaron gruñidos de agradecimiento, durmió profundamente hasta que despertó solo, aterido de frío y adolorido.

Cuando salió del baño Strozzi lo esperaba al borde de la escalera, Juan bajó los escalones con sumo cuidado, sintiendo que la casa palpitaba a un ritmo acelerado como una vibración. El sacerdote le dijo que se fuera de la vivienda, que la bendición para alejar al Diablo de él estaba surtiendo efecto, que ahora debía dejarlos hacer su trabajo.

Juan sonrió como un beato, ni siquiera preguntó por sus hijas, salió de la casa con la firme convicción de que todo terminaría en ese momento.

CAPÍTULO 4

—Buenos días, señor Juan. Se ve de un humor excelente el día de hoy —le dijo el portero del edificio al verlo llegar.

—Gracias, Reinaldo. La verdad es que me siento muy bien, estoy convencido de que las cosas comenzarán a mejorar a partir de hoy.

Subió a su oficina en silencio, dedicando sonrisas de esperanza a los pocos empleados que quedaban. En la soledad de su despacho soltó un hondo suspiro; de pie frente a la ventana, mirando los techos de vidrio de los viveros, rememoró los dos últimos años de su vida y de su desgracia. Luego, tras el largo repaso, trabajó afanosamente por encontrar soluciones a los problemas que tenía, miles de empleados se estaban quedando sin trabajo por la debacle indetenible de su empresa; llamó a su contador y tras discutir por varias horas las disposiciones necesarias para asegurarles a esos hombres y mujeres un arreglo digno que les permitiese vivir tranquilamente mientras conseguían un nuevo empleo, se quedó solo de nuevo, viendo cómo menguaba la luz en las paredes blancas a medida que la tarde se tornaba en noche.

Cuando escuchó el pacifico silencio del lugar abandonó aquellas cuatro paredes y deambuló por todos los viveros, aspiró el aroma de las flores que aún no se marchitaban, acarició como un solicito amante las hojas verdes que todavía se sostenían a los arbustos resecos, se sacó los zapatos y enterró sus pies en la grama amarillenta y sintió por un instante la insignificancia de su vida.

Se tomó el tiempo para trabajar con sus manos, sembró una docenas de rosas blancas y una de rosas amarillas, luego abonó una hilera de cien brotes de cayenas mientras tarareaba una canción, se sintió en paz, tranquilo, aquella ausencia de ruido le proporcionó una felicidad que nunca en su vida había conocido.

Regresó a su oficina, regodeándose en los recuerdos que lo hacían sentirse orgulloso, el primer brochazo en la pared, la primera venta, la reinauguración con su nuevo edificio, el primer vivero de última tecnología. Se detuvo en su bar y sirvió un vaso de whisky, el aroma le pegó en el estómago y su fragancia le hizo marearse; sonrió, y sosteniendo el vaso en sus manos huesudas, se acercó hasta la vitrina donde se exponía su antiguo machete, el instrumento con el que había superado los obstáculos de su vida, la herramienta que lo hizo surgir y convertirse en un exitoso empresario.

—Pasarán siglos —dijo la voz de Lucio a su espalda— y la gente continuará esperando las ganancias sin sacrificios, y tú no eres la excepción, Juan Machete.

Su corazón se detuvo por un segundo, soltó el aire lentamente, esperando que todo fuese una alucinación, y se giró para encarar al Diablo, rogando que las piernas no le fallasen. Estaba sentado en el sillón, con su habitual sonrisa de portada y su cabello dorado destellando alegremente como si el sol del verano estuviera justo sobre su cabeza.

—Los seres humanos suelen darse cuenta de la magnitud de su cagada cuando ya es demasiado tarde para retroceder.

—Nunca es demasiado tarde para arrepentirse y resarcirse —respondió con voz ronca. Lució soltó una carcajada.

—Claro que sí, siempre hay un punto de no retorno… y tú lo pasaste. —Cruzó la pierna sobre la rodilla izquierda con desparpajo—. Para cada uno es diferente, algunos tienen que matar, otros tienen que robar, otros humillan y se regodean en ello, algunos solo tienen que dar las vidas de las personas que aman a cambio de algo… demostrando así de que están hechos y cuánto vale su propia alma.

Juan apretó los dientes.

—El detalle con el arrepentimiento es simple, nadie se arrepiente completamente de nada en su vida, incluso si ha hecho algo verdaderamente malo, como matar... —Los ojos del demonio destellaron como un relámpago naranja—. Eventualmente regresan a ese punto de inconformidad que los llevó a cometer ese primer acto de

condenación. Puedes escoger las razones, pero están allí, constantemente presentes, nadie cambia por completo, incluso en la intimidad de tu alma y tu cabeza, aunque dejes un camino plagado de buenas acciones, no se tapará el hedor de tu alma corrupta y envidiosa.

Lucio sonreía con malicia, en ningún momento dejó traslucir un aura perversa o maligna a su alrededor, aquella era una conversación entre dos personas, en apariencia, normales. Se pasó la mano por la melena dorada como si quisiera acomodarla.

—Hay señales del verdadero arrepentimiento, es arrogante pensar que no existe nadie que no se haya arrepentido de algo en su vida, más no es un arrepentimiento de por vida… eso es todo. La naturaleza del ser humano es ser imperfecto, robará, matará, se aprovechará, todo con la excusa de la supervivencia del más fuerte, aunque decir fuerte es un eufemismo en estos tiempos, y en todos en realidad. —Sonreía como si estuviese contando un chiste—. No existió hombre de rectitud intachable, que jamás en su vida hubiese necesitado de la vanidad o la gloria, porque incluso en la aparente humildad hay vanidad… la arrogancia es uno de mis pecados favoritos, y esta se encuentra hasta en el modo en que una vieja histérica o un monje budista hace alguna caridad.

Se levantó de la silla y caminó hasta el bar, se sirvió un trago y cuando se llevó el vaso a la boca saboreó el whisky con fruición.

—El problema con la fe es que incluso el que cree ciegamente en Dios, también cree ciegamente en mí —dijo—, súmale a eso el hecho de que, aunque asegure sentir la presencia del Creador, es más palpable lo malo del mundo que me achacan a mí ¡franca injusticia! Pero el mundo no se caracteriza por ser justo, si somos sinceros —sonaba realmente compungido—. También está el otro problema con la fe, cuando no se tiene verdadera fe en la fe —soltó una carcajada ante la confusión de Juan por sus divagaciones— ¡Lo sé! Es confuso, pero en realidad es muy simple, solo se necesita que una persona dude del magnífico poder de salvación de Dios…

—Te estuve llamando —dijo con voz ronca, se aclaró la garganta y prosiguió con mayor seguridad—, para pactar de nuevo, para liberar a mis hijas de todo esto, y a mi esposa.

—No tienes nada que yo desee.

—Tiene que haber algo ¡Lo que sea!

Juan apretaba los puños y contenía la respiración. Lucio meneaba el contenido ambarino de su vaso mientras miraba con intensidad al hombre.

—Nada.

Se quedaron nuevamente en silencio, Juan se giró y se sostuvo de la vitrina en la que descansaba su machete, el reflejo espectral en el vidrio fue un terrible golpe de realidad, aquella era una batalla perdida, la había perdido desde el mismo momento en que decidió ir a ver a la maldita bruja que le había recomendado Marco. Qué esperanza le quedaba en las manos, no había solución a todo aquello, se condenó a sí mismo y a su familia a una eternidad de sufrimiento, las imágenes de ese futuro habían quedado muy plasmadas en su cabeza desde la noche infame en la que el mismo Diablo se había aprovechado de su mujer y la había dejado embarazada. Miró el machete y su borde afilado y reluciente.

—Ya no te queda nada Juan Machete, no puedes escapar…

La voz de Lucio se fue desvaneciendo a medida que terminaba su frase, Juan se quedó solo en la oficina sintiendo cómo su sangre refulgía llena de coraje y determinación.

«Etehcam nauj aím se amla ut... rapacse sedeup on… it arap soid yah on»

«Etehcam nauj aím se amla ut... rapacse sedeup on… it arap soid yah on»

«Etehcam nauj aím se amla ut... rapacse sedeup on… it arap soid yah on»

«Etehcam nauj aím se amla ut... rapacse sedeup on…»

«Etehcam nauj aím se amla ut...»

Si ya todos estaban condenados…

CAPÍTULO 5

Cuando salió de su oficina, Juan Machete casi aseguró que era de noche, pero en su reloj y en todos los relojes de los dispositivos que tenía marcaban diez minutos antes de las seis de la tarde. Apenas sorprendido por este desdoblamiento temporal, se subió a su auto y condujo desesperada y temerariamente entres los carros, pitando a cada vehículo que se interpusiera en su camino. Ya estando cerca de su casa cayó en cuenta de lo que sucedía, cruzando la esquina que conectaba la calle de su vivienda con la avenida principal sintió un extraño frío estremecedor que le congeló el corazón y lo hizo frenar en seco.

Miró a través de la escasa distancia que lo separaba de su casa, sobre esta se ceñía un velo oscuro y pérfido que palpitaba al ritmo desacompasado de su respiración; apretó el volante de la camioneta como si de él dependiera su vida, aspiró con fuerza y bajó los ojos tratando de encontrar algo beato a lo que asirse y sentir que lo que estaba a punto de hacer valdría la pena; fue entonces cuando vio su mano ensangrentada y la gota roja que caía constante sobre el claxon y se deslizaba como una caricia lujuriosa por el plástico hasta caer en el vacío. Intentó recordar por qué su mano sangraba y con solo formular el pensamiento, el dolor lacerante de su piel se expandió hacia el brazo, atenazando sus músculos y articulaciones. A su lado, en el asiento del copiloto, descansaba su machete, un silencioso recordatorio de una idea que había tomado forma tan efímeramente que solo le quedaba el sabor amargo de la solución disuelta en una bruma de miedo y horror.

Soltó el pedal del freno y el carro comenzó a avanzar muy lentamente, a medida que se acercaba el frío se intensificaba y las ventanas oscuras de la casa parecían cuencas de ojos invisibles que lo miraban, idénticas a la de la bruja maldita con la que había iniciado su pacto. La oscuridad de la noche no parecía una negrura cerrada y cavernosa, por el contrario, era una suave y difuminada penumbra, como

si el sol se empeñase en no desaparecer, para que tuviera la suficiente claridad para no perderse el pavoroso espectáculo que le deparaba su hogar.

Finalmente se detuvo frente a la entrada y tragó en seco, aquel silencio fantasmal era un mal presagio y lo sabía, en el fondo de su corazón comprendió que no había salvación para las almas de las mujeres que amaba, que había fallado en su intento de protegerlas y que lo único sensato era huir sin mirar atrás.

Antes de bajarse empuñó el machete, la herramienta confiable con la que había construido su poder, una extensión afilada de su propia humanidad; el contacto de la empuñadura de madera rugosa contra la piel abierta y sanguinolenta le produjo un éxtasis momentáneo de seguridad. Si no había alternativa para salvar a su familia, por lo menos no prolongaría más aquella agonía.

Los primeros pasos que dio en el camino de piedrecillas retumbaron en todo el jardín, despertando un viento fantasmagórico que estremeció los arbustos y los hizo rechinar, un gruñido familiar llamó su atención sobre su cabeza, en perfecto estado estático se encontraba una parvada de zamuros, como grotescas gárgolas posadas al borde del techo y en toda su extensión, lo miraban con sus ojillos relucientes de maligna inteligencia. Arribó a la puerta y evocando toda la firmeza que fue capaz giró la perilla y entró, las bisagras chillaron solo un poco, un sonido imperceptible que fue engullido por aquella boca siniestra que era la oscuridad de la casa; respiró de nuevo, esta vez más profundamente, esperando que el martilleo de su corazón dentro de sus tímpanos cesara y pudiese escuchar en el umbrío silencio algún gemido lastimero, una frase susurrada con devoción que delatase que aún quedaban allí los hombres ungidos por la iglesia para aquella infame tarea de desterrar al mal.

Después de los primeros pasos, cuando estuvo lo suficientemente lejos como para no escapar, la puerta se cerró violentamente, el seguro se pasó con un chasquido seco y lo sumió en la oscuridad.

Se pegó a la pared y extendió la mano buscando el interruptor de la luz, escuchaba voces, risitas infantiles que subían y bajaban de tono como si viajaran en ráfagas de viento helado. Cuando encontró el botón y lo accionó, la sala se llenó de una luz mortecina que apenas si lograba espantar las sombras a escasos metros de la

bombilla; un bulto oscuro y rígido se encontraba a los pies de la escalera. Caminó hasta allí entornando los ojos, buscando la manera de identificar la forma, a escasos centímetros reconoció un zapato; el corazón comenzó a latir desesperadamente, ya sabía lo que iba a ver allí, pero aun así, no se detuvo.

El bulto era el cuerpo del sacerdote, el padre Strozzi, o lo que quedaba de él. Los brazos, las piernas y el torso estaban retorcidos, convertidos en una suerte de atado sanguinolento del cual sobresalían algunos huesos rotos que habían desgarrado la piel y la tela. Una risita familiar sonó en el piso superior, levantó la mirada con temor, pero presto a salir corriendo de cualquier amenaza; solo pudo ver una sombra que corría en dirección a los cuartos de sus hijas.

Un retumbe en los escalones lo hizo dar un involuntario paso hacia atrás, algo redondo y deforme caía y rebotaba en cada escalón, cuando llegó al suelo rodó erráticamente hasta sus pies y se detuvo, un amasijo de pelo canoso y sangre que se le hizo demasiado familiar, con la punta de su zapato lo tocó ligeramente y este giró sobre su propio eje hasta quedar frente a él, reconoció las facciones amoratadas del cura.

Juan hizo un esfuerzo por no gritar, salió corriendo rumbo a la cocina, rodeó el salón del comedor y entró a la habitación intentando contener las arcadas que pugnaban por liberar el contenido de su estómago. Abrió la llave del fregadero y sumergió ambas manos en el chorro de agua helada, se las llevó a la cara y enjuagó su rostro, respiró profundo un par de veces, con los ojos cerrados, buscando en su mente alguna imagen agradable para contrarrestar el pavor que sentía; pero la cabeza deforme, con su grotesca mueca se superpuso a todo y antes de poder siquiera tomar aire, vomitó en el fregadero una arcada tras otra hasta que no tuvo más fuerzas; inspiró varias veces intentando recuperar el aplomo, se irguió en el mesón y se sostuvo con ambas manos. Todo parecía tan irreal, su mundo había sobrepasado cualquier límite lógico, se sintió cansado, derrotado, débil, sin ganas de vivir.

Una gota cayó desde el techo, la sintió en la cabeza con un golpecito húmedo que le llegó al cuero cabelludo, abrió los ojos y se llevó la mano justo al lugar donde sentía el tibio liquido deslizándose, las yemas de los dedos se tiñeron de rojo, un segunda

gota cayó precedida por una pequeña lluvia de gotas rojas que caían sobre él, manchándole el cuerpo y el rostro; levantó la vista y gritó.

—¡Hija, no! —susurró quedamente, con la voz temblándole como el resto de su cuerpo. Fanny estaba en el techo, se aferraba a la superficie como una araña, solo que en su caso la cabeza estaba observándolo en una posición antinatural, sus ojos eran dos huecos negros y vacíos, estaba salpicada de sangre seca y entre sus dientes sostenía un trozo de carne sanguinolenta de dónde provenía aquella lluvia sangrienta. La niña soltó un grito estremecedor que cimbró los cimientos de la casa, Juan cayó al suelo y escuchó un paf húmedo dentro del lavaplatos.

Fanny desapareció reptando por el techo a toda velocidad, buscando el cobijo de la oscuridad de otras habitaciones. Juan Machete se levantó aterrorizado, tomó su machete y se dirigió a la única salida que consiguió en su camino.

Las puertas de vidrio que daban al jardín estaban cerradas, forcejeó con ellas hasta que desesperado lanzó una de las butacas con todas sus fuerzas y las rompió en miles de pedazos, en las sombras de la casa se dibujaban formas, como espectros acechantes procedentes de la oscuridad más profunda del infierno, los murmullos conocidos comenzaron a resonar, está vez con potentes voces que clamaban, ya no eran sombras naranjas y ardientes, ahora eran despojos fríos y negros.

A medida que corría por el jardín, sin percatarse hacia dónde iba, los trozos de vidrio volvieron a su sitio, reconstruyendo la puerta lentamente; incluso la butaca que había utilizado retornó a su lugar de origen. Juan Machete se internó en los arbustos más alejados de la casa, las espinas rasgaron sus brazos y pantalones, tropezó con una piedra y cayó al suelo.

Se quedó tendido resollando, el aire se negaba a entrar a sus pulmones y un dolor tormentoso se apoderó de todo su cuerpo; giró y miró al cielo oscuro, la noche se teñía de naranja presagiando una tormenta, los relámpagos alumbraban formas oscuras y aladas entres las nubes, la luna se negaba a aparecer, incluso dudó de que hubiese una luna.

Se incorporó entre los matorrales espinosos, pasó las manos por el rostro y el cabello, retiró unos pétalos blancos, los miró por largo rato, en el fondo de su

cabeza se hilaban pensamientos inconexos. Se giró un poco a su derecha y soltó una risita nerviosa. Gateó hasta el crucifijo, se irguió un poco, manteniéndose de rodillas, juntó ambas manos en un puño apretado y comenzó a orar en silencio.

«Regna terrae, cantate Deo, psallite Domino, Tribuite virtutem Deo…»

—Por favor, Señor… Dios, ayúdame… —susurró— Sé que no soy digno de Ti ni de Tu gloria, pero por favor, en serio, en serio… necesito Tu ayuda.

Un crujido sonó en medio del silencio sepulcral. Juan Machete abrió los ojos asustado, conteniendo entre sus dientes la última suplica. Se oía como cristal estrellándose lentamente, como si cediera a un peso monumental. Afinó el oído buscando su procedencia, cuando se dio cuenta su procedencia su ruego se perdió en el vacío de su alma. La escultura del cristo a la que le rezaba se estrelló en miles de pedazos, las astillas se clavaron en su cuerpo y se metieron debajo de su piel; gritó de dolor, las malditas esquirlas dolían como si se trataran de cuchillos al rojo vivo que abriesen su carne. Intentó sacárselas de las heridas de su rostro, pero estas se hundían más profundamente. Juan se encogió en el suelo, en posición fetal, y aguantó el dolor mientras apretaba los dientes y los puños.

Cuando este disminuyó, se levantó de nuevo, tomó su machete olvidado en el rosal, pisó los trozos de vidrios más grandes mientras se alejaba. Había postergado la decisión tomada, el miedo se había adueñado de su mente pero ahora estaba claro, si había sido abandonado por Dios, solo quedaba una salida. A pesar de su determinación, su paso era tambaleante; por su vista periférica percibió una luz tenue a su derecha, miró en esa dirección y confirmó que por la ventana de la casa de huéspedes se filtraba una luz, se fue en aquella dirección. Abrió la puerta con firmeza, no había nadie allí, la luz provenía de una lámpara de mesa.

Juan entró y se sentó al borde de la cama, se palpó el rostro y sintió las protuberancias que deformaban su cara, ardieron al leve roce de sus dedos así que desistió. Un sollozo amortiguado le hizo detenerse antes de salir, provenía del armario en el que se escondían las niñas cuando todo se puso peor; aferró su machete y abrió la puerta esperando encontrarse una escena aterradora.

Andrea soltó un grito de pavor y se tapó el rostro, encogiéndose en posición fetal; él la observó por unos minutos, había algo raro en ella pero no lograba dilucidar qué era. La mujer abrió los ojos y lo miró atónita, sollozando quedamente le dijo:

—Fue horroroso, señor Juan… Estábamos aquí, escondidas, Ana Julia aferraba a su perro con fuerza, Fanny se puso como loca… nos gritó cosas raras y se fue corriendo, y luego Ana corrió detrás de ella, yo fui a buscarlas… yo… ¡Dios! —gimió— Leticia… oh no… —Se echó a llorar.

Juan no dijo nada, vio en su mente toda la escena que le relataba la niñera. Nunca en su vida había sentido tanto miedo, este latía y se esparcía por todo su cuerpo como la sangre de sus venas, no sabía identificar si el sabor metálico que sentía en su paladar era de la sangre de sus heridas externas o si ya su propio cuerpo se había destrozado por dentro; no había esperanzas. Su esposa, sus hijas…

—Cuando atacaron al cura ese —sorbió por su nariz—, corrí. Llamé a las niñas para salir de allí, pero no me hicieron caso, se reían como… como…

—Como poseídas…

—¡¡Sí!! Y los ojos de Fanny, eran negros, todos negros y los de Julita… eran blancos… mi pobre Ana Julia… —Se tapó la cara y amortiguó el llanto convulsivo que le estaba dando.

—Todo esto es mi culpa… —no lo escuchó.

—Salí corriendo, intenté abrir la reja del frente pero no pude, no quería abrir, grité… ¡Grité como loca! Pedí ayuda, nadie me escuchó… No puedo salir de aquí, no puedo, no puedo…

Comenzó a tener un ataque de histeria. Juan la miró esperando sentir compasión, alguna clase de agradecimiento por la mujer que a pesar de todo había intentado buscar a sus hijas para sacarlas de allí; pero no pudo, estaba muerto por dentro.

—Quédate aquí —ordenó—, espera que amanezca, que salga el sol… luego te vas…

Se fue caminando con paso lento, cansado; empuñaba su machete con toda la fuerza que le quedaba, se miró los dedos de la mano izquierda, instintivamente se trazó una cruz en la frente, quedando marcada con sangre; el cielo cerrado de nubes naranja solo destellaba de vez en cuando, no iba a llover, no olía a tierra mojada, olía rancio, a podredumbre, a sangre, a muerte…

Contra el cielo se recortaban los guardianes del Diablo, miles de gruñidos bajos y estremecedores lo acompañaron hasta la puerta de la casa, Juan siempre recordaría aquellas alimañas de ojos brillantes, inteligentes y malignos; hasta el fin de sus días juraría que se relamían de gusto, como si ellos supieran que esa noche iban a darse un festín con su carne y sus huesos.

CAPÍTULO 6

Cuando traspuso la puerta y entró de nuevo a la casa todo el ambiente cambió, por un instante creyó que en cualquier momento se iba a despertar en el día justo para no hacer nada; casi tuvo la certeza de que aquello había sido una pesadilla premonitoria que le habían enviado para que no diera ese paso nefasto.

El aire era denso e irrespirable, se metía en sus pulmones y lo asfixiaba desde adentro, por un instante casi cedió a la desesperación, pero el tacto del mago del machete le dio fortaleza. Caminó dando pasos largos, buscaba recorrer el espacio lo más pronto posible, pasó por sobre el cadáver del padre Strozzi sin mirarlo mucho, nada iba a doblegar su determinación. Subió los escalones uno a uno, en el pasamanos se veían rastros de sangres, manitas pequeñas que dibujaron líneas. Un relámpago alumbró la penumbra, en las paredes también había huellas sanguinolentas de manos y pies, pensó en Fanny colgando del techo, sus recuerdos lo llevaron de vuelta a Ámsterdam.

«Etehcam nauj aím se amla ut... rapacse sedeup on… it arap soid yah on… Etehcam nauj aím se amla ut... rapacse sedeup on… it arap soid yah on… Etehcam nauj aím se amla ut... rapacse sedeup on… it arap soid yah on»

Las voces provenían de todas partes, eran discordantes y de diversos géneros, a veces podía oír la entonación de Leticia, confundiéndose entre las miles de voces que recitaban. Las paredes cobraron vida, miles de malditos y condenados sobresalían de ellas tratando de alcanzarlo, era un mar infinito de brazos, torsos y rostros deformes que se contorsionaban en una continua agonía. Tomó una bocanada de ese aire insípido y siguió en dirección a su cuarto, de allí provenían las más horrorosas de las retahílas. Cuando posó su mano en la perilla la sintió al rojo vivo, incluso su piel silbó por el contacto, Juan apretó los dientes y le dio la vuelta.

La habitación tenía su propia iridiscencia, todo brillaba con una luz mortecina de color blanco, las voces incrementaron su volumen hasta convertirse en un griterío ensordecedor. En el suelo había un despojo, una túnica enrojecida y revuelta en lo que parecía ser carne triturada. A su lado había una botella del más fino cristal hecha pedazos, en una esquina estaban los símbolos santos, elaborados en oro, rotos y doblados, ennegrecidos y bañados en sangre. Caminó hasta ponerse frente a la cama, en el reflejo del espejo veía a Leticia, le sonreía mientras hacía gestos obscenos, a su lado se encontraban los tres sacerdotes enviados desde el Vaticano, estaban prendados a su cuerpo, dos de ellos chupaban sus pezones, por sus labios corría una mezcla de leche materna y sangre; el tercero hurgaba en su sexo con su lengua.

Juan miró en dirección a la cama, Leticia estaba acostada en el centro, parecía una estatua de piedra con el vientre hinchado como si estuviese a punto de dar a luz.

No lo pensó mucho, ni siquiera fue consciente, en ese momento su cerebro se desconectó, la mano se alzó sola, el filo hendió el aire con un silbido agudo; en algún punto creyó que la fuerza le abandonaría, pero el machete cortó certero el cuello, separando la cabeza del resto del cuerpo.

La boca se abrió en un grito endemoniado, que fue coreado por el resto de las voces que lo atormentaban, la cama se tiñó de negro, porque incluso su sangre había perdido humanidad; el líquido espeso reptaba por el largo de la cama, como si buscase escapar de aquel cuerpo muerto, Juan dio un paso atrás cuando esta tocó el suelo y comenzó a gotear lentamente. El abdomen comenzó a moverse, dentro de ese cuerpo radicaba un ser maldito que deseaba salir, Juan lo miró hipnotizado, mientras el griterío se desvanecía hasta convertirse en un zumbido estremecedor que continuaba disparando aquellas frases grotescas:

«Etehcam nauj aím se amla ut... rapacse sedeup on… it arap soid yah on… Etehcam nauj aím se amla ut... rapacse sedeup on… it arap soid yah on… Etehcam nauj aím se amla ut... rapacse sedeup on… it arap soid yah on»

Temiendo, más allá de toda razón dentro de aquella locura, que se liberara de su prisión de carne, Juan empezó a dar mandoblazos con su machete; después de unos minutos se dio cuenta de que los golpes no aplacarían al demonio, así que comenzó

a hacer cortes con el filo de su arma. La sangre oscura y podrida se esparció por todos lados, bañando su cuerpo completo, mezclándose con la sangre de sus propias heridas; continuó lleno de rabia, hasta que su brazo se cansó, entonces vio lo que había hecho, se tapó la boca para ahogar el gemido.

«Soy un monstruo…»

Entró al baño, abrió la llave del lavamanos y procuró lavarse con especial esmero, contuvo las arcadas mientras el olor de la muerte penetraba sus fosas nasales, procuró no verse en el espejo, no quería encontrarse con su propia transformación; cuando se sintió un poco más "limpio" se giró mirando al suelo, fue entonces que encontró al segundo sacerdote.

Estaba en una esquina de la ducha, el hábito blanco estaba abierto en el pecho, en donde debía estar el corazón solo había un hueco oscuro de bordes irregulares; tenía marcas de dientes pequeños por las mejillas, las manos y el cuello, tenía los parpados caídos y sangrantes, y su boca se abría en una mueca grotesca de dolor y miedo, a sus pies descansaban los globos oculares aplastados y un lengua larga que fue arrancada desde su garganta.

Salió de la habitación sin mirar atrás, los relámpagos se sucedían continuamente cargando el ambiente de estática y ese brillo blanquecino, en el corto trayecto hasta la puerta lo acompañaron los cánticos.

«Etehcam nauj aím se amla ut... rapacse sedeup on… it arap soid yah on… Etehcam nauj aím se amla ut... rapacse sedeup on… it arap soid yah on… Etehcam nauj aím se amla ut... rapacse sedeup on… it arap soid yah on»

Cerró la puerta al salir. Caminó como un autómata rumbo al cuarto de Ana Julia, *«A ella siempre le gustó estar allí, Dios por favor… por favor… que ella esté bien…»*

La puerta estaba entreabierta, empujó con suavidad esperando el rechinido de las bisagras, pero este fue engullido por las voces que coreaban. Ana Julia estaba sentada en el suelo, rodeada de sus muñecas, Juan incluso pudo ver que debajo de su brazo izquierdo sobresalían unas patas blancas. Suspiró, quizás podía guardar una esperanza.

—Ana Julia, hija… —llamó con suavidad.

La niña giró la cabeza con un movimiento violento de ciento ochenta grados, el crujir de sus huesos estremeció al hombre; tal y como había dicho Andrea, los ojos de Ana eran una mancha blanquecina, le sonrió con ternura e inclinó la cabeza como solía hacerlo.

—Hola, papi.

De su garganta salió un concierto de voces, mezcla de sonidos infantiles y chillones con tonos gruesos y masculinos; alrededor de su sonrisa había manchas oscuras que le daban un toque macabro a la vez que infantil, cualquiera pensaría que se había embarrado comiendo algún dulce, pero Juan sabía que aquellas manchas no eran otra cosa sino sangre. Dio algunos pasos alrededor de ella, Ana lo fue siguiendo con la cabeza hasta que retomó su posición original, debajo de su brazo izquierdo sostenía el cuerpo decapitado de su *poodle,* en la mano derecha tenía la cabeza que inmediatamente se llevó a la boca y empezó a sorber de ella.

—¿Quieres, papi? —Le tendió la cabeza mientras hacía gestos y sonidos de gusto.

—Lo siento tanto Ana, perdóname hija.

Se abalanzó sobre ella mientras Ana reía, soltó el machete en el camino y comenzó a estrangularla; las voces incrementaron de nuevo su volumen, mientras la niña boqueaba y se unía a estas.

«Etehcam nauj aím se amla ut... rapacse sedeup on… it arap soid yah on… Etehcam nauj aím se amla ut... rapacse sedeup on… it arap soid yah on… Etehcam nauj aím se amla ut... rapacse sedeup on… it arap soid yah on»

El tonó grisáceo comenzó a desaparecer de su piel, y en un momento Juan se dio cuenta que los ojos volvían a su posición original, alcanzó a escuchar la voz de su hija en un susurro ahogado.

—¿Qué haces, papi? —Luego quedó laxa entre sus manos.

La atrajo contra su pecho y la acunó unos instantes, luego la tendió en la cama con dulzura y recogió su peluche favorito dejándolo a su lado. Tomó el machete y se dispuso a salir, lo poco que le quedaba de humanidad se había desvanecido con el último aliento de Ana Julia.

—No hay escapatoria, Juan Machete. Estás condenado.

Se giró en redondo y miró a la cama, Ana Julia le sonreía; la voz que había salido de su garganta era cavernosa y ronca, una voz familiar que le erizó la piel. Los ojos de su hija eran de un profundo negro, y en aquella posición coqueta en que lo miraba le dio asco, apretó el machete con fuerza sintiendo cómo la ira iba adquiriendo una nueva dimensión dentro de él.

La cabeza rodó por la cama y terminó varios metros lejos de su lugar de origen, una salpicadura roja y larga manchó la pared; Juan salió de allí respirando con fuerza, adolorido, destrozado. Acompañado siempre de las malditas voces tormentosas.

«Etehcam nauj aím se amla ut... rapacse sedeup on… it arap soid yah on… Etehcam nauj aím se amla ut... rapacse sedeup on… it arap soid yah on… Etehcam nauj aím se amla ut... rapacse sedeup on… it arap soid yah on»

Revisó la habitación de Fanny infructuosamente, sintiendo cómo su cuerpo iba perdiendo temperatura, las voces continuaban, y el vacío de su estómago le aseguraba que su hija estaba allí, acechándolo en la oscuridad.

—In nómine Patris, et Fílii, et Spíritus Sancti. Amen —recitó. Las palabras llegaron a su mente como si alguien se las estuviese dictando. Recordó al padre Peter que las repetía con devoción mientras Fanny se retorcía en la cama—. Pater noster, qui es in caelis: santificétur nomen tuum; advéniat regnum tuum; fiat volúntas tua, sicut in caelo, et in terra…

A medida que recorría la casa iba repitiendo las mismas frases, esperaba que con la misma devoción que el cura, a ratos sentía que Fanny estaba detrás de él, hubo un momento en que creyó tenerla enfrente, esperándolo en la oscuridad, pero cuando los relámpagos alumbraban descubría su ausencia y el nudo denso que se le estaba formando en la garganta se cerraba aún más, impidiéndole respirar.

Las voces buscaban competir con su oración, así que a ratos, especialmente cuando la oscuridad era más densa, elevaban su tono hasta convertirse en un chillido agudo que perforaba su cuerpo, en esa oscuridad sentía también los suaves roces de los espectros, incluso vio el perfil del tan temido Constantinoplo.

«Etehcam nauj aím se amla ut... rapacse sedeup on… it arap soid yah on… Etehcam nauj aím se amla ut... rapacse sedeup on… it arap soid yah on… Etehcam nauj aím se amla ut... rapacse sedeup on… it arap soid yah on»

—Fanny, hija… ¿Dónde estás?

Juan vio la sombra alargada en el piso cuando un relámpago especialmente largo alumbró la noche, se proyectaba desde el techo y sobre él, cuando se giró el cuerpo de la niña caía sobre él con el peso de una enorme roca que lo aplastaba; alcanzó a levantar su arma pero solo lo suficiente para hacerle un pequeño corte en la mejilla que no sangró, el machete cayó al suelo con un retumbar metálico y se perdió en la oscuridad. Fanny lanzaba dentelladas a su rostro, una mezcla de saliva y sangre caía sobre su cara, el aliento putrefacto de su boca lo mareaba y hacia que los ojos le lagrimearan; Juan intentaba sacársela de encima pero sus fuerzas no podían hacerle mucho.

—Ab insidiis diaboli, libera nos —masculló entre dientes—Domine. Ut Ecclesiam tuam secura tibi facias libertate servire.

Fanny lanzó un alarido de ira y se retiró con un salto fantasmal, volvió al techó, giró su cabeza en esa posición antinatural que había visto previamente y gritó de rabia.

—Etehcam nauj aím se amla ut... rapacse sedeup on… it arap soid yah on… IT ARAP SOID YAH ON ETEHCAM NAUJ, AÍM SE AMLA UT, AÍM SE AMLA UT…

Se perdió en la oscuridad, la voz demoniaca retumbó en las paredes de la casa y estás comenzaron a temblar, gritos desesperado de almas condenadas acompañaron esa sentencia.

Juan había recitado las mismas palabras que el cura del Vaticano le había dicho, así que hizo un esfuerzo sobre humano y comenzó a recitar de memoria y con la voz

más potente que tenía, la misa de exorcismo. Sabía que no tenía poder, pero por lo menos podía debilitar un poco a Fanny y terminar con su sufrimiento también.

«¿El sufrimiento de quién? ¿El de ellas o tuyo?»

La voz salió desde el fondo de su cabeza. Se agachó y comenzó a tantear en la oscuridad buscando el machete.

«Te condenaste y las condenaste a ellas, ahora sufren Juan Machete, y son mías…»

—Regna terrae, cantate Deo, psallite Domino, Tribuite virtutem Deo. Exorcizamus te, omnis immundus spiritus, omnis satanica potestas, omnis incursio infernalis adversarii, omnis legio, omnis congregatio et secta diabólica Ergo perditionnis venenum propinare Vade…

«Te di poder, Juan Machete. ¡PODER! Y lo tienes… Has destruido, estás por encima de todos los humanos, has corrompido almas, has matado… tienes poder, Juan Machete, pero no para desterrarme»

Fanny lo tumbó y lo arrastró por los pies, continuaba repitiendo la verborrea infernal con ese conjunto de voces atonas saliendo de su garganta al mismo tiempo; Juan se elevó sobre sus piernas un poco y lanzó un mandoblazo que dio contra su cuerpo blando y arrancando casi de cuajo el pequeño brazo; la niña lanzó un grito de dolor agudo que le llegó directo al corazón, entre las voces que hablaban escuchaba la de Fanny, que a ratos parecía sollozar. La niña volvió a desaparecer en la oscuridad, esta vez, Juan Machete podía oír el arrastre de su brazo mientras esta andaba por el suelo, reptando a cuatro —ahora tres— patas.

Se puso de pie e intentó seguir el sonido, los jadeos de dolor y las voces; a veces lograba identificarla en un punto delante de él pero siempre venían desde todas direcciones. Una gota caliente le caliente le cayó en la mejilla, Juan levantó la vista justo a tiempo para ver como Fanny se precipitaba desde el techo sobre él, cayeron al suelo y él se quedó sin aire; la niña atacaba su rostro con las uñas, abriendo surcos profundos allí donde alcanzaba a tocarlo, él atinó a dar un golpe en la mandíbula, raspándose los nudillos con los dientes de ella; esto la desestabilizó un poco y Juan tomó el brazo que colgaba y tiró con fuerza hasta arrancárselo, los

gritos inhumanos lo aturdieron, pero no lo suficiente, se estiró para tomarla de un pie antes de que se lanzara de nuevo al techo, la hizo caer con un golpe sordo y usó su propio peso para contener las patadas de la niña, esta vez estaba seguro que el sabor metálico de su boca eran las costillas rotas que perforaban sus pulmones; tomó el machete con fuerza y lanzó un golpe que dio en el medio del rostro y cortó la cabeza en dos. No se levantó de sus piernas hasta que sintió que los espasmos terminaban.

Se sentó en el suelo, al lado del cadáver de su hija mayor; se llevó las manos a la cara y se tocó suavemente la piel, de su antiguo ser no quedaba nada, un rostro deforme y un vacío interminable en el pecho. Poco a poco sintió que las voces a su alrededor dejaban de sonar, la casa se fue quedando "vacía" de aquella fuerza demoniaca, un profundo cansancio se apoderó de él.

Se preguntó qué iba a hacer, ya no le quedaba más familia que su padre, un hombre con el que compartía profundos rencores, lo detestaba por su debilidad y su servilismo, en el fondo siempre lo odió y lo culpó por su cobardía, por no haberlo defendido nunca.

—Debí vender tu alma, viejo bastardo.

Tras una eternidad en blanco se levantó, revisó su reloj y soltó una carcajada dolorosa que terminó en una tos sanguinolenta. Eran las nueve de la noche apenas.

—El tiempo es una ilusión endemoniada…

*****

Juan Machete miró el edificio por última vez, amaba ese lugar tanto como había amado a sus hijas, y ya que las había asesinado, era hora de acabar con ese lugar también, y con este, acabar también con su propia vida.

Ya había vaciado los bidones de gasolina por todos lados, no había un solo rincón que no hubiese bañado con el combustible; estaba mareado y delirante, justo antes de salir de su casa había tomado una de las botellas del bar, la mejor de todas, la más cara; se montó en su carro y partió rumbo a su empresa. Conseguir la gasolina

no había sido difícil, la mayor parte la sacó de su propia reserva con la que alimentaban las plantas eléctricas cuando no había electricidad. Encendió el cigarrillo cuidando de no quemarse, nunca en su vida había fumado, ahora en su muerte, ya no importaba.

Caminó tambaleante hasta la entrada, dejó caer el cerillo encendido y avanzó lentamente entre las llamas, era una carrera que iba a perder, el fuego corría alegremente por todo el lugar, por lo menos, en sus últimos minutos iba a tener luz, no como su familia…

Llegó a la oficina y miró por la ventana, aquel mar de llamas consumía los viveros, el aire de la noche le traía el concierto de vidrios rotos que explotaban; apretó su machete con fuerza, rememoró días mejores, aquellos en que todos temían llamarle Juan Machete por respeto. En el reflejo de las llamas en su vidrió vio a Leticia, Fanny y Ana Julia, lo miraban con odio, ya no tenían esa imagen grácil y hermosa, Leticia tenía el abdomen abierto de par en par y cargaba en una mano el hijo no nato, Fanny tenía un lado de la cabeza caído sobre el hombro, mientras la otra mitad lloraba, Ana Julia sostenía con su manito pequeña su cabeza, sujetándola de los rulos que tanto había amado; y más atrás de ellas estaba Lucio, con su figura perfecta, su cabellera dorada y su sonrisa de propaganda de dentífrico, descansado despreocupadamente una mano en el hombre de Leticia y la otra en el de Fanny, con una expresión de satisfacción en su cara, como si él fuese el orgulloso padre de aquella familia maldita.

«¿Quieres saber por qué sé que nunca te arrepentiste de este pacto, Juan Machete?»

El vidrió de su oficina explotó y el oxígeno alimentó las llamas, una lengua de fuego acaricio su espalda, pero Juan Machete no gritó, apretó las mandíbulas y preguntó:

«¿Cómo sabes que no me arrepentí de verdad?

Sintió el calor abrasando su garganta.

«Nunca lloraste, Juan Machete… Yo puedo ver dentro de ti…»

El resto de las ventanas explotaron y la fuerza expansiva lo tiró por la abertura del ventanal roto, Juan cayó los escasos metros que lo separaban del suelo, atravesó uno de los techos de vidrio que todavía quedaba entero y mientras las astillas se enterraban en su carne quemada y esperaba el sonido seco contra el suelo que acabaría con su vida, escuchó el resto de la afirmación…

«Y Dios también puede ver dentro de ti…»

FIN

EPÍLOGO

La mujer había cambiado, procuraba mantener el cabello corto y teñido, ese nuevo aspecto la ayudaba a continuar, la dejaba dormir por las noches, ahuyentaba las pesadillas.

Tomó un sorbo de su café y se sumergió de nuevo en la revista que estaba leyendo, faltaba una hora para su consulta médica, pero a diferencia de otras veces, esa tarde estaba tranquila.

Escuchó el llanto del niño y se inclinó sobre el coche, le colocó de nuevo el chupón en la boca y siguió durmiendo, ella sonrió, acarició levemente los rulos oscuros y volvió a su revista. Con algo de suerte ya podrían darle de alta y no tendría que volver al psiquiatra otra vez.

Cuando la encontraron estaba hecha un ovillo en el suelo de su closet, estaba deshidratada y famélica pero no quería salir de allí; tuvo un ataque de pánico cuando los paramédicos la sacaron de la casa, tuvieron que sedarla con potentes calmantes para que no se hiciera daño. Despertó en el hospital, a su lado había un hombre vestido con una sotana, le sonrió con amabilidad, una sonrisa que no concordaba con sus ojos astutos y pesados, le acompañaba un hombre de aspecto serio que portaba un arma y al lado de esta una placa.

—Señorita —habló con voz suave y cálida—, nos alegra ver que ya despertó y está bien.

—¿Dónde estoy? ¿Quién es usted? ¿Qué sucedió?

—Ya, ya, tranquila, señorita Mata. No es necesario alterarse, todo está bien, ya pasó todo.

Se echó a llorar desconsoladamente, una mezcla de tristeza y alivio.

—¿Están todos muertos, verdad?

El sacerdote asintió.

—Lamento decirle que sí, ha sido todo muy terrible… Esa pobre familia atormentada, y nosotros perdimos a cuatro hombres, devotos servidores de nuestro Señor.

—¿Y las familias? Saben algo…

Negó con la cabeza.

—Señorita Mata, esta horrorosa situación ha sido encubierta con el más estricto celo del Vaticano, estoy hoy aquí, porque los últimos informes de nuestros hermanos indicaban que usted estuvo presente y fue de un enorme apoyo para las pobres criaturas que cuidaba. También quisimos asegurarnos de que no hubiese —se aclaró la garganta— secuelas en usted…

—¿En mí? —No pudo evitar el miedo en su voz, se encogió en la cama y se protegió el vientre.

—Calma. Sí, en usted. Que las fuerzas del Maligno hubiesen repercutido en usted, pero no, hemos estado al tanto de su salud y su evolución día y noche, está a salvo, usted y su hijo.

Lloró en silencio, musitó un *«gracias»* silencioso y siguió llorando quedamente.

—Aquí le dejo mi tarjeta. —La colocó en la mesita de noche—. No dude en llamarme si nota algo… "anormal".

Se levantó para irse, hizo una señal de la cruz sobre ella y se dirigió a la puerta.

—¿El señor Juan también está…

El hombre asintió, sonrió de nuevo y salió seguido por el policía.

Poco después se enteró del terrible incendio, a veces pasaba por allí y veía el viejo edificio ennegrecido y en ruinas. También supo que nunca encontraron el cuerpo de Juan Machete. Todo fue encubierto bajo un terrible asesinato, la familia de un gran magnate ajusticiado por mafias y enemigos, no hubo detalles sobre eso, pero sí enormes funerales y titulares de prensa; enterraron a toda la familia en el cementerio metropolitano, el ataúd de Juan estaba vacío.

Las pesadillas comenzaron después del parto, apenas dio a luz hizo llamar a un sacerdote que lo bautizara de inmediato, se negó a recibir ayuda para ella y su hijo hasta que no vio cumplida su petición; cuando el anciano le preguntó por el nombre del niño alcanzó a musitar, antes de caer inconsciente:

—Juan, se llama Juan.

El niño lloró de nuevo, Andrea dejó su revista y lo cargó en su regazo, intentó hacerlo calmar pero nada fue posible. Una mujer mayor se acercó y con voz acaramelada comenzó a arrullarlo.

—Creo que necesitas ayuda ¿Quieres que lo cargue?

Miró a la mujer con desconfianza, pero luego de unos minutos cedió. Tenía el pelo rubio y largo, le caía por el hombro izquierdo recogido en una elaborada trenza; los ojos más azules que había visto en su vida y una sonrisa de dentadura perfecta que le generó algo de envidia. Juan dejó de llorar casi de inmediato, Andrea sintió remordimiento, pensó que el bebé todavía le guardaba rencor.

Después del parto empezó a experimentar depresión post parto, cuando el primer pensamiento de asesinar a su hijo se hizo presente llamó al sacerdote, este la escuchó pacientemente y arregló una cita con la psiquiatra; le explicaron lo que tenía y comenzó un tratamiento contra la depresión. Ya Juan estaba próximo a cumplir su primer año, ella se sentía mejor y de verdad creía que podía dejar de tomar las medicinas. *«Pero, tal vez necesite ayuda, una niñera, quizás…»*

—Te ves cansada —dijo la mujer—, creo que necesitas ayuda, yo soy niñera y estoy buscando trabajo… por cierto, me llamó Lucy. —Le tendió la mano y se la estrechó con seguridad, Andrea se sintió a gusto, tranquila—. Lucy Fernández.

La Oscuridad que se Cierne

*****

En la autopista que conecta a la ciudad de Barcelona con Caracas hay muchos caseríos, ranchitos que salpican el desierto xerófilo de la zona. En algún punto, antes de Boca de Uchire, como quien va para el pueblo de Agua Clara, hay un rancho. En ese lugar vive un hombre mayor, tiene el rostro deforme y la piel quemada; todo el lindero de su terreno está plagado de cruces, y las paredes de latón y los postes de madera tienen frases en latín escritas con tiza blanca, y algunas con pintura roja. Este hombre se levanta todos los días y remarca las palabras que ha borrado el viento. Lo más peculiar, es que lleva amarrado a la cintura un enorme machete.

A veces se queda viendo el cielo azul, oteando algo que nadie más puede ver. Lo más sorprendente es la cantidad de zamuros que parecen vigilarlo desde los postes y el borde de la carretera, como si esperaran que se muriera para darse un festín con sus huesos.

Si pasas lentamente alcanzas a leer:

"Gloria Patri, et Filio, et Spíritui Sancto."

Pasa sus días sentado en la puerta, agarrando su machete, es como si… como si estuviera esperando algo.

*****

SOBRE LA AUTORA

Soy Johana Calderon Zerpa, conocida por sus amigos y colegas como Joha. Siempre quise escribir y desde muy joven llevé cuadernos con historias, escritos y poemas. Mi primera novela la escribí a mano, antes de los quince años, una historia de horror que surgió de un reto. Lamentablemente ese manuscrito se perdió hace muchísimo tiempo en la escuela de artes donde estudié, pero el sueño siguió allí y se tradujo en realidad en el 2014 cuando tras enviar a un concurso literario en mi país la segunda novela que escribí tras años de sequía.

La editorial Negro Sobre Blanco me seleccionó para el primer lugar de Narrativa en su concurso Por una Venezuela Literaria IV, con la novela corta ***lasayona.com*** basada en la leyenda venezolana de la Sayona.

Soy una lectora compulsiva, entre mis libros favoritos se cuentan *Los Miserables*, la Saga del *Cuarteto de Alejandría, La Torre Oscura* y la mayoría de las narrativas góticas como *Karmila, el Castillo de Otranto* o los cuentos de Edgar Allan Poe como *Ligeia* y *La Máscara de la Muerte Roja*.

Copyright © 2018 Joha Calzer
Todos los derechos reservados.